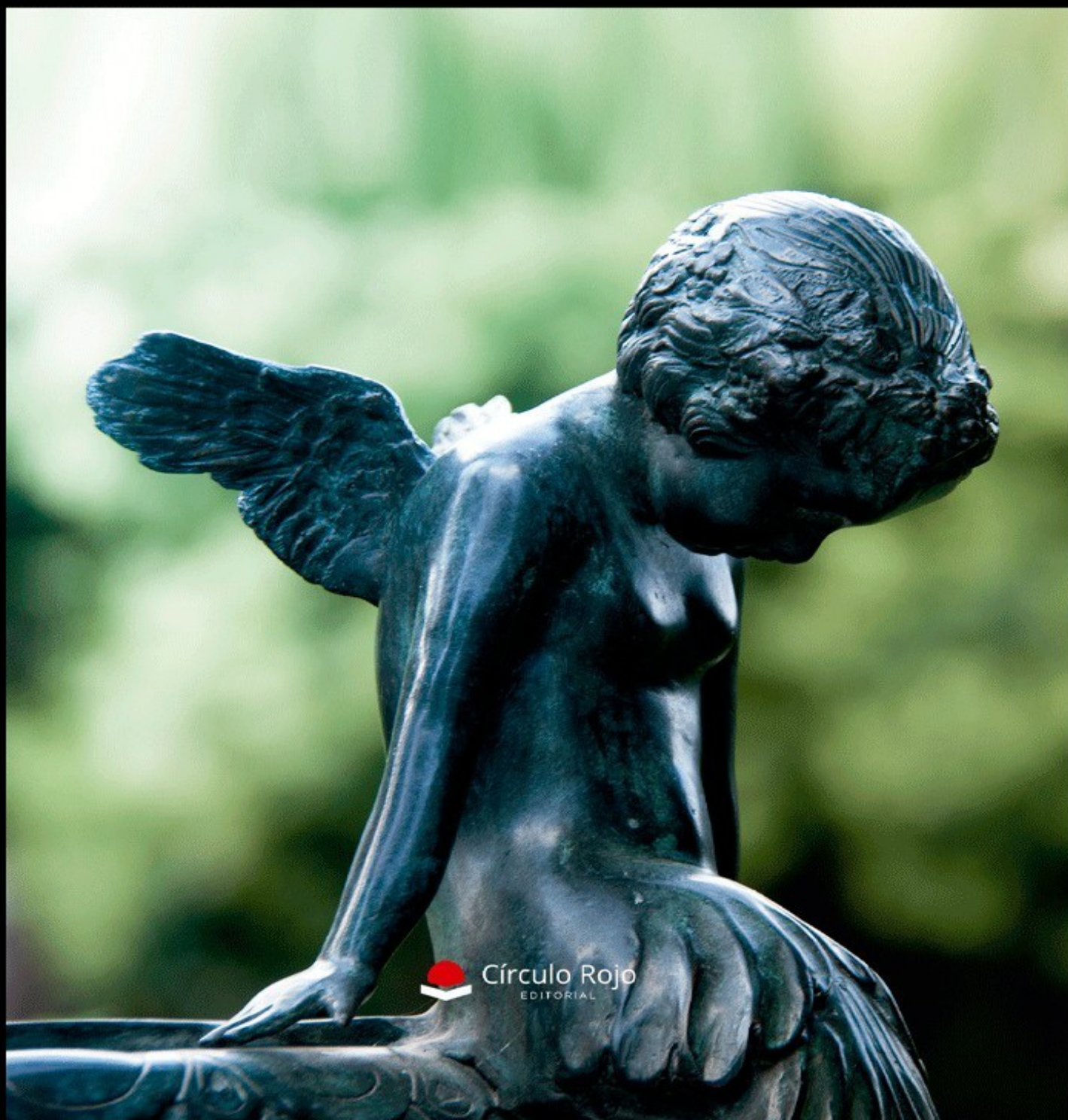


LAS LIBÉLULAS PÚRPURA

Salva Vercher Ibáñez



Las Libélulas Púrpura

Salva Vercher Ibáñez



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: marzo 2020

ISBN: 978-84-1350-862-7

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Salva Vercher Ibáñez

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: Depositphotos.com

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

*Para mi madre,
por su amor y entrega.*

Capítulo I

El caso

Flanagan habitaba un cuchitril en los suburbios de Madrid. Las paredes llenas de mugre, las abundantes goteras en el techo y un silencio perpetuo eran sus únicos compañeros.

Cuando sonó el timbre, le dio un vuelco el corazón y se quedó paralizado. Temía que fuesen unos matones para reclamarle el pago de la deuda. Tuvo que sonar una segunda vez para que su cuerpo y su mente reaccionaran. Con satisfacción hubiera comprobado a través de la mirilla quién diablos era, pero la lente estaba rota, como casi todo en su casa. Así que preguntó, con una voz quebrada por el exceso de *whisky* y tabaco. Una vocecilla similar al maullido de una gata en celo le respondió.

—Buenas noches, señor Flanagan —lo saludó el casero cuando le abrió la puerta. Era evidente que estaba molesto—. Me he tomado la libertad de venir a verlo a esta hora intempestiva, ya que usted nunca está en casa durante el día, para recordarle que me debe tres meses de alquiler. —Esperó en silencio algún tipo de reacción por parte de su interlocutor—. Lo siento, pero ya no puedo soportar los gastos y me veré obligado a invitarlo a que haga las maletas.

—Lo siento, señor Pérez, pero últimamente he tenido ciertos pagos extraordinarios. Le prometo que al finalizar la semana usted habrá cobrado ya los meses pendientes. ¿Quiere pasar a tomar café y unas galletitas? —dijo Flanagan.

—Muchas gracias, pero es tarde y mañana he de madrugar. Buenas noches. —El casero, contrariado, dio media vuelta y se marchó.

Flanagan le devolvió las buenas noches cuando ya había desaparecido escaleras abajo. Entró en su apartamento, sacó una botella, su bálsamo predilecto, y se dispuso a tomar el último trago antes de acostarse. Quizás medio vaso de *whisky* escocés sin hielo calmara su sed y lo ayudase a conciliar el sueño.

Se quitó la camiseta raída y los muelles de la cama chirriaron cuando se recostó. Tamizada por la persiana, la luz del cartel luminoso de la planta baja entraba en la habitación. Perteneecía al bar de Manuel, el segundo hogar de Flanagan, a tenor de las horas que pasaba allí.

Había sido un día más, sin nada extraordinario que recordar; igual que lo fue el anterior y, casi con total seguridad, lo sería el siguiente. Pensó en los años dulces y lejanos de su vida. En la cara de ternura que le ponía su mujer cuando la sorprendía con una caja de bombones, siempre de chocolate puro, como a ella le gustaban. O en el beso conmovedor que le regalaba su hija antes de acostarse.

Con estos recuerdos, exasperadamente vívidos por la añoranza, se quedó dormido. No era frecuente que lo hiciera con tanta facilidad. Desde hacía muchos años, solo conseguía adormecerse unas pocas horas. Durante la vigilia nocturna, solía dejarse llevar por pensamientos más ambiguos, mientras lo invadían la melancolía y la frustración.

En términos marítimos, era un naufragio, vocablo que quizás la sociedad sustituiría por otro más peyorativo. Alguien que lo había tenido todo en sus manos y, a la larga, había acabado perdiéndolo. Estudió en una de las mejores academias de Policía del país, con unos resultados excelentes. Fue el que obtuvo la nota más alta en las oposiciones, no solamente de su promoción, sino de la última

década. Entró en la comisaría de la Policía Nacional del distrito de Tetuán, en Madrid, y en menos de un año se convirtió en inspector. Todo indicaba que aquel muchacho raquítico de tez pálida llegaría lejos.

Años más tarde, y después de resolver algunos de los casos más difíciles, su creciente adicción al alcohol le empezó a pasar factura: acentuó su mal carácter e hizo que en el cuerpo policial se le multiplicaran los enemigos. A partir de ahí, sus errores se fueron acumulando, pero solo uno le echó a Asuntos Internos encima: acabar con la vida de un pobre inocente. Aunque Flanagan le había advertido que levantase las manos, el joven metió una en el bolsillo, posiblemente para sacar el carné de identidad y esclarecer que él no era el peligroso delincuente que estaba buscando. Aquello hubiese quedado en un disparo en defensa propia debido a una desgraciada confusión, pero dio positivo en alcohol en el análisis que le realizaron *a posteriori*, y Asuntos Internos, que desde hacía mucho tenía su expediente sobre la mesa, comenzó a vigilarlo las veinticuatro horas del día.

Después se pasó a la investigación. Era un detective de poca monta, al que le encargaban casos esporádicamente, y apenas ganaba para sobrevivir.

La luz del alba se asomó por las rendijas de la persiana. Flanagan ya llevaba unas cuantas horas despierto, demasiadas. La relatividad del tiempo se hacía más patente cuando el tedio se apoderaba de él. Aunque intentaba ocuparse en quehaceres que lo ilusionaran, la verdad es que nada le despertaba el menor interés.

Dio un salto de la cama y sintió un mareo repentino, quizás por la mala noche que había pasado. Se quedó un instante inmóvil, contemplando devotamente el *whisky*. Cogió un vaso, alzó la botella y, muy a su pesar, comprobó que estaba vacía. Alargó la mano hasta la cajetilla de tabaco que estaba encima de la cómoda, y al abrirla se dio cuenta de que también se había acabado, lo que no ayudó a mejorar su mal humor.

Recordó que había comprado otra. Se acercó a su gabardina azul, plegada sin ton ni son en una de las sillas. Metió la mano en uno de sus bolsillos y, al apretar la cajetilla para sacarla, notó que allí había un papel. Vio con estupor que se trataba de una nota. Encendió un cigarro y la leyó con parsimonia: «El Gavilán Café. Miércoles, 17. 11:45 h».

No sabía qué carajo significaba aquello y, menos aún, cómo demonios había ido a parar a su bolsillo. Estuvo un momento dándole vueltas, hasta que la hizo una bola y la lanzó a la papelera. Se arregló un poco, por llamarlo de algún modo, y salió a desayunar al bar de Manuel.

El Tom Hon Lu era uno de esos lugares donde no pasaba el tiempo. Aunque había sido un restaurante de comida china, ahora lo regentaba un gaditano, Manuel Latorre, con una pasión nula por la hostelería.

—Hola, Flanagan, ¿qué te pongo?

—Un *whisky* doble, sin hielo —dijo el detective con su voz ronca.

—Marchando ese *whisky* —contestó Manuel, dedicándole un guiño y una sonrisa leve.

Flanagan, al ver que Manuel se fijaba en su rostro demacrado, le respondió con una mirada fulminante. No estaba dispuesto a oír ninguna alusión sobre ello.

El camarero continuó con su rutina y Flanagan contempló su *whisky*. Aburrido, releyó la nota, que, sin saber por qué, había recuperado de la papelera. Tal vez inducido por la euforia ética que comenzaba a sentir o, simplemente, por la falta de entretenimiento, dobló el papel y acudió a la cita.

El Gavilán Café estaba ubicado en el centro de Madrid. Se trataba de una cafetería confortable y con cierto aire de suntuosidad. Flanagan se dirigió a la barra, se sentó en uno de los taburetes y pidió

un *whisky*. La incertidumbre lo invadió y se volvió a cuestionar su presencia en aquel lugar. Pasaban diez minutos de la hora que indicaba la nota y allí solo estaban él y el camarero, aparte de una pareja de la tercera edad, que bebían tranquilamente unas infusiones y no parecían ser aficionados a enviar notas anónimas. Decidió que, una vez terminada la copa, saldría por la puerta y se olvidaría para siempre del asunto.

A los cinco minutos, una mujer rebosante de seguridad se sentó a su lado y pidió un café. Era rubia y llevaba el pelo recogido. Unos cincuenta años, aunque su cutis, terso y con un maquillaje perfecto, la hiciese aparentar menos edad. Lucía un vestido ajustado de color negro y no llevaba ninguna joya, a excepción de un reloj que, probablemente, era de oro. Todo ello, sumado a unos gestos elegantes y maneras refinadas, la dotaban de una apariencia aristocrática.

Se giró hacia él mientras se quitaba las gafas de sol.

—¿Es usted el señor Flanagan?

—El mismo —contestó el detective sin mostrar el más mínimo entusiasmo.

—Yo soy la señora Decourt, Elisabet Decourt. Tal vez haya oído hablar de mí. Con motivo de la muerte de mi esposo, últimamente he aparecido bastante en los medios de comunicación.

—La acompaño en el sentimiento.

—Gracias —contestó ella con semblante impasible.

La señora Decourt era la viuda del magnate banquero Roberto Decourt, fallecido semanas atrás. Aunque la familia no había sido clara respecto a la causa, los medios de comunicación más sensacionalistas especulaban mucho y casi todos habían insinuado que se trataba de un suicidio.

—Me gustaría que viniese a dar un paseo conmigo para poder conversar. Solamente le robaré unos minutos —dijo ella.

—¿Por qué no? Me vendrá bien estirar un rato las piernas.

—Tengo el coche aparcado en la esquina. Preferiría que fuese así. Cuando terminemos, mi chófer lo llevará a donde usted desee —dijo la señora Decourt, y Flanagan asintió con la cabeza.

Subieron a la parte trasera de la berlina de color negro y cristales tintados. Ella no dijo el destino, pero el detective comprobó que se dirigían hacia la M-30.

—Señor Flanagan, necesito pedirle algo. Mi esposo me engañaba. No necesito que averigüe quién era su amante, ya hace tiempo que lo sé.

—Lo siento, pero si ya conoce su identidad, creo que no podré ayudarla en nada más.

—Permítame que le cuente toda la historia. Mi esposo fingió un robo en nuestra casa para sustraer de mi colección un cuadro que tiene un alto valor sentimental para mí, muy superior a su valor económico.

—Un alto valor sentimental que él desconocía, deduzco.

—Mi esposo desconocía muchas cosas de mí, al igual que yo de él. Vivíamos vidas independientes.

—Eran lo que se llama un matrimonio bien avenido.

—Déjese de sarcasmos, señor Flanagan, y cíñase al asunto —le reprochó la señora Decourt—. Mi esposo le entregó el cuadro a su amante, tal vez fuese un regalo.

—¿Y cómo sabe que se lo dio a su amante?

—Porque ella lo ha intentado vender; se lo ofreció a un viejo amigo mío.

—Pues pídale que se lo compre o robe para usted.

—No es tan sencillo, él es un hombre honrado que se dedica a la compraventa de arte. Y no pienso

pagar por algo que me pertenece.

—¿Acaso pretende que se lo robe yo? Señora Decourt, soy detective, no un ladrón. Búsquese a otro. Y ahora, si no le importa, acérqueme a una parada de metro o de autobús, por favor.

—¡Le estoy ofreciendo un trabajo de investigación! —Ella guardó unos segundos de silencio, mirándolo fijamente a los ojos—. Tómese unos días para pensarlo, por favor. Solo quiero recuperar lo que es mío.

—No es mi problema. Deme un motivo por el que deba aceptar el caso.

—Señor Flanagan, le voy a dar dos: cincuenta mil euros por adelantado y otros cien mil cuando me entregue el cuadro.

De paseo por la Castellana, Flanagan se detuvo a contemplar el estadio Santiago Bernabéu, venerada catedral para unos y hostil fortín para otros. Aquel edificio se había cubierto de gloria multitud de veces, al igual que él muchísimos años atrás, cuando todo le iba bien. El paralelismo lo sumió en el recuerdo apacible de su familia. Las largas caminatas los tres juntos, parando en monumentos, plazas y símbolos como aquel, el estadio de su equipo del alma. En ese momento dormía, indiferente al resto del mundo, como si estuviese recuperando las fuerzas para rugir de nuevo en la siguiente batalla.

En su vida también se había instalado el silencio, pero no el del reposo, sino el sepulcral, desde aquel fatídico accidente. Un conductor que circulaba con el teléfono móvil pegado a la oreja estampó su vehículo contra el de Flanagan, en el que, por desgracia, viajaban su mujer y su hija, que murieron en el acto. El culpable del siniestro era obvio, pero Asuntos Internos decidió hacerle un análisis a él, y la considerable cantidad de alcohol que había en su sangre cambió radicalmente las cosas. Era la segunda vez que se veía involucrado en un suceso trágico estando ebrio. El caso terminó de la peor forma posible: retirada de placa y expulsión del cuerpo de Policía. Su carrera profesional, que muchos años atrás se había augurado brillante, quedó arruinada, como su vida personal.

Alguien le zarandeó el brazo. Se trataba de un indigente que le pedía un cigarrillo. Le dio varios y le ofreció fuego. Aquel hombre le respondió con una mirada de agradecimiento, y Flanagan continuó con su paseo relajado.

La historia de la señora Decourt era insólita, y el hecho de que le hubiera encomendado la investigación a él, aún más. Flanagan no se sentía cómodo con ese tipo de clientes. Odiaba los aires de superioridad de algunas personas con elevado poder adquisitivo. Y a esa señora le sobraban ambas cosas: dinero y prepotencia. Él prefería trabajar para gente más humilde, de clase trabajadora o media, a la que le quitase el sueño una posible infidelidad de su pareja, por ejemplo. En esas situaciones no le importaba reducir sus honorarios, incluso había llegado a trabajar gratis más de una vez, cuando la economía precaria del cliente había hecho que aflorara la piedad de lo más hondo de su corazón. Esa manera de ser derivaba con bastante frecuencia en que no tuviese dinero ni para llenar la nevera, pero, en cierta medida, remediaba su grave problema de insomnio.

Llegó al portal de su casa. Llevaba un rato reflexionando acerca de si debía aceptar o no el caso de la señora Decourt, pero no había tomado ninguna decisión. Una gata siamesa en celo maullaba en la acera, y varios gatos excitados la acechaban desde la penumbra de uno de los balcones del edificio. Flanagan subió las escaleras pausadamente, como si se recreara en cada movimiento. Cuando se detuvo frente a su puerta, unos pasos rápidos y arrítmicos retumbaron detrás de él. Se dio la vuelta, sabiendo de antemano de quién se trataba. En efecto, era el casero. Vestía el mismo pijama y batín

viejo y descolorido de la otra noche. Su rostro crispado le hizo presagiar cuál era el motivo de su visita.

—Señor Flanagan, hace una semana me prometió que me pagaría los tres meses que me debe. Promesa que se ha pasado por el forro, como siempre... —El casero, colérico, no pudo continuar, como si lo que fuese a decir ocupase un volumen tan exagerado que no le cupiera por la garganta.

—¿Seguro que le hice esa promesa? Puede ser...

—¡Estoy harto! —El rostro del casero se volvió de un vivo color rojo—. Harto de usted, de su humor ácido y, sobre todo, de que no me pague. Si no cobro mañana mismo, búsquese otro lugar en el que malvivir, porque pienso denunciarlo a la policía. —Con un movimiento brusco, dio media vuelta y desapareció del rellano.

Flanagan quedó aturdido. Se había retrasado en numerosos pagos, sin embargo, su casero nunca se había puesto de aquel modo. Esta vez parecía que iba en serio. Además, tenía la otra deuda con un prestamista del barrio. No había otra opción: aceptaría el caso de la señora Decourt.

El viejo reloj de pared marcaba las tres de la madrugada cuando Flanagan despertó de una pesadilla. Saltó de la cama y se dirigió al aseo, de no más de metro y medio, que había en su habitación. La rojez de los ojos que vio reflejados en el espejo denotaba cansancio. Había vuelto a soñar con el accidente. Aunque habían pasado muchos años, a menudo revivía la escena con todo detalle. La ausencia de su mujer y su hija le dolía con la misma intensidad que el primer día. No habían podido despedirse, se fueron sin aviso previo, y lo más triste de todo: nunca regresarían.

Un par de días antes, Flanagan se había reunido con la señora Decourt para informarle de que aceptaba el caso. Ella le estuvo hablando del cuadro. No tenía nombre ni autor conocidos, lo habían encontrado hacía cientos de años en extrañas circunstancias y, desde entonces, pertenecía a su familia. No entró en más detalles. El cuadro, pintado en la Edad Media, representaba a Odín, un dios de la mitología nórdica, en su trono, rodeado de animales que lo veneraban y de haces de luz que simbolizaban su esplendor. En una de sus manos sujetaba la lanza de Longinos, la cual, según contaba la leyenda, fue clavada en el cuerpo de Cristo durante su crucifixión. La señora Decourt le mostró una imagen en blanco y negro del cuadro, que guardaba en su teléfono móvil, y le describió también el marco.



Aquella mañana, Flanagan tenía que visitar a Constantino, conocido por todo el mundo como el señor Birth. Era el amigo de la señora Decourt a quien la amante de su esposo le había ofrecido el cuadro. Poseía una prestigiosa galería de arte en la calle Moreto, cerca del Museo del Prado. Se dedicaba casi exclusivamente a la compraventa de lienzos, desde obras de pintores del más alto nivel hasta meros aficionados, pero también hacía tasaciones para subastas y asesoramiento para los caprichos de grandes fortunas. Según la breve descripción de la señora Decourt, era un hombre inteligente y cosmopolita, con una enorme cultura y unos modales refinados, producto de la férrea educación inglesa recibida desde su infancia. Se avenía con todo tipo de gente, salvo con las «personas rudas», y al decir estas palabras, la señora Decourt había lanzado una mirada despectiva a Flanagan. «Un pimpollo con denominación de origen, seguro», había pensado él, pero soslayó el comentario para no provocar a su nueva cliente.

Dentro de la galería, una mujer atendía, con voz melodiosa y sin escatimar en gestos corporales, a unos hombres. Por la cara de póquer con la que seguían sus explicaciones, parecían compradores experimentados. Ella vestía con un traje azul oscuro que resaltaba el blanco brillante de su sonrisa, y su mirada se clavaba en los ojos de ellos como un alfiler en un mundillo de encaje. Cuando se marcharon, se giró hacia Flanagan.

—Buenos días, caballero, ¿desea algo? —preguntó, manteniendo su sonrisa.

—Quisiera hablar con el señor Birth. Soy el detective Flanagan, vengo de parte de la señora Decourt.

—Un momento, por favor, le anunciaré su visita.

Mientras aguardaba el beneplácito del señor Birth, Flanagan observó la galería. No era excesivamente grande, quizás cien metros cuadrados, pero la altura del techo posibilitaba la copiosa cantidad de cuadros que albergaban las paredes. Pese a sus escasos conocimientos de pintura, advirtió la amplia diversidad de estilos. Al fijarse en algunos, se repitió la pregunta que tantas veces se había hecho: ¿cómo había gente dispuesta a pagar precios desorbitados por ellos? Aunque no le

quitaba mérito al artista, para Flanagan, los cuadros no eran más que adornos con los que llenar los espacios vacíos de las paredes.

La mujer regresó con caminar pausado, atenta a la mirada del detective.

—Señor Flanagan, sígame si es tan amable. El señor Birth lo recibirá gustosamente en su despacho.

Él asintió con una ligera inclinación de cabeza. Atravesaron un pasillo estrecho, en el que no había más iluminación que unos cuantos ledes alineados en el techo, y llegaron a una puerta. La mujer dio dos golpes con los nudillos y, al oír «adelante», abrió. Le indicó a Flanagan que entrara y se marchó.

El despacho era diáfano, más propio de un director de colegio humilde que de alguien que gozaba de prestigio en el mundo del arte. Solo había una mesa y dos butacas en el centro, una de ellas ocupada por quien lo esperaba.

El señor Birth era un hombre obeso y calvo. Vestía con un traje claro e informal y un fular de color púrpura adornaba su cuello. A primera vista, le pareció un tipo bastante agradable y que la señora Decourt había exagerado al hablar de su intransigencia.

Durante un momento, el galerista se recreó en la contemplación del detective, hasta que se levantó para acercarse a él.

—¿El señor Flanagan? —le dijo con una voz tenue, apenas perceptible, y con un gesto un tanto afeminado.

—Así es. Y usted debe de ser el señor Birth —contestó él, estrechándole la mano con poca efusividad.

—Un placer conocerlo. Sé que viene de parte de la señora Decourt. Me ha hablado muy bien de usted. Es una mujer extraordinaria y, sobre todo, una gran amiga. Además de una verdadera apasionada del arte, su apoyo al mundo de la pintura es incesante.

El balanceo de brazos del señor Birth, como si acompañase el estribillo de una canción que sonaba de fondo, le producía a Flanagan un molesto mareo.

—Hábleme de la amante del señor Decourt.

—Le gusta ir al grano, ¿verdad, señor Flanagan? —El galerista forzó sin éxito una risa entre dientes—. Usted se refiere a Carolina Camps, una más de las amantes del señor Decourt. Siempre gozó de fama de conquistador. Se decía que era un insaciable donjuán, capaz de recorrer un sinfín de camas en una misma noche. Pero ese no es el motivo por el que usted se encuentra hoy aquí.

—Creo que no —dijo el detective, indiferente a los devaneos amorosos del señor Decourt.

—Bueno, me ceñiré a la amante en cuestión. Carolina Camps trabaja como camarera en un local de copas del centro, frecuentado por la clase adinerada de Madrid: el Seis Cuarenta.

—¿De qué modo llegó ella a usted?

—Como tantos otros, señor Flanagan. Dentro del sector del arte, gozo de una excelente reputación. No en vano he dedicado mi vida entera a...

—No me cabe la menor duda —el detective cortó en seco la petulancia del señor Birth—. Me refiero a si contactó a través de teléfono o hubo también una cita.

—Carolina me llamó por teléfono. Me dijo que poseía algo que sería de mi interés y que quería que nos viésemos en una terraza de Madrid. Insistió mucho y, después de darle diversas negativas, accedí a reunirme con ella. Aunque, para serle sincero, le tengo que decir que, en cuanto pronunció la primera palabra, esa chica me transmitió sensaciones nada halagüeñas. Y, cuando me habló del cuadro, supe que estaba en lo cierto.

—¿A qué se refiere?

—Carecía de la más mínima noción de pintura, lo cual me indujo a pensar que el cuadro era de dudosa procedencia —dijo el señor Birth mientras tamborileaba con los dedos de su mano derecha sobre la mesa.

—¿Robado?

—Bueno, esa sería la palabra exacta que le atribuiría el *Diccionario de la lengua española*. —El señor Birth se tomó unos segundos para reírse de su patético chiste—. Unos días más tarde, cuando quedamos en la terraza, Carolina me enseñó la imagen del cuadro en su teléfono móvil, y comprobé que se trataba de una de las piezas más apreciadas de la señora Decourt. Con la intención de ganar tiempo, para poder informar a la propietaria, le dije que era un cuadro difícil de vender, pero que lo estudiaría.

—¿Le pidió alguna cantidad de dinero por él?

—No, no llegamos a hablar de dinero. Desde entonces, no la he vuelto a ver.

—¿No hubo ninguna llamada más por parte de Carolina?

El rostro del señor Birth evidenciaba su voluntad de zanjar cuanto antes la conversación.

—No, a partir de ahí, no he sabido nada más de ella.

—¿Y no le parece raro que se diese por vencida al primer intento?

—En absoluto. Yo no le mostré interés, imagino que buscó otro comprador al que la obra le resultase más atractiva. Ese cuadro ya debe estar vendido.

—¿Cuánto dinero le podrían ofrecer por él?

—No sé, no sé... —El señor Birth se rascaba la barbilla mientras su mirada reflexiva se perdía en una de las paredes diáfanas, como si tratase de encontrar la respuesta en algún objeto que allí no existía—. No más de cincuenta mil euros, supongo.

Flanagan se sorprendió. La señora Decourt le había ofrecido el triple por recuperarlo.

—Señor Birth, esto es todo por mi parte. Ya me pondré en contacto con usted si necesito más información. Ha sido un placer —dijo Flanagan, poniéndose de pie.

—El placer ha sido mío. —El señor Birth se alzó de su butacón—. Lo mantendré al tanto de cualquier novedad. Y vuelva cuando quiera, esta es su casa —dijo mientras balanceaba sus brazos.

Los dos hombres se estrecharon cordialmente las manos y Flanagan se dispuso a salir.

—¡Señor Flanagan!

—¿Sí? —El detective, que ya había llegado a la puerta, giró la cabeza, arqueando ligeramente las cejas.

—Tenga cuidado con esa chica, con Carolina.

—¿Por?

—Presiento que es peligrosa —dijo el galerista, con los ojos enrojecidos y el rostro crispado.

—Señor Birth, no se preocupe por mí. El peligro es mi hábitat natural.

En la salida de la galería, la empleada le cortó el paso. Llevaba un pequeño bodegón en las manos, y en la boca, su indeleble sonrisa.

—Adiós, señor Flanagan.

—Adiós —se despidió él.

Pero su mente ya estaba concentrada en las incongruencias de aquel extraño caso.

Flanagan se estaba abrochando un botón de la camisa cuando el taxi en el que viajaba se detuvo. Efectivamente, ese era el lugar. Lo decía un cartel luminoso, apenas visible, situado justo encima de

la puerta: «6.40».

Al entrar, el volumen elevado de la música electrónica hizo que se le revolviere el estómago. No estaba acostumbrado a ese tipo de sitios que, en su opinión, frecuentaba la gente ansiosa por cazar un compañero de cama con quien pasar la noche. Él prefería locales tranquilos, con el sonido de los vasos al golpear las mesas como única música de fondo.

Las luces se encendían y apagaban de forma intermitente, a excepción de las barras, que permanecían iluminadas con un tenue amarillo. Flanagan se dirigió a la más próxima, pidió un *whisky* doble al primer camarero que le pasó por delante y le preguntó por Carolina. En cuanto le sirvió la copa, el detective se acercó a la barra que le había indicado, y ahí estaba ella.

Carolina ya tenía cierta edad, pero destacaba por su atractivo. Tez blanca, ojos verdes y un hoyuelo *sexy* en el mentón. Su sonrisa fácil, unida a la intensidad de su mirada, le daban un aire jovial, como si fuese una adolescente. Lucía un vestido de colores ajustado y unos pendientes de aro que sus rizos oscuros apenas dejaban entrever. Sus movimientos rápidos al preparar las copas atraían las miradas de cuantos hombres había a su alrededor.

Flanagan se terminó de un sorbo lo poco que le quedaba de bebida y fue directamente hacia ella. Le pidió un *whisky* doble y Carolina asintió mientras ponía las copas de otros clientes. Quiso aprovechar el momento para hablarle, pero el volumen de la música, unido al vocerío, le hizo desistir. Optó por esperarla fuera más tarde.

Dos horas después, el local cerró. Carolina salió acompañada de un grupo, y Flanagan los siguió. Tras recorrer juntos varias calles y despedirse afectuosamente, Carolina giró a la izquierda y el resto hacia la derecha. Flanagan aceleró el paso mientras reflexionaba sobre cómo iniciar la conversación, pues no quería que, bajo ningún concepto, ella se asustara.

De repente, un coche surgió de la nada, en dirección contraria a la de Flanagan. Le sorprendió que acelerase conforme se aproximaba y que no llevara ninguna luz encendida. Cuando estaba a unos veinte metros de él, invadió la acera con una maniobra brusca.

Flanagan se quedó petrificado durante unas milésimas de segundo, pero sus músculos reaccionaron a tiempo para saltar a un lado. Se dio un golpe fuerte al caer, pero evitó el atropello. A escasos metros, el coche derrapó. Por la ventanilla del copiloto apareció la cabeza de un hombre que le gritó una amenaza. Pudo verle de forma nítida la cara, y su acento le sonó a ruso.

El coche que había tratado de agredirlo, un antiguo Mercedes de color negro, cuya matrícula no llegó a leer, continuó su marcha, y el sonido de su motor se fundió con el silencio de la noche. Flanagan, que seguía tendido en el suelo, respiró tranquilo, al menos, de momento.

Se despertó absorto en el caso. Quizás las pocas horas de sueño, sumadas a la gran cantidad de alcohol que había ingerido la noche anterior, provocaron que, al ponerse delante del espejo, tuviese la sensación de estar contemplando el rostro de un cadáver.

Todavía estaba en *shock* por el intento de asesinato. Las palabras de despedida que le había dedicado el presunto ruso, «ándate con ojo, o eres hombre muerto», no habían sido, ni mucho menos, tranquilizadoras. Se preguntaba una y otra vez si aquello estaba vinculado con el caso de la señora Decourt, o si era la maldita mala suerte que lo sobrevolaba desde hacía años, complicándole de nuevo las cosas.

Ojeó el periódico, pasando sus páginas de forma pausada, mientras desayunaba unas tostadas con mermelada de fresa y un vaso de leche. Las noticias de pactos frustrados entre diferentes partidos

políticos marcaban la jornada. La inestabilidad del país, sin gobierno desde hacía una eternidad, parecía indicar el abismo como único destino. A Flanagan no le interesaba lo más mínimo la política, la consideraba un quehacer noble, pero practicado por gente innoble. Miró la cartelera, en busca de alguna película que lo evadiese del caso durante un par de horas. De los más de quince títulos que leyó, ninguno despertó su interés, así que se bajó al Tom Hon Lu.

Cuando entró en el bar, Manuel se estaba deshaciendo en piropos con dos jóvenes que ocupaban una mesa, hasta que se dio cuenta de que su esfuerzo por halagarlas era inútil y, con cara de fastidio, regresó a la barra, donde Flanagan lo aguardaba.

—Buenos días, señor Flanagan. ¿Qué va a tomar vuestra merced? —le dijo Manuel, recuperando su habitual humor.

—Buenos días. Lo de siempre, y si puede ser, sin chistes, que hoy no estoy con ánimos.

—¿Has pasado otra noche jodida! ¡Marchando un *whisky* doble! —Manuel no pudo evitar la tentación de dedicarle una sonrisa repleta de sorna.

El detective admiraba a su amigo, al que la alegría siempre lo acompañaba, independientemente del devenir de las circunstancias.

Manuel le sirvió la copa y un plato de almendras fritas, a sabiendas de que no iba a probarlas.

—¿Cómo te va, Flanagan? Hace días que no me cuentas nada, y hoy llevas un careto que no me gusta en absoluto. —Manuel adoptó un semblante serio.

—Estoy entretenido con una investigación; pero como siempre, intentando sobrevivir.

—Me alegra que tengas un caso entre manos, que estés concentrado en tu trabajo.

—Gracias, Manuel. Por cierto, ¿te suena el fallecimiento del señor Decourt?

—¿El magnate banquero? Algo leí en los periódicos; sobredosis de heroína, creo recordar. Una verdadera lástima. —Manuel emitió un sonoro suspiro—. Es realmente increíble que alguien que lo tiene todo decida, de pronto, matarse. Leí también que su hermana está destrozada. Es profesora de Historia en la universidad y, a raíz de la desgracia, no ha vuelto a pisar un aula.

—Así es la vida, Manuel. Durante un tiempo te lo da todo, y de la noche a la mañana, sin ninguna explicación, te lo arrebatata.

—Bueno, ¿qué filosófico te has levantado hoy! —dijo Manuel con un aire más desenfadado.

—Para nada, simplemente me dedico a observar lo que pasa a mi alrededor. Y ahora lo que estoy observando es la botella de escocés que tengo enfrente. Así que déjate de monsergas y ponme otra copa.

—¿Marchando una copa para el Aristóteles del Tom Hon Lu! —Manuel imitó la voz de un feriante que, con entusiasmo exagerado, anuncia alguno de sus productos.

Flanagan se quedó pensando en lo que Manuel había dicho. De forma involuntaria, le había señalado una nueva prioridad en su investigación. Apuró lo que le quedaba de la primera copa y con aire decidido salió del bar.

Belinda Decourt vivía a dos chalés de distancia de la casa de su fallecido hermano. Averiguar su dirección había sido sencillo, lo que iba a ser más complicado era que ella le concediese una breve entrevista. Con toda probabilidad, no estaría por la labor de hablar del asunto.

—¿Quién es? —preguntó una voz profunda y seca a través del portero automático.

—Hola. Soy el detective Flanagan. ¿Es usted Belinda Decourt?

—Soy yo.

—Estoy trabajando en un caso relacionado con la muerte de su hermano, ¿le importaría atenderme unos minutos?

—Lo siento, pero ya le di a la policía todas las explicaciones.

—Disculpe mi insistencia, solamente será un momento. La causa de la defunción me parece inverosímil y quisiera que usted me diera su punto de vista.

—Inverosímil... —ella repitió pausadamente la palabra, como si reflexionara acerca de su significado.

Se oyó el sonido metálico de la puerta.

—Entre.

Flanagan accedió al jardín que rodeaba el chalé. El rostro de una mujer de avanzada edad lo miraba desde una de las ventanas. La puerta estaba entornada. Al abrirla, el detective se encontró cara a cara con ella.

—Pase, señor Flanagan —dijo Belinda con un tono más dulce que el que había utilizado en el portero automático.

La ostentación de la casa lo dejó perplejo. El color ocre del mármol del suelo hacía juego con el marrón oscuro de la madera de los muebles, de estilo antiguo; aunque, a juzgar por su impecable estado, sin duda eran de la época actual. Le llamó la atención la ausencia de cuadros y la cantidad de figuras de porcelana que había por todos los rincones, iluminadas por grandes lámparas de lágrimas de cristal que colgaban del techo.

Belinda lo invitó a tomar asiento en el salón y a una taza de café.

—Veo que no comparte con su cuñada el gusto por la pintura —dijo Flanagan.

—Es usted muy observador. En realidad, con mi cuñada no comparto absolutamente nada —contestó Belinda con un tono crispado.

—Quiero, antes de empezar, agradecerle su hospitalidad...

—Señor Flanagan —Belinda lo interrumpió con voz conciliadora—, le voy a decir por qué he aceptado concederle unos minutos. Usted es la primera persona que ha nombrado la palabra «inverosímil» para referirse a la causa del fallecimiento de mi hermano. Hasta la fecha, no había llegado a mis oídos ninguna opinión que pusiese en tela de juicio el informe del forense. Al contrario, todo el mundo, como si se tratase de un complot acordado previamente, asume que mi hermano se ha suicidado.

—Todos, menos usted.

—Así es. Yo nunca he tenido la menor duda de que mi hermano fue asesinado. —Un destello de rabia resplandeció en su rostro—. Lo mataron de forma premeditada y sin ningún escrúpulo. Él odiaba las drogas, las consideraba el último reducto en el que se refugiaban las personas carentes de personalidad.

—¿Sabe si su hermano tenía algún tipo de problema?

—¿A qué tipo de problema se refiere? Todos tenemos problemas... —dijo Belinda, desconcertada.

—Me refiero a un problema serio: en sus negocios, en su matrimonio... Usted ya me entiende.

—A mi hermano lo premiaron recientemente como uno de los mejores empresarios del país, tenía proyectos ambiciosos y estaba libre de deudas, que yo sepa. Había amasado a lo largo de su vida una gran fortuna para hacer frente a cualquier apuro económico. —De súbito, el rostro de Belinda se puso serio—. Su matrimonio era otro cantar. No le iba nada bien. Desde el día en que conocí a quien en aquella época era su prometida, tuve la certeza de lo que ocurriría. Señor Flanagan, hablándole

con franqueza y sin rodeos: mi hermano se casó con una auténtica arpía.

—Sí, la entiendo. El amor muchas veces es ciego —dijo Flanagan, dejándose caer un poco más en el respaldo del sofá.

—No, creo que no me entiende. Entre ellos no había ningún sentimiento que se pareciese lo más mínimo al amor. Había algo siniestro en ella, que mantenía atrapado a mi hermano. Lo siento, pero no le puedo facilitar más detalles en este asunto.

—¿Cree que el hecho de no tener hijos influyó de forma negativa en el matrimonio?

—Claro que no —contestó ella de forma tajante—. Ambos hacían gala de llevar una vida independiente, la cual no hubiera sido posible con la «carga», y esa era la palabra que utilizaban, de un hijo.

—¿Sabe si su hermano tenía alguna amante? Es decir, alguna relación fuera del matrimonio.

—Señor Flanagan, sé lo que significa la palabra «amante», no es necesaria la aclaración —dijo Belinda, contrariada. El detective bajó la vista, como si le reclamase indulgencia—. Qué quiere que le diga, mi hermano era un buen hombre, pero no un santo. Él nunca me contó nada al respecto, sin embargo, viendo el devenir de su matrimonio, cualquier respuesta sería posible.

—Según usted, ¿cuál fue el móvil del presunto crimen?

—¡Del presunto crimen, no!, ¡del crimen, señor Flanagan! No añada adjetivos falsos. —Sus facciones se crisparon y volvieron a relajarse enseguida—. No lo sé. Yo pensaba que mi hermano no tenía enemigos, que era querido por todos, pero obviamente me equivoqué. Creo que se lo debería preguntar a su mujer, tal vez ella pueda ayudarlo más que yo. —Permanecieron unos segundos en silencio. La incomodidad patente en el rostro de Flanagan lo delató—. Es ella quien lo ha contratado, ¿verdad? Tenía que haberlo imaginado —dijo Belinda con una sonrisa amarga, que reflejaba el profundo desdén que sentía hacia su cuñada—. Ándese con ojo: esa mujer está unida al demonio.

—Debe odiarla mucho para hacer esa metáfora. —Flanagan no pudo contenerse más ante esos comentarios despectivos, y reiterados, hacia su clienta.

Belinda se levantó del sofá y se acercó a Flanagan, mirándolo fijamente a los ojos.

—No lo digo en sentido metafórico, sino literal —dijo Belinda con un hilo de voz, después de dar un vistazo a su alrededor, como si quisiese evitar que alguien oyera sus palabras—. Elisabet encarna al mismísimo diablo.

Una brisa fría y molesta le caló los huesos a la salida del estadio Santiago Bernabéu. Flanagan había sido una joven promesa, aunque nunca llegó a despuntar. Una lesión en el tobillo derecho lo apartó de los terrenos de juego y su pasión por el fútbol se fue diluyendo con el paso de los años, hasta reducirse al placer de asistir, muy de vez en cuando, a algún partido.

Esa noche, su equipo había jugado contra un rocoso Bayern de Múnich y no pasó del empate a cero. Un partido de Champions League sin demasiadas luces, a su modo de ver, aunque la afición madridista desbordara euforia al finalizar el encuentro.

Comprimido por el mar de gente, Flanagan se puso a deambular por las calles aledañas al estadio. En su interior, una apetencia se intensificaba. Al cabo de varias horas y muchos kilómetros, se dio cuenta de que su instinto lo había llevado a la calle del Seis Cuarenta. Ya estaba recuperado del susto sufrido unas noches atrás a pocos metros de allí. Gajes del oficio, era la conclusión a la que había llegado, pero el porqué de aquello continuaba siendo un misterio que revoloteaba sin descanso en su cabeza.

Ensimismado en esos pensamientos, lanzó una mirada a la puerta del local. Recorrió la larga cola repleta de jóvenes animosos y anduvo unas calles más. Entró en un bar cualquiera, decidido a colmar, por fin, la imperiosa necesidad que lo oprimía. Dos jarras de cerveza acompañadas de sus respectivos pinchos fueron suficientes, pero solamente en lo que a comida atañía. Dio una vuelta por los bares y *pubs* de la zona. Al mirar el reloj, se sorprendió de lo tarde que era. Los efluvios del alcohol habían llenado de neblina su mente. Consumiría esa última copa, que rodeaba con los dedos de una mano, y se marcharía a casa, pensó. En ese momento, detuvo su mirada en el cristal de al lado. Allí estaba ella. Le costó reconocerla al primer golpe de vista, pero sin duda era Carolina, la ex amante del señor Decourt, caminando por la acera. Tal vez había salido del Seis Cuarenta antes de la hora de cerrar.

Apuró de un trago lo que le quedaba en la copa y salió. La divisó al final de la calle y empezó a seguirla con sigilo. Ella llevaba un paso ligero, pero podría alcanzarla en breve. Esta vez iba sola, era su oportunidad. Flanagan aceleró progresivamente la marcha, hasta encontrarse a escasa distancia de ella. Al cabo de un rato, Carolina ralentizó su ritmo mientras sacaba del bolsillo un juego de llaves y frenó en seco en uno de los portales.

—¡Carolina! —dijo Flanagan, forzando un tono de voz dulce.

—¿Sí? —Se giró ella, que acababa de introducir su llave en la cerradura—. No lo conozco. ¿Quién es usted? —contestó, desconcertada.

—No quiero asustarla. Casualmente, la he visto pasar... Bueno, me presento: me llamo Flanagan, soy detective y estoy trabajando en un caso relacionado con el fallecido señor Decourt. Querría hablar con usted.

Ella metió la mano en su bolso marrón. Extrajo un cigarrillo y lo acercó a la cara del detective. Flanagan lo aceptó y, con el encendedor que Carolina le tendía, lo encendió. La joven aproximó sus labios al oído del detective:

—Oiga, no tengo ni idea de qué pretende —le dijo en un susurro apenas perceptible—. Márchese ahora mismo, se lo ruego. Yo no sé nada de ningún caso y su presencia aquí es muy peligrosa para ambos.

—Perdone que insista, pero necesito que hablemos...

—Le repito que se vaya, por favor —dijo, enojada—. Mañana a las once estaré en el Parque del Retiro. Lo esperaré sentada en la escalinata, pero no se aproxime demasiado, simule que no nos conocemos. Buenas noches.

—Buenas noches. Y gracias por el cigarrillo —se despidió Flanagan, levantando el tono de voz en el agradecimiento para aparentar un encuentro casual.

—De nada —contestó Carolina, casi sin girar la cabeza y cruzando ya el umbral del edificio.

De camino a casa, Flanagan arrastraba las piernas como si fuesen dos pilares de hormigón, así que paró al primer taxi libre que pasaba.

La proximidad de Carolina y el alcohol ingerido resultaron ser un cóctel que le produjo una sensación extraña. A través de la ventanilla en la que se apoyaba, veía cómo los contornos de la ciudad se deformaban; pero, a su vez, un brillo casi imperceptible del cielo estrellado la cubría. ¿O tal vez ese brillo salía de dentro de él, de algún lugar recóndito de su corazón que creía extinto desde hacía muchos años?

Capítulo II

Al filo de la muerte

Mientras Flanagan andaba camino del Retiro, el cielo permanecía teñido de un gris oscuro. Oyó el retumbar casi apagado de un trueno. Por un momento, le preocupó que empezase a llover y se fuera al traste el plan de reunirse con Carolina.

Tiró al suelo la colilla del cigarro que estaba fumando y entró en el parque. Ella lo esperaba sentada en la escalinata, como le había dicho la noche anterior, inmóvil como una estatua más del Retiro y ensimismada en la lectura de un libro. Llevaba una blusa verde con bordados en las mangas y el cuello, *leggings* negros, un pañuelo rojo en la cabeza y unas gafas de sol oscuras. A pesar de la sencillez de su indumentaria, su belleza relucía de una forma asombrosa.

Cuando se acercó a ella, unos rayos de sol se abrieron paso entre las nubes y la iluminaron. Levantó la vista, como si el detective le hubiese enviado una señal telepática para indicarle su presencia. La saludó con un inapreciable movimiento de cabeza y se sentó a cierta distancia.

—Buenos días, Flanagan —dijo Carolina sin apartar la mirada del libro.

—Buenos días, Carolina. Le agradezco que haya venido —contestó él mientras fingía revisar los mensajes de su móvil.

—Antes de nada, voy a dejarle claro que el motivo principal por el que ahora me encuentro aquí es oírle decir que va a olvidarse de mí... para siempre. Intentaré ayudarlo en lo que pueda, pero, por favor, no quiero volver a verlo nunca más.

—No se preocupe, Carolina, así será —dijo Flanagan con un tono que denotaba comprensión—. Me gustaría que me comentara todo lo que sepa acerca de la desaparición del cuadro de la señora Decourt.

—¿El cuadro de la señora Decourt? Lo siento, pero es la primera noticia que tengo de ese tema. Yo no sé nada de ningún cuadro. Y de la señora Decourt solo sé que es una coleccionista importante de pintura. Al menos eso es lo que dicen de ella las revistas.

—Entonces, ¿el señor Decourt nunca le habló de esa pieza de arte?

—Le repito que no sé absolutamente nada de ese tema —contestó Carolina con voz más arisca y alzando la mirada. Enseguida la bajó—. Yo estaba pasando por una mala racha económica cuando me ofrecieron el encargo. —Calló unos segundos—. Necesitaba el dinero.

—No comprendo. ¿Qué encargo?

—Me pagaron para que sedujera al señor Decourt. Unas cuantas cenas, algunos paseos... Siempre en zonas concurridas. En fin, ese era el trato. Cada vez me resultaba más difícil mantener a raya su creciente deseo. Tiempo después, el señor Decourt falleció, lo que supuso para mí un gran alivio, aunque me duela mucho reconocerlo. —Carolina apartó por segunda vez su mirada del libro, para fijarla en el detective.

—Es decir, la contrataron para que mostrase públicamente su amor hacia él. Una amante en potencia que nunca llegó a serlo en realidad.

—Exacto. Nunca nos acostamos, si es a lo que se refiere. No formaba parte del acuerdo.

—¿Quién le encargó ese trabajo?

—Eso no se lo puedo decir. Pondría en peligro mi vida. —Carolina cerró el libro y miró al estanque, cuyo azul, con el cielo ya despejado, relucía con intensidad.

—Por lo que me dice, deduzco que hay una organización... digamos poderosa, detrás de todo esto.

—Señor Flanagan, no sé quién está detrás, pero como quiero que cumpla su palabra de olvidarse de mí, le diré que el encargo me lo hizo alguien conocido en el sector del arte.

—Y hasta ahí puede leer, ¿verdad? —ironizó Flanagan con la célebre frase de un antiguo concurso de televisión.

—Así es. Ándese con cuidado, son gente muy peligrosa. Y dicho esto, le deseo mucha suerte, la necesitará —dijo ella mientras se levantaba.

—Carolina, gracias por su tiempo.

Se despidieron con un simple adiós. Flanagan continuó sentado en los escalones de piedra, contemplando como ella se alejaba. Estaba convencido de la sinceridad de aquella chica, arrepentida de su inocente participación en los últimos días del señor Decourt y decidida a cerrar para siempre ese capítulo desagradable de su pasado. Había personas, posiblemente muy pocas, pensó el detective, que caminaban toda su vida con la voluntad subyugada al corazón, sin resignarse a hacerlo de otro modo, aunque ese exceso de buena fe las arrastrase una y otra vez a lo más hondo del lodazal.

Cuando Carolina desapareció de su vista, centró su mirada en el estanque. Una pareja con una niña remaba delante de él, intentando sin éxito que el bote se desplazase en línea recta. Las risas de aquella familia reverberaban en sus oídos, fundiéndose con los recuerdos que la escena le había evocado. Recuerdos que permanecían en su interior como ruinas de una realidad lejana y edulcorada por su imaginación. Le provocaban un gran vacío, hasta que volvían a ocultarse temporalmente entre la maraña de neuronas de su cerebro.

Flanagan acababa de comprar el periódico en el quiosco de su calle. Era una mañana apacible y él se había levantado de la cama tras conciliar todas las horas de sueño que su cuerpo necesitaba, gracias a un par de *whiskies* y al convencimiento de que la información que le había proporcionado Carolina le sería útil. Entró en su apartamento y se puso a ojear las noticias del día. No encontró ninguna que le despertase el más mínimo interés, así que cerró el periódico y se dejó caer sobre el sofá.

El hecho de que la hubiese contratado alguien conocido en el mundo del arte daba otra perspectiva al caso. La conexión entre Carolina y el señor Birth era evidente, y que este le había mentado, aún más. Por otra parte, también había muchas probabilidades de que el ataque del coche estuviera relacionado. Su mente dibujaba los trazos iniciales de una figura geométrica con tres vértices definidos: Carolina-señor Birth-rusos. Era un buen punto de partida, pero debía averiguar cuanto antes el resto de los puntos clave y, por supuesto, la conexión entre ellos.

Volvió a salir de casa. Su estado optimista le hizo inspirar una gran bocanada de aire. Pasó por delante del bar de Manuel y, desde la puerta, lo vio peleándose con su vieja cafetera. Más tarde le haría una de sus visitas habituales. Era el único amigo de verdad que le quedaba. Ensimismado en los buenos ratos que habían compartido, no se percató de que un coche invadía la acera hasta que se paró delante de sus narices. El sobresalto al recordar la escena de unas noches atrás desapareció en milésimas de segundo, exactamente el tiempo que tardó en reconocer el vehículo.

Una de las puertas traseras se abrió y una voz familiar le dijo:

—Entre, señor Flanagan.

—¿Siempre les reserva este caluroso recibimiento a sus amigos, señora Decourt? —preguntó el detective mientras subía.

—Usted no es amigo mío. Le he pagado para que haga un trabajo y quiero que me ponga al corriente de los avances.

Cuando el coche se reincorporó a la calzada, Flanagan se colocó un cigarrillo entre los labios, pero reconsideró su intención al ver el ceño fruncido y los ojos airados de su clienta.

—Señora Decourt, no le puedo adelantar gran cosa. Sé que usted querría...

—Lo que quiero es mi cuadro —cortó ella—, y lo quiero ya.

—Y lo tendrá —contestó Flanagan, intentando aparentar aplomo—. Le informo de que existe la posibilidad de que el cuadro se encuentre en el extranjero —añadió después de un silencio tenso.

—El cuadro está en España. Recupérela antes de que salga del país, y averigüe por qué ha sido robado —dijo la señora Decourt con una mirada de desdén, y se volvió hacia la ventanilla, dándole la espalda al detective.

—¿Cómo sabe que continúa en España?

—Ayer mismo me lo confirmó el señor Birth. Se lo han vuelto a ofrecer. Se comprometían a entregarlo dos horas después de firmar la compra, lo cual evidencia que el cuadro no se encuentra lejos de aquí.

El omnipresente señor Birth regresaba a escena. Parecía, en realidad, la persona contratada por la señora Decourt para resolver el caso, pensó Flanagan.

—¿Sabe si el señor Birth tiene contactos en Rusia?

—El señor Birth tiene contactos en todo el mundo. Me consta que en Moscú ha organizado varias exposiciones en Tretiakov. Sus viajes a Rusia son constantes. Llegó, incluso, a regentar una galería en San Petersburgo durante un tiempo. Pero ¿a qué viene esa pregunta?

—Simplemente estoy siguiendo una pista.

—Señor Flanagan, como le he dicho antes, olvídense del extranjero y céntrese en España. Me da la impresión de que usted no es de los que son capaces de encontrar una aguja en un pajar.

—Puede ser —contestó el detective con indiferencia—. ¿Qué opina de su cuñada Belinda?

—Ella no lo tiene. De tenerlo, ya lo habría quemado. Odió la pintura tanto como a mí.

—Usted lo acaba de decir: la odia. ¿No podría estar implicada en el robo? Sería una manera de vengarse de usted.

—Yo no le he dado nunca ningún motivo para hacer una cosa así. —La señora Decourt se giró de nuevo hacia Flanagan—. Además, ella es una sabandija demasiado débil para participar en ese tipo de venganza.

—Tampoco usted demuestra demasiado afecto hacia ella.

—Pero yo sí tengo mis razones. Siempre intentó poner a mi difunto marido en mi contra. Le hubiese encantado que nos separásemos, que nuestro matrimonio fracasase del todo.

—Ya, la comprendo —dijo el detective, fingiendo empatía.

—¡Basta de cháchara! ¡Necesito el cuadro antes del próximo viernes! —gritó la señora Decourt con los ojos abiertos como platos y las facciones crispadas.

—¿El próximo viernes? Pero quedan solamente siete días. Es muy poco tiempo y el caso requiere de averiguaciones preliminares...

—Señor Flanagan —gritó ella, encolerizada—, ¡lo necesito para el viernes!

—Puede estar tranquila, no tardaré más de diez días en recuperarlo —dijo Flanagan, con la

intención de comprobar hasta qué punto era importante la fecha mencionada.

La reacción de la señora Decourt no se hizo esperar. Su cara se enrojeció más si cabe, sus ojos se humedecieron y balbució improperios y bravatas, bandeando los brazos con frenesí. Esos movimientos hicieron que la manga izquierda de su vestido de color borgoña se deslizase hasta quedar a media altura del bíceps. En ese momento, Flanagan vio en el reflejo del cristal que la señora Decourt llevaba tatuada en la parte trasera del hombro una estrella de cinco puntas dentro de una circunferencia.

Cuando la garganta le impidió continuar, ordenó al chófer que parara en el mismo arcén de la M-30 y obligó al detective a salir.

—Señor Flanagan, le he dado una importante suma de dinero para que recupere mi cuadro. Si el viernes no está en mi poder, usted es hombre muerto —voceó la señora Decourt desde la ventanilla bajada.

—Le doy mi palabra de que lo tendrá. Incluso intentaré que sea antes de ese día. —Pero esas últimas palabras se las llevó el viento, pues el coche corría ya a toda velocidad por la autovía.

Verse abandonado en la cuneta de una carretera le pareció patético. La indiferencia con la que los conductores seguían circulando le pareció todavía peor.

Mientras caminaba, reflexionó sobre la conversación, por llamarla de una forma diplomática, que acababa de mantener con la señora Decourt. Ella le ocultaba información, pues no le había comentado nada respecto a por qué le urgía recuperar el cuadro antes del viernes siguiente. Por otra parte, le había dicho que el señor Birth tenía novedades acerca del paradero del cuadro, pero el galerista no se las había notificado a él. ¿Y qué representaba la estrella de cinco puntas que llevaba en el hombro izquierdo? ¿Era un simple tatuaje o algo más? Estaba seguro de que ese dibujo lo había visto antes.

El reloj de la galería del señor Birth estaba a punto de marcar las seis de la tarde cuando Flanagan entró por la puerta. La empleada, tan pulcramente vestida como la otra vez, conversaba por teléfono en el mostrador. El detective se entretuvo contemplando uno de los cuadros que había en la exposición. Le resultaba bastante curioso. En él aparecían mujeres casi desnudas y cogidas de las manos alrededor de una hoguera, como si bailasen una danza tribal en mitad de la noche. Sus caras deformadas mostraban una sonrisa malévolas. El cuadro solamente le inspiraba un sentimiento: terror.

—¿Le gusta? Es *El aquelarre de Trasmoz*, del pintor oscense del siglo XVI Emiliano Trashorras. Representa una reunión de brujas, ¿y sabe qué hacen? Invocar al demonio —le dijo la empleada, con su perpetua sonrisa. El detective tuvo que hacer un esfuerzo para apartar la mirada del cuadro—. Este en concreto no está vendido, todavía. Si le interesa, señor Flanagan, es suyo.

—¿Es un detalle de la casa? —respondió, sorprendido de que ella recordara su nombre.

—Bueno, eso se lo tendría que preguntar al señor Birth. —Y rio.

—He venido a eso precisamente, a hablar con él.

—Un momento, si es tan amable. Veré si puede atenderlo —dijo ella, acercándose al mostrador. Pegó otra vez el auricular a su oreja y, después de pronunciar unas palabras, permaneció en silencio.

Flanagan se preguntó si el señor Birth se inventaría una excusa para no recibirlo.

La chica colgó y lo invitó a pasar, el señor Birth lo esperaba en su despacho. Esta vez ella no lo acompañó. El galerista lo saludó en la puerta.

—Señor Flanagan, es un placer volver a verlo. ¿Qué le trae por aquí? ¿Viene a decirme que ha

recuperado el cuadro? —dijo el señor Birth, extendiendo su mano.

—Muy a mi pesar, no —le contestó él al estrecharla.

Entraron en el despacho.

—Lo siento de todo corazón. Debe de ser como buscar una aguja en un pajar. —Flanagan recordó que esa misma expresión la había utilizado la señora Decourt y dedujo que ambos habían tenido alguna conversación al respecto—. ¿Ha hablado con Carolina Camps? Ella es quien mejor conoce el paradero del cuadro...

—Le han vuelto a ofrecer el cuadro, ¿ha sido ella u otra persona? —le cortó el detective.

—No, solo me lo ofrecieron en una ocasión, la que le comenté —dijo el señor Birth, contradiciendo a la señora Decourt. Era obvio que alguno de los dos mentía.

—Entendido. De momento, no tengo la menor intención de hablar con Carolina. Mis pesquisas siguen otro camino. Todo apunta a que el cuadro se encuentra en manos de la mafia rusa, vinculada a personalidades destacadas del negocio del arte y residentes aquí, en Madrid. —Flanagan le lanzó una mirada inquisidora y guardó silencio unos segundos, después de haber mentido como un bellaco. Las facciones del señor Birth se desencajaron—. Y el cuadro ahora se esconde muy lejos de España, posiblemente en Rusia.

—Es bastante probable —contestó el galerista, cabizbajo y con la voz quebrada—. Las obras de arte robadas suelen permanecer ocultas durante un tiempo cerca del lugar del que fueron sustraídas, salvo si existe un comprador previo...

—Con lo cual, solamente la Interpol puede encontrarlo. Como experto en la compraventa de arte, ¿me aconseja que abandone la investigación?

El rostro del señor Birth evidenciaba una creciente incomodidad.

—No sé qué decirle... Usted ha realizado una gran labor, la señora Decourt sabrá agradecerérselo.

—Sí, puede ser. Voy a comunicarle a la señora Decourt que su cuadro está en el extranjero y que es imposible recuperarlo, y caso cerrado —volvió a mentir Flanagan, tanteando al galerista—. Gracias por ser tan amable y sincero —pronunció con un ligero énfasis la última palabra.

El fin de la conversación le causó al señor Birth el mismo efecto que si se acabase de aplicar un bálsamo. Intentó contestar, pero solo fue capaz de emitir unos balbuceos incomprensibles. Acompañó a Flanagan hasta la puerta y allí se despidió de él:

—Ha sido un enorme placer para mí colaborar con usted y la señora Decourt.

Cuando Flanagan regresó a la sala de exposición, casi se dio de bruces con la empleada, que, ensimismada en uno de los cuadros, no advirtió su presencia. Ni el sobresalto pudo evitar que le mostrase una sonrisa.

—¡Uy! Lo siento, ha sido culpa mía —se excusó Flanagan—. Gracias por todo.

—De nada, vuelva cuando quiera —contestó ella con simpatía, desconocedora, evidentemente, del desagrado que el detective producía en su jefe.

Flanagan estaba dándole vueltas al caso; en realidad, solo lo intentaba. Había alguien que le impedía concentrarse: Carolina. Desde la última vez que la había visto, salía y entraba en su pensamiento constantemente y con total impunidad. Pese a que ella le había insistido en que no quería volver a verlo, su bonito rostro y su carácter sincero, con esa intrínseca dulzura y la nube de misterio que la envolvía, eran los culpables de que él no se resignara a olvidarla. «Cuidado, Flani, céntrate en la investigación», se repetía una y otra vez, como si recitara un mantra budista, aunque le resultaba

imposible llevarlo a cabo.

Decidió visitar el Tom Hon Lu. Un par de *whiskies* y la conversación con su amigo aliviarían su agitado corazón.

Cuando entró en el bar, Manuel lo saludó desde la barra. Estaba feliz, como siempre, con una sonrisa de oreja a oreja. Se sentó frente a él, le hizo un guiño y le pidió lo de siempre.

—Tanta urgencia y después, con una sola cerveza, me ocupan una mesa toda la tarde —le susurró Manuel, antes de ir a toda prisa hacia unos clientes que lo reclamaban con una insistencia exagerada.

Flanagan se quedó mirando el vaso mientras lo agitaba con lentitud, como si quisiera obtener alguna respuesta del movimiento oscilante de los cubitos de hielo.

—¿Qué te pasa, Flanagan? Hoy te veo algo espeso —dijo Manuel al regresar.

—Nada, no te preocupes. Solo estaba dándole vueltas al caso en el que estoy trabajando.

—No te calientes demasiado la cabeza, te puede estallar. —En la cara del propietario del local apareció una sonrisa pícar—. ¿Y ese brillo en los ojos?

—¿Qué brillo en los ojos?

—Claro que sí, chaval. ¡Tú estás enamorado!

La carcajada forzada de Flanagan retumbó en la barra.

—¿Qué fantasioso eres, Manuel!

—¿Pero hay tema o no hay tema?

—Hay un gran lío, y tengo la sensación de que estoy perdiendo el norte.

—Cuando se trata de amor, el mejor guía es el corazón.

—No es tan fácil, Manuel —dijo el detective. Suspiró, cabizbajo, como si hablara consigo mismo—. A veces se impone el instinto de supervivencia, y a uno le es imposible dar rienda suelta a sus sentimientos.

—Sí, puede ser. Pero tú eres un aventurero. El riesgo es tu hábitat natural, donde te mueves como pez en el agua. —Manuel le guiñó el ojo izquierdo.

—Hablando de agua, eso es lo único que me queda en la copa. Así que déjate de monsergas y ponme otra.

—Marchando un *whisky* —Manuel entonó melódicamente la frase.

El mensaje optimista de su amigo avivó su hoguera interior, y no la ética, que ya llevaba horas en plena combustión. Se bebió la copa de un trago y salió del bar apresuradamente.

—¡Adiós, Romeo! —le gritó Manuel.

Flanagan se giró y levantó unos centímetros la mano mientras arqueaba las cejas.

El Seis Cuarenta aún no había abierto sus puertas. Se miró el reloj y comprobó lo que la claridad del día le había indicado de antemano: era demasiado pronto. Ella no habría llegado todavía, ¿o quizás sí? Pensó que sería mejor esperar a que hubiese algo de gente para camuflarse; pero antes daría una vuelta con la esperanza de recobrar la cordura, ausente en ese momento, y ser capaz de marcharse a casa.

Al doblar la segunda esquina, vio un grupo formando un círculo. Parecían pandilleros. Iban vestidos con pantalones rotos y camisetas ceñidas, y sus brazos robustos estaban cubiertos de tatuajes, incluso algunos les asomaban por el cuello. Una voz femenina surgió del centro. Flanagan aceleró el paso, y algunos de aquellos jóvenes se giraron hacia él con miradas amenazadoras. Cuando estuvo a escasos metros de ellos, se dio cuenta de que la mujer era Carolina. Encolerizado, les increpó:

—¡Eh, vosotros! ¿Qué pasa aquí?

Uno le mostró el filo brillante de una navaja.

—Oye, abuelo, si no quieres problemas, desaparece —dijo, blandiendo el arma.

Otro, de rostro prepotente, soltó una breve pero sonora carcajada mientras balanceaba un bolso que tenía en la mano.

El detective avanzó hasta el quinquí de la navaja. Sacó de la americana su pistola, modelo Pietro Beretta de 9 mm, y le apuntó directamente a la cabeza.

—Ahora, chicos, quiero que le devolváis todo lo que es suyo. De lo contrario, aquí se va a derramar mucha sangre y os puedo garantizar que no va a ser la mía.

El individuo que sostenía el bolso lo soltó de inmediato, asustado. Otro gimió un «vámonos» y dejó caer una cartera. Todos salieron corriendo.

—¿Estás bien? —preguntó Flanagan a Carolina.

Ella sintió ligeramente. Tenía el pelo revuelto y las facciones desencajadas; aun así, conservaba su belleza de siempre.

—Siento que te haya ocurrido esto...

—No eran más que unos gamberros en busca de unos euros —le cortó Carolina—. Tu presencia aquí está poniendo mi vida en peligro.

—Pensaba que tu vida era lo que acababa de salvar —dijo Flanagan, desconcertado.

—Sé arreglármelas sola. Creo recordar que te dejé bien claro que no quería verte nunca más. —Le lanzó una mirada llena de odio y se marchó por donde él había llegado.

Flanagan se quedó inmóvil y perplejo. Era obvio que Carolina corría un grave peligro, y eso la tenía aterrorizada.

Siguió los pasos de la camarera. El diminuto cartel del Seis Cuarenta ya estaba iluminado y los primeros clientes entraban, pero a él se le habían ido las ganas de contemplar a Carolina sin que ella lo advirtiera. No obstante, se alegraba de haber estado ahí en el momento preciso para librarla de esa gentuza, y también, no lo iba a negar, de verla de cerca otra vez. «La vida es una caja de sorpresas caprichosas —pensó Flanagan—, un cúmulo de circunstancias desordenadas y, en apariencia, sin conexión lógica entre ellas».

El cansancio empezó a apoderarse de su cuerpo. Después de lo ocurrido, lo que más deseaba era relajarse.

Entró en su apartamento, dejó las llaves y la cartera en el viejo mueble de la entrada y se fue al sofá. Al menos, el encuentro con Carolina, aparte de sacarla de apuros, le había servido para volver a comprobar que, por la razón que fuese, ella no quería saber nada de él; posiblemente, aquello calmara la excitación de sus hormonas descontroladas y lo ayudase a olvidarla. Debía centrarse en el caso, averiguar quién o quiénes tenían el cuadro, y no iba a ser tarea fácil.

Se sirvió un *whisky* y le dio un trago. Lo necesitaba desde hacía horas, así que el segundo trago no se hizo esperar. Una vez acomodado en el sofá, pies descalzos sobre la mesa y copa cogida con una mano y apoyada en su vientre, un estado de absoluto sosiego lo invadió. Repasó las conversaciones que había mantenido en torno al caso e intentó obtener conclusiones. Debía darle un nuevo enfoque, sobre todo respecto al señor Birth. Había contado versiones diferentes a la señora Decourt y a él, por lo que dedujo que el galerista tenía intereses de por medio. Sabía mucho más de lo que aparentaba y el detective estaba seguro de que sería determinante para el esclarecimiento del robo.

De súbito, algo le oprimió el cuello. Le faltaba el aire. La sangre se le acumulaba en la cabeza y

sus facciones se dilataron. La vista se le nubló. Sus esfuerzos para desprenderse de la cuerda eran inútiles. En su nuca sentía el calor de las impetuosas y desacompañadas bocanadas de aire de su verdugo.

Otro sujeto se le acercó de frente. Vislumbró una navaja en su mano derecha. El desconocido apoyó la mano izquierda en un hombro de Flanagan y cogió impulso con el brazo del arma. La imagen de su mujer e hija iluminó la mente del detective como un *flash*, y una descarga eléctrica le recorrió el cuerpo. Antes de que el filo le atravesase el vientre, lanzó una patada con su pierna derecha. El hombre cayó de espaldas, golpeándose la cabeza contra el televisor con estrépito.

El primer agresor redujo la presión que ejercía con la cuerda al ver lo que le acababa de ocurrir a su compañero. Flanagan aprovechó la oportunidad para dar un tirón y liberarse de la soga. Lo agarró por el cuello y le propinó dos puñetazos. El individuo se desplomó, inconsciente. Flanagan se fijó en su cara: era el mismo que se había asomado por la ventanilla del coche que intentó atropellarlo.

Al girarse, vio que la navaja iba hacia él. Ladeó la cabeza, pero no consiguió evitar el contacto. Sintió un ligero escozor en una de sus mejillas y, al frotársela, se manchó los dedos de sangre. Su adversario le asestó otro navajazo, pero el detective lo desvió con el brazo izquierdo, y con el puño derecho le dio un golpe bajo. La navaja cayó al suelo, junto a su dueño, que se retorció de dolor. Flanagan la recogió. El adversario se levantó y corrió a trompicones hacia la puerta; sus pasos se perdieron en la escalera.

El otro atacante, que permanecía tendido en el suelo, recobró el conocimiento. Flanagan se acercó a él y le puso la hoja de la navaja en el cuello:

—¿Para quién trabajáis?

—Mi no entiendo.

—¿Quién es tu jefe?

—Mi jefe... de Rusia —balbució.

—¿Conoces al señor Birth?

—Mi no entiendo... —volvió a decir el agresor, pero esta vez su semblante palideció.

Sin mediar palabra, Flanagan le indicó con un gesto donde estaba la puerta. El hombre se levantó despacio, pero en cuanto estuvo en pie, corrió como si estuviera poseído por un demonio, al igual que había hecho su compañero.

El detective cerró con llave. Entró en su habitación y se dejó caer en la cama. Sus latidos recuperaron, poco a poco, su ritmo habitual.

Una presión más intensa de la debida fue suficiente para que los restos de espuma de afeitarse se tiñeran de rojo. Al terminar de lavarse, vio que el corte que se acababa de hacer quedaba muy cerca del que aquellos quinquis le habían causado la noche anterior.

A menudo sus investigaciones lo habían adentrado en un bosque de peligros, pero esta situación era inédita para él. Estaba seguro de que la falta de sinceridad que percibía en su clienta lo haría hundirse en terreno pantanoso. No comprendía por qué la señora Decourt no había recurrido a la policía para recuperar el cuadro. Y la escasa información con la que él había iniciado el caso, siguiendo las indicaciones de ella, provenía de un marchante cuyo vínculo con la obra era más que sospechoso. Y como guinda del pastel, su propia integridad física estaba en serio peligro. La mafia rusa le había puesto precio a su cabeza, y esa gente no se andaba con pamplinas.

Lo mejor era hablar a las claras con la señora Decourt, decirle que su cuadro lo tenía la mafia rusa

y que fuese a denunciarlo a la policía. Él poco podía hacer. Se contempló en el cristal, como si esperase recibir respuesta de su propio reflejo. Sabía que su decisión no iba a gustarle, teniendo en cuenta su necesidad urgente de recuperar el cuadro, escenita del paseo por la M-30 incluida. Pero, por más vueltas que le daba, era la única opción coherente que se le ocurría.

Salió de su apartamento con aire decidido. Al pasar por delante del bar, Manuel levantó la mano en señal de saludo, y Flanagan le respondió con una ligera inclinación de cabeza. Alzó su brazo al primer taxi libre que vio y, al subir, le dio las señas de la señora Decourt.

El jardín era tan ostentoso como la casa en sí. Lo rodeaba un muro de mampostería coronado con una valla metálica de estilo barroco. Al acercarse al timbre, se percató de que la puerta estaba abierta. Dudó entre llamar o entrar. Llevado por la premura de poner fin cuanto antes a la relación con su clienta, tardó poco en verse caminando sobre las grandes losas separadas entre sí por césped, que dividían el jardín en dos partes iguales. De repente, la puerta principal se abrió, y Flanagan tuvo un mal presagio. Oyó una voz masculina y grave. Un tipo apareció en el umbral, retrocediendo de espaldas con pasos lentos. Tras él iba la señora Decourt, mirándolo fijamente. El detective, desconcertado, se escondió detrás de un árbol. Desde allí, vio como la señora Decourt asentía ante las explicaciones de aquel hombre. Le llamaron la atención su rostro y sus gestos, completamente distintos a los que mostraba cuando estaba con él. Sus ojos indicaban una humildad impropia de ella, y de su boca no salían discursos arrogantes, sino palabras suaves que manifestaban cierto sentimiento de culpa. Aquel hombre, de aire omnipotente, estaba reprendiéndola.

No conseguía oír la conversación, tan solo frases incompletas relacionadas con una comunidad, hasta que una palabra lo sobresaltó. Afinó el oído y, al cabo de un momento, la señora Decourt la repitió. Esta vez no le cabía la menor duda: había dicho «cuadro».

Unos minutos después, el hombre se giró como si fuese a marcharse, aunque permaneció inmóvil, dándole la espalda a la mujer. Por fin Flanagan lo tuvo de frente y, al contemplar su rostro, se le aceleró el corazón. Los ojos entornados de aquel tipo traslucían odio e ira. Eran de un color verde brillante y alrededor del iris destacaba un rojo sangre. No parecían humanos, sino propios de alguna especie de serpiente letal. Su nariz era puntiaguda, como el pico de un ave rapaz; y los huesos de la cara se marcaban exageradamente bajo una piel similar a un velo fino. Sintió que su forma de hablar y prepotencia provenían de las tinieblas, que era el mismísimo diablo.

¿Y qué tenía que ver con el cuadro? ¿Por qué hablaban de él? ¿Acaso la señora Decourt lo había contratado para encontrarlo? Desechó de inmediato esa hipótesis: la humillación que reflejaba el rostro de ella era impropia de quien paga por un servicio.

El hombre se giró una última vez hacia la señora Decourt. Se despidió con un ligero movimiento de mano, se caló su sombrero Fedora, que hasta ese momento había llevado en la mano, y se marchó. La mujer ni siquiera contestó, petrificada y con la mirada perdida, como si fuese una estatua de su jardín. Cuando el hombre salió de su propiedad, ella volvió dentro.

Aquella escena desasosegó a Flanagan. Necesitaba averiguar quién diantres era aquel tipo.

Ya en la calle, divisó a Ojos de Serpiente alejarse con paso apresurado. Ese era el nombre con el que había decidido llamarlo. Después de un buen rato, giró a la izquierda y bajó por las escaleras del metro. Flanagan iba detrás de él, zigzagueando entre el gentío que subía. Aceleró. Estaba a escasos veinte metros de él, pero, al sacar la cartera, comprobó que no llevaba el bono. La última vez que lo había utilizado, para acudir a una partida clandestina de póquer organizada en las afueras de Madrid, lo había dejado en un estante de la alacena. Necesitaba un tique para acceder al metro, pero si se

detenía a comprarlo en las máquinas expendedoras atestadas de gente, perdería el rastro de aquel demonio.

Se tropezó con un par de colegiales, pegados a sus grandes mochilas. Enseñándoles las palmas, los paró. Era la única solución factible que se le ocurría.

—Oíd, chavales, ¿alguno de vosotros me da su bono? Os ofrezco cincuenta pavos por él —dijo mientras sacaba el billete.

—Yo. Este no tiene, su padre lo lleva al instituto y casi nunca coge el metro —dijo uno de ellos con una sonrisa de oreja a oreja, señalando al otro colegial, pero sin dejar de mirar los cincuenta euros que Flanagan agitaba como si se tratase de un cebo infalible.

Realizaron la transacción con la premura que les infundía a ambos el temor a que la otra parte quisiese renegociar el trato. Con el bono ya en sus manos, corrió a reencontrarse con su perseguido. Llegó al andén cuando un metro recién parado abría sus puertas. Recorrió con su mirada los cuerpos apretados tras los cristales y los que subían a los vagones en ese momento. Localizó la figura de Ojos de Serpiente entrando en uno de ellos. Se había deshecho del sombrero. Una vez dentro, Flanagan miró en todas las direcciones, pero solo vio gente apiñada. Rostros relajados, personas leyendo el periódico y, sobre todo, muchas vistas fijas en teléfonos móviles y dedos moviéndose a una velocidad frenética.

El detective atravesó el pasillo casi inexistente para llegar al vagón contiguo. De una ojeada, examinó a los pasajeros de su alrededor, pero no encontró a Ojos de Serpiente. El panorama era un calco del anterior, excepto que en este la tranquilidad la truncaba un pobre borracho, que gritaba frases carentes de sentido, agitando sin ton ni son los brazos en el aire. Los demás contemplaban aquel espectáculo lastimoso con miradas de desprecio.

Aquel metro solo contaba con tres vagones. Flanagan se dirigió al tercero, el único en el que aquel individuo podía estar. Un joven lleno de cadenas y vestido de forma que sus prominentes músculos quedaban al descubierto le dedicó un gesto desafiante, al que respondió con total indiferencia.

Ojos de Serpiente tampoco estaba allí, lo cual era imposible. El metro redujo la velocidad, llegaban a la siguiente estación. El detective se rascaba la cabeza mientras examinaba de nuevo a los de su alrededor. Volvió al otro vagón, y en ese momento se detuvieron. Todos los pasajeros se apelotonaron en las puertas, a la espera de que se abrieran. Menos uno, que continuaba sentado y leyendo el periódico. Flanagan se acercó a él y le bajó el diario para ver su rostro. Era Ojos de Serpiente. Quedaron cara a cara, mirándose, y se fijó en su expresión diabólica. Hasta que el tipo se levantó con tranquilidad y salió por la puerta más próxima. Flanagan se acercó hasta ella y, sin bajar del vagón, ojeó la muchedumbre del exterior. Por más que buscó, no lo halló. Tuvo que aceptar con resignación que se le había escapado.

Flanagan circulaba con su coche por la ciudad. La concatenación de semáforos en rojo, sumada a un tráfico denso, hacía que la velocidad de su viejo Peugeot 405 fuera sosegada. No le importó, pues no tenía ninguna prisa.

La niebla de confusión que rodeaba al caso se espesaba cada vez más. Tenía que transformar las pocas pistas que tenía en hipótesis que lo acercasen al paradero del cuadro, y para ello necesitaba a la persona que más sabía de él. Era obvio que su manera de interrogarlo había sido excesivamente diplomática y no le había ayudado a conseguir información válida.

Cuando llegó a la calle de la galería del señor Birth, su reloj Festina marcaba las cinco de la tarde.

Maniobró para ocupar el hueco que acababa de dejar un Ford Fiesta blanco, pero se detuvo al ver que el señor Birth salía y se metía en un coche que estaba aparcado cerca.

Flanagan aceleró y bloqueó el vehículo del galerista. La sorpresa del señor Birth se transformó en sobresalto al reconocer al detective, y cerró por dentro. Flanagan se bajó de su Peugeot 405, se aproximó a él y enseguida lo persuadió para que saliese del coche y se metiera en el suyo. Bastó con hacerle una simple indicación con su pulgar derecho mientras apartaba su americana con la mano izquierda, dejando a la vista una funda oscura de piel, de la que asomaba la culata de su Pietro Beretta de 9 mm.

El sudor empezaba a brillar en la frente del marchante. Flanagan le lanzó unas esposas. Cayeron en la entrepierna del señor Birth, que se las puso de inmediato, sin necesidad de recibir ninguna orden previa.

El detective arrancó de nuevo y se incorporó a la circulación. Al cabo de unos segundos, ladeó la cabeza hacia el señor Birth.

—¿Dónde está el cuadro? —le preguntó con un tono rudo.

—Solamente sé lo que le dije; nada más, se lo juro...

Flanagan lo calló con un puñetazo seco en la mandíbula. Un reguero de sangre se deslizó por una de las comisuras del señor Birth.

—¿Dónde está el cuadro? —repitió con el mismo tono.

—Señor Flanagan, se lo ruego... Le aseguro por lo que más quiero en este mundo que yo no sé dónde está el cuadro. —El galerista bajó la mirada, apelando a la misericordia del detective.

—Lo que tú más quieres en este mundo, y también lo único, es el dinero —contestó Flanagan, impasible a las súplicas.

Avanzaron un par de kilómetros en silencio, con el ruido del motor de fondo, hasta un callejón en el que no había nadie. Aparcó entre un contenedor de basura y un camión. Sacó su pistola y, con parsimonia, hundió el cañón en la prominente barriga del señor Birth mientras lo miraba a los ojos sin parpadear. El galerista palideció todavía más, si cabe; las gotas de sudor se deslizaban por su rostro y se precipitaban a su camisa, ya empapada.

—Por tercera y última vez: ¿dónde está el cuadro?

—Lo vendimos a un comprador desconocido... —balbució el señor Birth, esforzándose en articular las palabras—. Se lo contaré todo, pero, por favor, guarde la pistola.

Flanagan apartó el arma de su vientre y la enfundó bajo su americana azul marino. El señor Birth respiró aliviado y se tomó unos segundos para desempañar sus gafas y secarse el sudor con el pañuelo de seda que sacó de uno de sus bolsillos. Un poco más tranquilo, dijo:

—El cuadro se lo robaron a la señora Decourt... —Y calló.

—¡Continúe!

—Después intentamos vendérselo, pero ella no quiso comprarlo. Tampoco lo denunció a la policía.

—Se lo robó la mafia rusa, ¿verdad? Para la que usted trabaja.

El señor Birth se encogió en el asiento, agachó la cabeza y se puso las palmas en la cara, como si estuviese a punto de llorar.

—Sí —susurró.

—La historia de la amante del señor Decourt y su relación con el robo era mentira, la tapadera que ustedes habían preparado para venderle el cuadro a la señora Decourt, ¿no es así?

—Así es.

—Pero ¿por qué intentaron vendérselo a su propietaria? —dijo el detective mientras se recostaba entre el asiento y la puerta.

—Por el valor incalculable que tiene para ella.

—Es decir, se le podía sacar una suma de dinero muy superior a la que el mercado estaba dispuesto a pagar. Además, ella nunca iba a relacionarlo a usted con el robo, ya que lo admira y lo aprecia, ¿verdad? —preguntó Flanagan con una sonrisa maliciosa.

—Correcto. Confía plenamente en mí —confirmó el señor Birth. Su rostro reflejaba lo mal que lo estaba pasando.

—¿Y por qué el cuadro tiene tanto valor para la señora Decourt?

—Eso no lo sé, nunca me ha mencionado el motivo. Pero sí me ha expresado muchas veces lo especial que es para ella.

—Es usted el amigo ideal para confesar ciertas debilidades —dijo Flanagan con una sonrisa irónica—. ¿Por qué la señora Decourt no denunció el robo a la policía?

—De eso, ella no me comentó nada... En cuanto a la venta del cuadro, le he dicho todo cuanto sé. Los rusos se encargaron de hacer la entrega al cliente y del cobro. Yo solo le puse el precio y negocié la venta con el representante. Aquel tipo me puso la condición de que no intentara averiguar quién era él ni su cliente, de lo contrario, mi vida estaría en peligro.

—Exactamente igual que ahora —le cortó Flanagan, levantando la americana para volver a mostrarle ese argumento de 9 mm tan convincente—. Déjese de tonterías y diga de una vez todo lo que sepa del comprador y de su representante.

—Lo que le acabo de contar es la verdad. Los rusos me comentaron que el cliente era una especie de organización satánica... —El señor Birth puso cara de incredulidad.

—¿Una secta?

—Puede ser. A mí no me dijeron nada más. Me pagaron mi parte y me sugirieron que me olvidara del tema.

—De acuerdo. Pero, por el bien de su propia integridad física, dígales a sus amigos rusos que nos dejen en paz tanto a Carolina Camps como a mí. De lo contrario, me veré en la obligación de contarle a la señora Decourt la inestimable ayuda que usted ha prestado en el robo de su cuadro. Eso si antes no le he metido una bala entre ceja y ceja.

El señor Birth asintió, tembloroso. Flanagan lo liberó de las esposas.

—Y ahora, salga de mi coche, y espero no volver a verlo nunca más.

Flanagan estaba dando un trago a su tercera copa en el bar de Manuel cuando oyó la melodía de su móvil. Aunque no tenía guardado el número en su obsoleto Samsung, sí lo había memorizado. Se trataba de la señora Decourt. No le apetecía interrumpir su momento de relax para aguantar el agrio carácter de su clienta, así que no contestó, y continuó disfrutando de su *whisky* mientras el teléfono sonaba.

Manuel dejó de limpiar el polvo de las botellas situadas detrás de la barra y se acercó al detective.

—Oye, Flanagan, se me había olvidado decirte que una chica ha venido un par de veces preguntando por ti. Por cierto, es una verdadera preciosidad —dijo Manuel con una sonrisa de camaradería y dándole palmaditas en la espalda.

—¿Preguntando por mí? ¿Y cómo te dijo que se llamaba?

—Creo que... Carina o algo así.

—Qué raro... ¿Una chica buscándome, aquí, en tu bar? —dijo Flanagan sin mirar a Manuel, como si estuviera preguntárselo a sí mismo—. ¿Y qué quería?

—No lo sé, no me lo quiso decir —respondió Manuel, manteniendo la sonrisa de camaradería—. Pero puedes preguntárselo tú, la tienes detrás. —Y le guiñó un ojo antes de regresar a sus quehaceres.

Flanagan se dio la vuelta. Allí estaba ella, deslumbrante, apoyada en una de las jambas de la puerta del bar y contemplándolo. Carolina parecía una de esas estrellas de cine clásico que habían encandilado al mundo entero en el pasado. Llevaba el pelo recogido, dejando a la vista un cuello esbelto, y vestía con vaqueros de color azul claro y camisa de cuadros rojos. No iba maquillada. Sus ojos destilaban melancolía, aunque su rostro permanecía risueño.

Cuando se dio cuenta de que la había visto, caminó pausadamente hacia él, sin dejar de mirarlo. Flanagan, ante la inesperada visita, se quedó boquiabierto y sin saber qué hacer. En un intento de ocultar su turbación, se levantó para salir a su encuentro, pero no consiguió moverse. Cuando la tuvo enfrente, se miraron a los ojos. Un «hola» por parte de ella rompió el breve silencio, aunque a él le pareciese eterno. Carolina cogió el taburete que tenía más próximo, lo situó al lado de él y se sentó.

—Te pido disculpas por cómo me comporté contigo el otro día. Me salvaste de aquellos tipos y, a cambio, yo solo te grité —dijo Carolina con la voz quebrada—. He venido a agradecerte lo que hiciste por mí.

—No tuvo ningún mérito, lo habría hecho por cualquier persona —contestó él con afecto, demostrándole que no le guardaba rencor.

—Para mí fue algo muy especial, aunque te expresara todo lo contrario. Necesitaba ayuda y no dudaste en dármela. No me van bien las cosas, y ese día estaba confundida y aterrorizada. Me siento tan hundida que ya no me importa el peligro que supone visitarte. —Carolina bajaba la mirada a medida que hablaba—. Debes de tener una imagen nefasta de mí por el trabajo que hice con el señor Decourt.

—Yo soy el menos indicado para juzgar a nadie.

—No fue agradable. —La humedad de sus ojos se convirtió en pequeñas lágrimas que se deslizaron lentamente por sus mejillas—. Aunque nunca pasó nada entre nosotros, llegué a odiarlo con todas mis fuerzas. No soportaba ni oírlo, y esa era la rutina en los momentos que compartí con él: escuchar su monólogo acerca de lo frustrado que se sentía en su matrimonio y lo bruja que era su mujer.

—Ya pasó. Debes olvidar esa mala experiencia —dijo Flanagan, apoyando la mano derecha en uno de sus hombros. De súbito, se avergonzó por haberse tomado esa libertad—. El presente es lo único que importa.

—Gracias por todo. No sé cómo voy a pagarte lo que hiciste por mí.

—Invitándome a una copa, y me acompañas tú con otra, ¿vale? —Flanagan aprovechó el comentario distendido para retirar la mano del hombro de ella—. Por cierto, ya no tienes que preocuparte más. Lo he arreglado para que no vuelvan a molestarte.

Esa primera copa llevó a otra, y estuvieron conversando más de dos horas. Hablaron de sus vidas, compartieron intimidades y los golpes que les había propinado la vida, a veces tan cruel y poco considerada. También añoraron la felicidad de su juventud, cuando los sueños permanecían vírgenes, a salvo de las manipulaciones y deterioros externos a ellos mismos. Rieron, mucho, y abrazaron el gozo de la felicidad, aunque esta se ciñera únicamente a ese preciso momento. Y ambos percibieron

que algo invisible germinaba entre ellos.

Capítulo III

Jugando con magia

Flanagan se levantó de un brinco en el mismo instante en el que oyó el sonido metálico de su despertador, algo insólito en él. Estaba acostumbrado a no tener prisa en acostarse y a pasar horas en vela, ensimismado en pensamientos perturbadores y visitando constantemente el mueble bar. Pero la noche anterior había sido distinta: se había ido a dormir pronto y con un nivel de embriaguez inferior al habitual. Y ese sosiego le había permitido levantarse con una vitalidad inusitada. Él, siempre a punto de despeñarse por el desfiladero de la vida, se sentía bien por primera vez en mucho tiempo.

En la conversación telefónica que había mantenido la pasada noche al llegar a casa, la señora Decourt se había mostrado diferente. Parecía que la prisa por recuperar el cuadro se hubiese desvanecido o, quizás, solo la había ocultado. Lo único que Flanagan tenía claro era que le preocupaba algo, por eso le había pedido que desayunaran juntos.

Faltaba media hora para la cita, así que se arregló rápidamente y bajó las escaleras. Habían quedado en una cafetería céntrica de Madrid. La señora Decourt llegó puntual. Vestía elegante, como siempre, con un ceñido traje gris que dejaba patente, pese a sus años, la esbeltez de su figura, tal vez la envidia de un sinfín de mujeres durante la mayor parte de su vida. Un fular de color burdeos, que combinaba con las gafas de sol marrones, le cubría el cuello.

El desayuno fue ligero: café solo para él y café con leche acompañado de una tostada con mantequilla para ella. Flanagan se quedó sorprendido, pues pensaba que la señora Decourt hablaría del cuadro, pero no fue así. Se limitó a romper el silencio con frases triviales relacionadas con el desayuno. Cuando terminaron, se levantó de la silla, se puso las gafas y, con aire decidido, caminó hacia la salida sin decirle nada en absoluto. Él la imitó, con la sensación de parecer el niño que va pegado a las faldas de su intransigente madre. La berlina estaba aparcada en la puerta, y el conductor, recostado en el capó, los esperaba leyendo el periódico.

Circulaban ya por el paseo de la Castellana, con las torres KIO de fondo, cuando la señora Decourt se giró hacia el detective.

—¿Qué novedades tenemos respecto al paradero del cuadro?

—Mis pesquisas indican que continúa en el país, pero todavía no se lo puedo confirmar —contestó Flanagan.

—No hace falta que me lo confirme, eso ya se lo dije yo —espetó ella—. Cuénteme algo, para variar, que usted haya descubierto por su cuenta —dijo, pronunciando con énfasis la palabra «usted».

—Ha cambiado de manos recientemente. Ahora lo tiene una organización satánica.

La señora Decourt se puso más seria todavía, hundió su espalda en el asiento y se quedó inmóvil. Durante varios minutos permaneció con la mirada perdida y sin decir nada, como si estuviese procesando lo que acababa de oír o intentara relacionarlo con algo que ella sospechara.

—Señor Flanagan —dijo al fin—, ese cuadro lleva en mi familia desde tiempos inmemoriales. Y cada generación ha averiguado algo nuevo sobre él. Se trata de una pieza única, y no solamente por su valor artístico. —Trataba de encontrar las palabras adecuadas, pero no lo conseguía, como si la

lengua se le enredara en un nudo imposible de deshacer.

La curiosidad punzó cada vez más en el interior del detective.

—¿Qué quiere decir con lo de «pieza única»?

—Que el cuadro tiene unas peculiaridades que lo hacen especial.

—Le agradecería que fuese más explícita, dígame exactamente de qué estamos hablando —dijo Flanagan, cansado de tanto mensaje subliminal.

—El cuadro forma parte de una leyenda... —titubeó la señora Decourt.

—¿Qué tipo de leyenda?

—Eso es irrelevante; se trata de un cuento del pasado, un producto del folclore. —La señora Decourt calló. Las últimas palabras habían fluido de su boca como el agua. En sus ojos entornados apareció un resplandor siniestro que traspasaba el mundo terrenal—. Señor Flanagan, es posible que quien tenga o quiera tener el cuadro no esté buscando una pieza más para su colección de arte, sino que lo desee por otro motivo: sus propiedades mágicas.

No había nada más placentero y relajante para el cuerpo y el alma que un paseo tranquilo en un día espléndido como ese, la medicina que más necesitaba Flanagan en ese momento.

Lo que se le había presentado como un caso claro de robo, perpetrado con la única finalidad de obtener una suculenta suma de dinero, se estaba transformando en un cóctel extraño, con ingredientes variopintos como una organización satánica y magia. Él era ateo hasta el tuétano. Desde bien joven, no tenía otro dios que don Alfredo Di Stéfano; y el Santiago Bernabéu era la única catedral a la que había asistido devotamente. Toda la información acerca de fenómenos paranormales con la que se había topado a lo largo de su vida la había desechado de inmediato a su departamento cerebral de cuentos chinos.

Las sectas le daban más repelús todavía. Aparte de que siempre las había considerado como una forma vil de aprovecharse de la gente, fueron la causa de que perdiera a Álvaro, su mejor amigo. Se conocieron en el instituto y una gran amistad se fraguó enseguida entre ellos. Eran inseparables, y juntos experimentaron muchas primeras veces propias de la adolescencia. Álvaro era un chico retraído, y sus padres le habían dado una infancia difícil. Un día, le contó a Flanagan que había ingresado en un «grupo». Esa fue la palabra exacta que utilizó para referirse a la secta. Le explicó que el apoyo que obtenía de esa gente aliviaba su sufrimiento. Lo que sobrevino fue la crónica habitual de lo que le ocurría a todo aquel que subyugaba a los cantos de sirena de una secta. Sus padres denunciaron su desaparición después de buscarlo por todo Madrid. La policía informó a la familia del paradero de Álvaro, pero poco más pudo hacer. El chico acababa de cumplir la mayoría de edad. Nadie volvió a verlo ni a saber nada de él. Sus padres perdieron a un hijo, y Flanagan, a su amigo más querido. Esa nefasta experiencia sembró en él un odio, indeleble al paso de los años, hacia ese mundo, en el que se veía envuelto de nuevo.

Llegó a casa de Belinda. Esta vez, ella lo estaba esperando. Respondió a la llamada del timbre con un dulce «pase, señor Flanagan». Las plantas y árboles del jardín relucían más que en la anterior ocasión por la cercanía de la primavera. Un par de jardineros, vestidos con monos de color marrón claro y viejos sombreros de paja, podaban una de las enormes moreras. Flanagan les dio los buenos días y se dirigió hacia la puerta entornada.

La hermana del señor Decourt estaba ante el umbral. Tenía las facciones dilatadas y los ojos húmedos, quizás el timbre la había despertado. Le brindó a Flanagan una sonrisa efímera y con la

mano derecha le indicó que entrase. El detective tomó asiento en el salón. Sin consulta previa, Belinda le sirvió lo mismo que la otra vez y se sentó enfrente de él.

—Precioso día —dijo Flanagan.

—Desde hace mucho tiempo, para mí todos son iguales: tediosas antesalas de la noche —dijo Belinda con una sonrisa misteriosa, de la que emanaba cierto dolor—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—En mi anterior visita, usted me dijo que su cuñada encarnaba al diablo. ¿Ella tiene algún vínculo con el satanismo?

—Así es.

—¿Se lo ha comentado personalmente?

—Para nada. Nosotras nunca hemos tenido una verdadera relación de cuñadas. Siempre nos mantuvimos a distancia, nunca conversamos más allá de meros formalismos, y menos todavía compartimos intimidades. Mi hermano fue quien me comentó, en repetidas ocasiones, la debilidad de su mujer por el demonio. Se trata de una especie de tradición familiar, según me dijo Roberto.

—¿Una tradición familiar? Qué raro. —Flanagan arqueó las cejas—. ¿Le contó su hermano si su mujer le había propuesto participar en esa... afición?

—No me dijo nada, pero estoy segura de que no. Él se refería a ese tema con evidente repugnancia. Por otro lado, ella siempre ha sido muy suya. —Belinda mostró una sonrisa sincera—. Ya le dije que formaban una pareja extraña. Pero la obsesión de Elisabet fue a más, hasta el punto de ausentarse por completo de su vida conyugal.

—Y, concretamente, ¿qué es lo que hacía?

—Mi hermano me contó que su mujer realizaba ceremonias...

—¿Ceremonias? —preguntó Flanagan ante el silencio súbito de ella.

—Intento recordarlo... —reflexionó un momento—. Ceremonias en las que recitaba salmos. Todo esto en la intimidad, por supuesto, aunque a veces acompañada de más gente. Roberto la sorprendió así muchas veces. Achacaba el cambio de carácter de Elisabet, cada vez más arisco y distante, a eso.

—Una última pregunta, Belinda, ¿cree que el cuadro robado a su cuñada tiene alguna relación con el satanismo?

—¿Le han robado un cuadro? Lo desconocía por completo.

—Así es.

—Supongo que ese es el motivo por el que mi cuñada lo ha contratado —dijo Belinda con un ademán de indiferencia—. Mis conocimientos de pintura son nulos. Todo lo que sé se lo he contado, señor Flanagan, no le puedo decir nada más.

—Le agradezco tanto la información como su valioso tiempo.

—Ha sido un placer hablar de nuevo con usted, aunque el tema me resulte desagradable. —Una sonrisa de circunstancias se dibujó en su rostro—. Le voy a dar el número de teléfono de un amigo. Se llama Miguel, Miguel Cánovas. Es pintor, además de profesor de Bellas Artes en la universidad Fernando VII, y lo más importante para usted: experto en ocultismo. Creo que le será de gran ayuda.

Dicho esto, Belinda lo acompañó a la puerta, y se despidieron estrechándose la mano. Cuando Flanagan salió, los jardineros ya no estaban. La copa del árbol, antes grande y espesa, había quedado reducida a una esfera diminuta que permitía que los rayos de sol la atravesasen.

No entendía por qué, pero, tras las visitas a Belinda, lo invadía la paz. Vagó por la ciudad durante horas, hasta que miró el reloj: las manecillas se acercaban al filo de la medianoche. Algo perturbó sus sentidos. Sabía perfectamente lo que era, pero prefería obviarlo, concentrarse en otros asuntos.

Sin embargo, sus piernas, como dos caballos desbocados tirando de un carruaje, lo condujeron hacia el Seis Cuarenta.

Un grafiti en un edificio llamó su atención y se paró ante él. Era la misma estrella de cinco puntas que la señora Decourt llevaba tatuada en el hombro. Ocupaba un par de metros de diámetro y, por el brillo, la pintura parecía bastante reciente. Al lado, había una frase: «La muerte es el verdadero camino hacia la redención».

Ya en la entrada del Seis Cuarenta, el portero, cuya exagerada musculatura era inversamente proporcional a la longitud de su cuello, lo detuvo poniéndole, de forma ruda, la mano en su pecho. El detective tuvo que esperar a que aquel primate aflojase la presión y le indicara con un gesto de cabeza que ya podía pasar.

Un mar de personas inundaba el local. Flanagan avanzaba mediante ligeros empujones. Las luces intermitentes lo cegaban. Frenó en seco y un atisbo de incertidumbre le recorrió el cuerpo, pero la ansiedad le hizo caminar de nuevo.

Una joven, con los ojos entornados y la mirada perdida, le cerró el paso. Su intento fallido de bailar al ritmo de la música indicaba su avanzado estado de ebriedad. Flanagan la esquivó para seguir avanzando. La chica continuó moviéndose torpemente, como si él permaneciese delante de ella.

Un chico rubio, que vestía con pantalones de camuflaje y un suéter negro sin mangas, lo desafió con la mirada. Su sonrisa maliciosa contrastaba con el aspecto infantil de su cara repleta de pecas. Flanagan bajó la vista al suelo, con la esperanza de que el chaval cesase en su empeño por conseguir medalla en el siguiente certamen de machos alfa, pero no fue así. Uno de los amigos, que se mantenía expectante al devenir del duelo, se interpuso entre los dos y le indicó a Flanagan que pasara.

Por fin llegó a la barra. Sus ojos buscaron a Carolina. Allí estaba ella. Un hombre, sentado en un taburete y con un codo apoyado en la barra, la llamó, mostrando una dentadura perfecta, como si fuese el modelo de una publicidad de dentífrico. Tenía un porte atractivo y era bastante más joven que Flanagan. Carolina se le acercó y, después de susurrarle unas palabras al oído, intercambiaron sonrisas y miradas que destilaban un sentimiento profundo entre ellos. Sus cabezas se aproximaron hasta casi pegarse y él acarició su mejilla. Ella le correspondió pasando un brazo alrededor de su cuello.

El corazón de Flanagan se agitó a una velocidad de vértigo y un vacío lo desgarró por dentro. Los músculos de sus piernas se tensaron, a la espera de que el cerebro les emitiese la inminente orden de retirada. Sus ojos siguieron clavados en ella hasta que, sin distinguir si aquello era real o un delirio, vio cómo su boca se acercaba tanto a la oreja de aquel hombre que llegaba a mordisquearla. Entonces dio media vuelta y se alejó, apartando nerviosamente a cuantos se encontraba a su paso. Se giró una última vez. Carolina lo había reconocido entre el gentío y movía con ímpetu una de sus manos para que volviese. Pero el detective ya no estaba allí, o, al menos, no quería estar. Sentía despecho, también ira. Lo único que le apetecía era refugiarse en la soledad de su casa, con el frío cristal de una copa entre sus dedos y el confortable calor del *whisky* diluyéndose en su sangre.

En el interior del Café Proscritos, en el barrio de Malasaña, Flanagan consultaba su reloj Festina mientras le daba un trago a su segunda copa. Hacía media hora que esperaba a Miguel Cánovas, el pintor y profesor experto en ocultismo del que le había hablado Belinda. El retraso le supo a mero trámite y a alcohol, pues el camarero le preparaba ya el tercer *whisky*, asombrado por la enorme

capacidad de beber del cliente.

Un tipo entró en el bar y escrutó, con cara de confusión, los rostros que había a su alrededor. El detective levantó la mano, pero el hombre permaneció inmóvil un instante, como si dudara de que realmente lo saludase a él.

—Señor Flanagan, disculpe el retraso —dijo al acercarse—. He tenido una comida con viejos amigos y se ha alargado más de la cuenta —se excusó mientras se quitaba el pañuelo con el que se cubría el cuello.

Miguel era joven, de unos treinta años, aunque su deteriorado aspecto físico le hiciese aparentar bastantes más. Una espesa melena negra surgía de su nuca y le llegaba casi hasta los hombros; en el resto de su cabeza no existía ni un solo pelo. Su barba irregular estaba entreverada de canas. Llevaba las gafas un poco ladeadas y una de las patillas se unía al cristal mediante una bola de cinta adhesiva corroída. Un lunar prominente, justo en una de las aletas de la nariz, dotaba su rostro de un aire de brujo. Su mirada, parcialmente oculta detrás de los cristales sucios, exudaba melancolía. El movimiento de sus manos al hablar era interrumpido por constantes tics.

—Miguel, muchas gracias por venir. A alguien que se dedica al arte le debe resultar difícil sacar tiempo para entrevistas con detectives —bromeó Flanagan.

—No crea. —Resopló—. Mis últimas obras han tenido poca aceptación por parte del público y estoy algo desanimado. Hay veces que me pregunto si valgo para esto. Bueno, no le quiero aburrir con mis frustraciones. A usted lo que le interesa son las ciencias ocultas, ¿no es así?

—Así es. Pero sobre todo me gustaría que me informase acerca de la relación que tienen con la pintura. Le advierto de que mi ignorancia es total respecto a los dos conceptos y su posible vínculo.

—No se preocupe, me hago cargo. Para empezar, le diré que pintura y ocultismo no solo están relacionados, sino que siempre han estado unidos.

—¿De verdad? —Flanagan fingió el interés que creía que su interlocutor esperaba.

—Sí, desde la era medieval, concretamente. A partir de la bula *Summis desiderantes affectibus*, que el papa Inocencio VIII promulgó en el año 1484, las manifestaciones artísticas reflejaron cada vez más el temor que tenía la sociedad a demonios y brujas. Este edicto papal reconoció por primera vez la existencia de brujas y dio lugar a la mayor caza de hechiceras de la historia. Uno de nuestros principales exponentes en pintura fue Francisco de Goya. En su periodo más oscuro y pesimista, pintó obras como *El aquelarre*, en la que criticó que la población estuviera más preocupada por supersticiones y miedos que por los verdaderos culpables del desastre económico del país, es decir, los gobernantes. En los cuadros de Frans Francken el Joven, pintor flamenco del siglo XVII, aparecían retratadas las actividades que se les atribuían a las brujas, como conductas impúdicas, preparación de pócimas, invocaciones al demonio... *El aquelarre de las brujas* es bastante representativo. Por cierto, señor Flanagan, ¿sabía que el aquelarre es llamado también *sabbat*, al igual que el día sagrado judío?

—Sorprendente.

—Lo es, no le quepa la menor duda —dijo Miguel. Su entusiasmo por el tema era evidente—. Luis Ricardo Falero, pintor granadino del siglo XIX, intentó demonizar a la mujer a través de sus lienzos. Pocos pintores consiguieron vincular las brujas con la sexualidad de forma tan carnal y rotunda como él. Otros artistas, como el napolitano Salvator Rosa, demostraron un interés extremo por lo sobrenatural. Uno de sus cuadros, *Brujas durante sus encantamientos*, está calificado por la National Gallery de Londres, donde se encuentra actualmente, como la obra más ambiciosa de

temática sobrenatural.

—Por lo que me comenta, deduzco que el vínculo entre pintura y ocultismo solo atañe a la brujería.

—Se equivoca, señor Flanagan. La persecución de las brujas finalizó en el siglo XVIII. Desde entonces, numerosos artistas han seguido pintando lienzos de este tipo. Por ejemplo, Ivan Albright retrató al que sería, muchos años más tarde, el protagonista de la película de Albert Lewin, *El retrato de Dorian Grey*. Walter Sickert, pintor inglés cuyo tema principal eran las mujeres asesinadas, quedó fascinado por los asesinatos de Jack el Destripador. Incluso hay fuentes que lo señalan como el autor de esos crímenes.

—Qué interesante. Si me permite una pregunta: ¿hay alguna relación entre este mundo de lo sobrenatural en el arte y las sectas?

—Bueno, inicialmente, el concepto de secta se utilizó para designar a un grupo de personas que compartían una ideología o creencia. Más tarde, adoptó el significado peyorativo de herejía. En la actualidad, el abanico de sectas es infinito y sus finalidades muy diferentes. Algunas de ellas, por ejemplo, la Iglesia de la Cienciología o los testigos de Jehová, son aceptadas por parte de la sociedad como religiones. Pero no siempre sus fines son religiosos. Hay sectas que veneran a deportistas de élite, a determinadas especies de animales... Con lo cual, y ciñéndome a su pregunta, puede existir una secta que esté vinculada, a la vez, al arte y al ocultismo.

—¿Y que veneren a Satán?

—Por supuesto que sí. El diablo ha sido objeto de veneración desde los inicios del cristianismo.

—¿En todas las sectas se venera a Satán del mismo modo? —preguntó Flanagan mientras daba vueltas a su copa, en la que solo quedaba el agua de los cubitos derretidos.

—No exactamente. En la actualidad, hay tres tipos de sectas satánicas. En primer lugar, encontramos las sectas luciferinas; creen que el cristianismo ha maltratado a Satanás, el cual representa la verdadera luz del conocimiento y la sabiduría. El fin de estas sectas es conseguir poder, dinero e influencias. Son sectas elitistas, es decir, no puede acceder a ellas cualquier individuo. En segundo lugar, están las sectas satanistas. Sus adeptos rechazan la sociedad. Mediante la extorsión, la secta les permite evadirse de lo establecido. Y el tercer grupo es el de los adoradores de Seth. Son los más peligrosos y se les ha relacionado con secuestros, abusos sexuales y prácticas aberrantes como la necrofagia y la necrofilia.

—¿Y alguno de esos grupos utiliza pinturas en sus rituales?

—Según mis conocimientos del tema, ninguno de ellos venera el arte en sí ni tampoco lo usa en ningún ritual. Suelen emplear plumas, patas de pollo, muñecas de trapo, sangre animal...

—Pero podría venerarse la imagen que aparece en un cuadro, en lugar del cuadro en sí, ¿verdad? —preguntó Flanagan, frunciendo el ceño.

—Como ya le he comentado, en el mundo de las sectas se encuentra de todo. El objeto de veneración puede ser cualquier personaje u objeto; pero, en el caso de las sectas satánicas, no adoran a ninguna imagen, y menos todavía si se trata de una pintura.

—Con lo cual, tendría que descartar, como objeto de veneración, un cuadro en el que aparece Odín, dios de la mitología nórdica que representa la sabiduría y la guerra, ¿no es así?

—Si estamos hablando de una secta satánica, sí, descártelo. Aunque Odín, además de representar la sabiduría y la guerra, es el dios de la magia...

Flanagan se giró para coger su abrigo, que estaba colgado en el respaldo de la silla.

—¿Quería saber alguna cosa más, señor Flanagan? —preguntó Cánovas ante lo que le pareció un

gesto de despedida.

—Muchas gracias por todo, Miguel. Creo que la información que me ha facilitado es suficiente por el momento —dijo el detective. Acto seguido, se rascó la cabeza, con la mirada perdida. Miguel permaneció inmóvil y en silencio, a la espera de algo que no sabía exactamente qué era—. Bueno, una última cosa: cuando se perpetra el robo de un cuadro de cierto valor, ¿este suele salir rápido del país?

—Si el país carece de los medios de seguridad necesarios, sí. Es decir, en países subdesarrollados en los que sea fácil sobornar a funcionarios. Si la justicia funciona bien, ocurre todo lo contrario: el cuadro permanece escondido unos meses. Transcurrido ese tiempo, es probable que lo transporten al extranjero. ¿De qué país me está hablando, señor Flanagan?

—De España. ¿Es posible que un cuadro robado hace menos de dos meses se encuentre ahora en Rusia? —preguntó el detective mientras se ponía el abrigo.

—Totalmente imposible. Ese cuadro continúa en España.

Flanagan se detuvo a contemplar el cielo ennegrecido. Aquella tarde había reinado el gris, pero el pronóstico de lluvia que habían anunciado los medios de comunicación no se había cumplido de momento. Después de parar en unos cuantos garitos, con sendas copas incluidas, volvía a casa paseando. A veces, ese sosiego le traía a la memoria recuerdos gratos de sus padres.

Era hijo de Francisco Salamero, un amante empedernido de la naturaleza, y Maria Lewis, de origen irlandés. Francisco, de carácter pusilánime y tendencia a sumirse en la nostalgia, había sido funcionario en la localidad madrileña de Aranjuez, y Flanagan, de niño, lo había acompañado en sus excursiones al monte, aprovechando los días de fiesta. Le había enseñado a distinguir un abedul de un avellano, las setas comestibles de las venenosas, el canto de una perdiz... Buenos consejos que fue reteniendo en el rincón indeleble de su memoria. Todo eso, sumado al amor que constantemente le brindaba, hizo que su infancia fuera feliz. Los problemas económicos de su familia, que sobrevivía a duras penas con el escaso sueldo de un funcionario de aquella época, no le arrebataron en ningún momento su jovialidad.

Cuando cumplió catorce años, su padre falleció de un ataque al corazón. Fue el primer mazazo que le asestó la vida y le obligó a adoptar, de forma prematura, un rol más comprometido en el seno familiar. A partir de entonces, se encargó de mantener a su madre y a su hermana, cuatro años menor que él. Perdió la pasión por la naturaleza que le había infundido su padre, quizás por la pena que le había causado su muerte, y empezó a seducirle la idea de ayudar a los demás formando parte de algún cuerpo dedicado al orden público. Eso nunca fue del agrado de su madre, que veía más conveniente para su hijo «un trabajo convencional», expresión con la que se refería a cualquier oficio menos peligroso.

Absorto en estos recuerdos entrañables, Flanagan casi se dio de bruces con el casero, que bajaba las escaleras con una bolsa de basura en cada mano, dejando un rastro de pestilencia a su paso.

—¡Buenas noches, señor Flanagan! Parece que tiene usted visita —dijo con un tono agradable, totalmente opuesto al que utilizaba cuando su inquilino se retrasaba en el pago.

—Hola, señor Pérez. Debe de ser El Cobrador del Frac —contestó el detective con ironía.

—Lo dudo. —Forzó una risa que pretendía ser de camaradería—. He de admitir que tiene usted muy buen gusto. —Su risa se disipó escaleras abajo.

Al llegar al rellano de su apartamento, distinguió en la penumbra una silueta recostada en un

escalón. Se incorporó al verlo. Él, gratamente sorprendido al darse cuenta de que era Carolina, se quedó sin habla. Ni tan siquiera pudo contestar a su «hola». Con los ojos fijos en ella, que le dedicaba una sonrisa angelical, dio vueltas al llavero, intentando encontrar la llave. Cuando consiguió al fin abrir la puerta, se paró en el umbral, lo que Carolina interpretó como una invitación a entrar. Atravesaron el pasillo en silencio, hacia el salón. Ella se quitó la chaqueta, la dejó sobre el respaldo de una silla y se sentó en el sofá. Él continuaba atónito, desplazándose con torpeza de un lugar a otro y sin saber dónde acomodarse. Parecía que se habían intercambiado los papeles: él era el invitado tímido que visitaba por primera vez la casa, y ella la anfitriona que se sentía segura en su propio hogar.

—Si no quieres, no tienes por qué decir nada —dijo Carolina.

—No esperaba verte... —contestó Flanagan, recobrando la serenidad—. Ha sido una sorpresa para mí.

—¿Pero agradable o no?

—Agradable, por supuesto. Pensé que no volveríamos a vernos.

—Si sales huyendo como la otra noche en el Seis Cuarenta, va a ser difícil que nos veamos —dijo ella con tono dulce, carente de reproche.

—Lo siento, pero estabas con aquel chico... —Flanagan evitó que sus miradas se cruzaran, como si fuese un niño aguantando sin demasiada estoicidad la reprimenda de su madre—. Creí que mi visita podría molestarte.

—¿Molestarme? Estaba con Fran, mi hermano, y me hubiera gustado presentártelo.

Aquellas palabras le produjeron un profundo alivio, igual que si le acabaran de masajear con aceite esencial. Clavó su mirada en los ojos de ella, verdes y brillantes, y la vio diferente: más cercana, como si empezase a formar parte de su vida. Se abrió una puerta en su interior, la que daba acceso a lo que durante tanto tiempo había permanecido inerte. Era una emoción extraña pero grata.

—Quizás mi mente me jugó una mala pasada, haciéndome ver lo que no era. Me sentí raro, fuera de lugar.

—Huyendo no aclaras las cosas.

—Hay veces en las que es la única alternativa. —Flanagan se entristeció.

Ella lo contempló en un solidario y afectuoso silencio.

—Flanagan, ¿de qué huyes exactamente?

—No sé de qué huyo, ni siquiera sé si huyo. Intento no crearme complicaciones, mantener la calma. Me he acostumbrado a la soledad, mi única compañera de viaje durante años, y me resulta difícil concebir otro tipo de vida.

—Has debido de sufrir mucho, pero no dejes que el pasado condicione tu futuro.

—El futuro... Si no comprendo el pasado, ¿cómo quieres que piense en el futuro?

—Flanagan, no te culpabilices más. Has idealizado esa época, es tu forma de protegerte.

—Antes mi vida era perfecta... —Sus ojos se humedecieron, y suspiró.

—Pero eso nunca es así. Nuestra mente nos hace la jugarreta de idealizar aquello que añoramos. Seguro que entonces también hubo momentos malos, incertidumbres, angustias, incluso nostalgia de épocas anteriores.

—Puede ser que tengas razón, pero renunciar al pasado es renunciar a la familia que perdí. A Anita, mi niña, que era un ángel, y a Renata, mi mujer, la mejor persona que he conocido en toda mi vida.

Carolina se levantó de su asiento y se acomodó en el sofá en el que estaba él. Deslizó una mano por su nuca, como si fuera una madre consolando a su hijo; y la dejó ahí. Flanagan sintió el calor de sus yemas, y un cosquilleo agradable recorrió su cuerpo.

—No vas a renunciar a tus seres queridos, ellos tienen un lugar muy especial en tu corazón. Pero debes pasar página, vivir de nuevo, y volver a amar si lo deseas.

—Vivir y amar son palabras que me evocan sufrimiento... —dijo Flanagan, mirándola fijamente a los ojos.

—No tengas miedo, Flanagan, yo estaré a tu lado —le susurró al oído.

El detective la abrazó, y sin saber quién buscó a quién, los besos en las mejillas hallaron los labios. El corazón de Flanagan palpitaba con más fuerza a medida que un fuego abrasaba su interior. De repente, se separó de ella y se levantó del sofá. La sorpresa de Carolina duró lo que tardó él en cogerla en brazos y llevarla al cuarto. Una vez allí, la tendió con sumo cuidado sobre la cama y continuó besándola. Se quitó poco a poco la ropa, mientras acariciaba su cuerpo. Sus dedos se movían como si bailaran al ritmo de una dulce melodía de fondo.

La falta de costumbre le dificultaba desabrocharle el sujetador. Carolina dobló los brazos tras su espalda, arqueando las cejas a modo de burla, aunque su sonrisa era indulgente. Ahí encontró las manos tibias de Flanagan, a las que ayudó con mucho mimo. Él se abalanzó sobre la piel al descubierto como el metal a un imán.

Ya en la madrugada, la luz del rótulo de Schweppes, que se colaba en la habitación por los resquicios de la persiana bajada, dibujó la silueta de dos cuerpos desnudos, tan próximos entre sí que parecían solo uno. Dormían profundamente, ajenos a todo lo que rebasase el límite de aquellas cuatro paredes. Habían hecho el amor varias veces, sin dar tregua a sus carnes trémulas, hasta la extenuación, como si hubiesen aguardado ese momento durante siglos. Y Flanagan sintió que su ajado cuerpo había resucitado y que la vida, aunque a veces fuese feroz cual un león, merecía la pena.

Capítulo IV

El símbolo

Hacia una eternidad que Flanagan no veía a Culten, su mejor amigo durante su época como policía. Culten era un tipo bajo y rechoncho, con una alopecia que había empezado a causarle estragos ya en la adolescencia. De carácter sencillo y recatado, sin lugar a duda era la persona con mejor corazón que había conocido en el cuerpo policial. Tenía el don de ver solamente el lado positivo de las cosas. Aparte de ser buenos compañeros, habían compartido su tiempo de ocio: una cerveza allí, una divertida tarde de cine, muchas noches de copas, otra cerveza allá...

Esa imagen pretérita era la que guardaba con añoranza en su memoria, pero no la que esperaba encontrarse en ese momento, pues las circunstancias, y sobre todo los años, cambiaban de forma ineludible a la gente. Fueron las vicisitudes de la vida las que disiparon su relación. Por un lado, Culten se casó joven y, al poco tiempo, tuvo su primer hijo, con lo que dejó de disponer de tiempo para él. Por otro lado, Flanagan perdió a su familia y lo pusieron de patitas en la calle, y eso dio un vuelco a su día a día. Pese al distanciamiento, cuando lo llamó para pedirle información de sectas y robos de piezas de arte, Culten se comprometió a hablar con un amigo íntimo para averiguar todo lo posible, ya que esos temas los llevaba otro departamento. Eso le demostró que su amistad seguía viva. «Y es que la verdadera amistad es la que perdura para siempre», pensó el detective.

Era domingo y el parque de atracciones estaba repleto de gente. La algarabía entremezclada con la música de fondo de las atracciones formaba un sonido distorsionado, aunque placentero. Flanagan recordó la primera vez que había quedado con Culten en ese mismo lugar. Eran otros tiempos, y ellos se conocían desde hacía pocos meses. Justo donde se encontraba, había entonces un puesto de carreras de camellos, cuyo dueño narraba la competición con ímpetu exagerado, a través de un micrófono que reverberaba su voz. Mientras, un padre esquelético intentaba, sin éxito, encestar las bolas para que avanzase su camello. A un lado, su hijo lo animaba, con la esperanza de que ganase la carrera; y al otro, su mujer le dedicaba una sonrisa amplia con condescendencia, divirtiéndose con su fracaso inevitable.

Flanagan se dirigió a la fuente del Ángel, el sitio en el que ambos policías solían terminar, con un cigarrillo en una mano y una cerveza en la otra. Allí estaba Culten, relajado y sonriente, tal como lo recordaba; con la única excepción de su físico, pues había engordado de forma descomunal. Al verse, sus rostros se iluminaron. De lo más profundo de sus almas surgió una alegría enorme, que se convirtió en un abrazo exultante.

—Estás igual que la última vez que quedamos —dijo Flanagan.

—Y tú igual de cabrón —contestó Culten.

Ambos soltaron una carcajada estrepitosa y volvieron a abrazarse.

—¿Damos una vuelta? —propuso Culten.

—Usted manda, señor agente.

Cada uno agarrado del hombro del otro, como un par de amigos que, después de una juerga loca, regresaban a casa vencidos por la embriaguez, pasearon por el parque mientras rememoraban

anécdotas. Mucha era la felicidad que habían compartido, pero también situaciones difíciles que habían puesto en peligro sus vidas. Como aquel atraco a un banco en el que el disparo certero de Flanagan a uno de los ladrones evitó que este le metiera una bala a bocajarro a Culten. O aquella ocasión en la que detuvieron a unos traficantes: cuando creían que ya los habían desarmado, uno de ellos sacó una navaja y arremetió contra Flanagan; pero el brazo de Culten se adelantó y, con un golpe seco en la muñeca del delincuente, evitó que introdujese un palmo de acero en el abdomen de su amigo. También recordaron las inolvidables salidas nocturnas por bares de copas y discotecas de su época; y la facilidad que tenía Culten para conocer chicas, aunque era de Flanagan, mucho más apuesto y varonil, de quien se enamoraban después. Solo una, María, fue inmune a sus encantos y se fijó en Culten. Aún continuaban casados.

La mezcla de olores de los diferentes restaurantes despertó el apetito de Culten. Se sentaron en la primera mesa que encontraron y pidieron un plato de jamón y unas cañas.

—¿Qué tal la familia? —preguntó Flanagan después de tomar el primer trago de su vaso de cerveza.

—Ah, muy bien. Pedro, el mayor, está terminando Magisterio. Dice que se quiere independizar cuando salga de la universidad. Es un chaval muy responsable y trabajador.

—Como su padre.

—Creo que bastante más —respondió Culten con una sonrisa cómplice—. Da gusto verlo siempre tan ilusionado y con ganas de ayudar a los demás. El pequeño Alfredo hace este año la primera comunión y anda hecho un manojo de nervios. Este sí que no es como su padre —ironizó—. María está ahora incluso más guapa que cuando éramos novios. No sé cómo se fijó en mí, y menos aún con un depredador insaciable como tú a su alrededor. —Su risa burlona resonó como si tuviese un muelle oxidado en su interior—. Y a ti, ¿qué tal te va la vida de detective?

—Bueno, no me quejo —contestó Flanagan sin demasiado convencimiento—. Trabajar para mí mismo tiene la ventaja de que tomo libremente las decisiones, pero el futuro resulta incierto.

—Eso se ajusta a tu forma de ser, tú siempre has sido un espíritu libre.

—Puede, pero los años pasan y veo las cosas de otra forma, valoro más la estabilidad.

—Te entiendo. Yo, en cambio, toda la vida he necesitado vías que tracen mi camino, con estaciones programadas incluidas —dijo Culten con ademán teatral; después, su rostro se puso serio—. Flanagan, he hablado varias veces con el policía que te comenté. Según él, no existe ninguna secta relacionada con robos de obras de arte, pero hay bastante movimiento en la comisaría con delitos perpetrados presuntamente por sectas. Han aparecido tumbas profanadas en el cementerio municipal de Somosierra. Ni una prueba con la que iniciar la investigación ni nadie que confiese nada al respecto. Sin embargo, por la forma meticulosa con la que se ha hecho, es obvio que no se trata de una simple gamberrada, sino de la obra de un grupo satánico. Tenemos otro caso en San Sebastián de los Reyes. Según las declaraciones de las víctimas, dos hermanas de ocho y diez años, las ataban y les tapaban la boca con esparadrapo para obligarlas a contemplar las orgías en las que participaban sus padres, y como culmen, las violaban. Sus padres también les extraían sangre, que era consumida por el resto de los miembros de la secta, mezclada con diversas drogas. Repitieron este ritual macabro en varias ocasiones, según las niñas.

—Madre mía, es una verdadera locura —dijo Flanagan con estupor—. ¿Y esto qué es, la última moda en la evolución de la raza hispánica?

—No del todo, es un fenómeno global. En América del Sur se han dado casos de ritos satánicos

más graves todavía, con sacrificios de personas en las ceremonias, canibalismo incluido. Y en la beata Italia, a Angelo Simone, un monje benedictino, lo echaron de su congregación por practicar misas negras y orgías en un convento de Sicilia.

Culten concluyó el recital de sucesos al ver la repugnancia que causaba en Flanagan. El detective inhaló aire e intentó hacer un comentario acerca de lo oído, pero solamente consiguió emitir un ronco balbuceo que el ruido del parque ahogó.

Después de despedirse de Culten y pedirle que lo mantuviese informado de lo que averiguara del caso, Flanagan se metió en su coche y se dirigió al centro de Madrid, a un bar que conocía muy bien.

Una vez tuvo una copa entre las manos, caminó hacia el rincón para llamar por un teléfono público, una especie casi extinta. Echó unas cuantas monedas y marcó el número. Una agradable voz femenina respondió al otro lado de la línea. Era la empleada del señor Birth. El detective adoptó una identidad falsa y conversó brevemente con ella.

Tras colgar, regresó a su coche, que había aparcado en un sitio desde el que divisaba la entrada de la galería. A los pocos minutos, el galerista apareció por la puerta de su establecimiento y fue hacia su vehículo. Cuando arrancó, Flanagan inició la marcha y lo siguió, siempre a la distancia suficiente para que no pudiera percatarse.

El galerista circulaba a una velocidad moderada, totalmente impropia de la situación. Después de recorrer unas cuantas calles y avenidas, sufriendo el tráfico denso de esas horas, se incorporó a la autovía. Al cabo de unos treinta minutos en dirección norte, tomó una salida hacia una carretera secundaria que conducía a la sierra del Madroño, según indicaba una señal. Cada vez el paisaje se hacía más rural, y los árboles llegaban a invadir ambos arcenes. El coche del galerista se adentró en la urbanización Las Colinas, que se encontraba a pie de montaña. Era pequeña, con chalés de estilo alpino construidos en medio de grandes parcelas. El señor Birth redujo la velocidad y se detuvo al llegar a uno de ellos, cercado por una valla. Flanagan aparcó tras unos matorrales próximos y permaneció dentro del coche.

El galerista accedió al interior del chalé, desapareciendo de la vista de Flanagan. Unos cuarenta minutos más tarde, apareció un segundo vehículo. En él solo viajaba un ocupante. Se apeó para abrir la puerta, al igual que había hecho el señor Birth.

El plan urdido por el detective había funcionado con la misma eficiencia que los engranajes de un reloj suizo. En la conversación telefónica que había mantenido con la empleada de la galería, se había presentado como el socio del señor Birth en el negocio del cuadro de la señora Decourt y le había indicado que le comunicase a su jefe que no podía hablar directamente con él debido a un problema serio con la policía, pero necesitaba que acudiese de inmediato al lugar de siempre. Una vez allí, debía enviarle un wasap con las palabras: «Estoy donde tú sabes». Flanagan había pronunciado con énfasis estas últimas palabras.

Cuando el individuo dejó de par en par las dos hojas de la puerta de entrada, dos *rottweilers* salieron a su paso, subiéndose a su cintura y lamiéndole el torso. En ese momento, su cara quedó a la vista del detective. Su ligera cojera al regresar al coche le sacó de toda duda: era él.

Flanagan miró con desdén el ascensor y bajó las escaleras de su edificio de dos en dos, con aire decidido. Le apetecía estirar un poco sus sedentarias piernas. Desde que colgó las botas de fútbol en su juventud, no había vuelto a practicar deporte, a excepción de alguna partida de tenis con

compañeros de trabajo, durante la época lejana en la que fue policía. Se propuso hacer ejercicio en lo sucesivo para abstraerse del estrés diario.

Se había puesto su viejo traje azul, el que no utilizaba desde tiempos inmemoriales. Le quedaba un poco ajustado, pero continuaba sentándole bien. El abandono personal en el que lo había sumido gradualmente su soledad le había hecho vestir con vaqueros raídos, camisetas vetustas y deportivas agrietadas. Pero ese día se sentía distinto. Al mirarse en el espejo del aseo, había visto un rostro agradecido y exultante.

Cuando abrió la puerta del portal, su estado de ánimo lo llevó a contemplar su alrededor como si fuese un bello paisaje. El día le pareció maravilloso e inspiró hondo. Pero su placidez se desvaneció de golpe y la cólera empezó a recorrer sus venas. Miró la figura de la esquina que había a unos cincuenta metros de él. Ojos de Serpiente lo estaba vigilando, con un aire desafiante y cierto regocijo, aunque el detective no viera su mirada, oculta tras unas gafas de sol con lentes cilíndricas y de color violeta azulado.

De súbito, aquel demonio giró sobre sus talones y salió corriendo. Desapareció en menos de lo que duraba un parpadeo. Flanagan lo siguió. Cuando llegó a la esquina en la que había estado Ojos de Serpiente, solo vio el ir y venir de personas y coches al ritmo frenético que imprimía la ciudad.

Zigzagueó entre la gente como un esquiador de eslalon. Su brazo rozó el de un chico distraído que caminaba en dirección contraria, pero bastó para que el helado de chocolate que llevaba en la mano cayera al suelo, con la punta del cucurucho apuntando hacia arriba. El joven, afectado por la pérdida, ignoró las disculpas del detective.

En la siguiente esquina, miró a la calle de la derecha y no encontró rastro de Ojos de Serpiente. Pero al girarse hacia la de la izquierda, lo vio corriendo a toda velocidad. Flanagan atravesó la avenida sin reparar en los coches, lo que provocó un fragor de chirridos de ruedas y cláxones. Algunos conductores extremadamente cabreados sacaron la cabeza por la ventanilla para dedicarle una serie de improperios. Una mujer de la tercera edad, con un carrito en una mano y un perro desgreñado en la otra, contemplaba, inquieta, el espectáculo, lanzando gritos que Flanagan no lograba entender.

Aturdido por el caos que había ocasionado, alcanzó el otro extremo de la avenida. Tenía las piernas calientes como una hoguera y las articulaciones entumecidas. Volvió a divisar al demonio, aunque ya estaba muy lejos. Sacó fuerzas de flaqueza y se las imprimió a sus pies. La distancia que los separaba se iba acortando, y él se sintió motivado como un púgil sobre el cuadrilátero la primera vez que su chica acude a verlo boxear. Su coraje le gruñía, cada vez con más insistencia, que no lo dejase escapar.

Un grupo numeroso de estudiantes cargados con mochilas abultadas se cruzó con Ojos de Serpiente, que tuvo que frenar en seco. Al darse la vuelta, quedó cara a cara con Flanagan. Ambos permanecieron inmóviles, al acecho de cualquier movimiento que realizase el otro. Ojos de Serpiente se quitó las gafas de sol, y el detective vio el manantial rebosante de ira y rencor que albergaba su mirada. Sin ningún titubeo, se abalanzó sobre aquel ser y le agarró el cuello con ambas manos. El forcejeo les hizo perder el equilibrio y revolcarse por el suelo. Aquel tipo emitía sonidos roncós y se empeñaba en murmurar una especie de mantra, a pesar de la tensión. Consiguió apoyar un pie en la acera e, inmediatamente después, ambas manos. Flanagan adivinó su intención de salir huyendo, y volvió a agarrarlo del cuello. Pero él se estremeció con furia y se liberó del yugo de sus dedos. En ese instante, algo metálico se deslizó por la mano del detective.

Ojos de Serpiente consiguió levantarse; sin embargo, la rodilla derecha de Flanagan parecía estar envuelta en hormigón armado, y no pudo ir tras él. Permaneció en el suelo, frustrado. De nuevo, se le había escapado sin que pudiera interrogarlo. Estaba exhausto. Inspiró y espiró relajadamente, como si se encontrara en una clase de yoga. Las miradas de los viandantes no mostraban la menor preocupación por su estado de salud. Rozó algo frío y se incorporó, movido por la curiosidad del hallazgo. Era una cadena dorada, de la que pendía un colgante del mismo color. Se trataba de una circunferencia con una cruz extraña dentro. «Parece un símbolo, pero ¿de qué?», se preguntó antes de guardarlo en su bolsillo.

Apoyó las manos en el suelo y, haciendo un gran esfuerzo, se puso en pie. Imaginó a Ojos de Serpiente a salvo en algún lugar, con la sonrisa de desprecio propia de quien ha burlado a su enemigo. Sintió una punzada de ira en su pecho y profirió un sonoro «hijo de puta».

No era todavía la hora de comer cuando Flanagan ya se encontraba acodado en la barra, mirando fijamente su *whisky* doble. Ese día había entrado sin saber qué iba a tomar; y Manuel, después de una conversación breve y trivial con él, le había puesto aquella copa, sin preguntarle siquiera. No lo culpaba de falta de cortesía o exceso de confianza, al contrario: cumplía con la rutina de su cliente.

Esa era la cruel realidad: consumía alcohol a cualquier hora y todos los días de la semana, sin excepción ni cantidad límite. Y que esa costumbre lamentable formase parte de su vida lo inquietaba en lo más profundo de su conciencia. En el fondo, hacía como todo el mundo: ignorar sus defectos y camuflar sus errores. Y el alcohol no era solo un error más, sino su mayor enemigo, la bestia que permanentemente lo asfixiaba. El peso principal de esa mochila que todos llevamos auestas, rebosante casi siempre de recuerdos felices, pero también de los fantasmas que aprovechan cualquier coyuntura desfavorable para vagar alrededor de nosotros y hacernos sentir la necesidad ineludible de evasión.

En ese momento, su evasión —una dosis doble de *whisky*— permanecía intacta, tal cual Manuel la había servido. Flanagan la contemplaba, reflexivo, mientras el sistema nervioso ignoraba la orden del cerebro de que activase los músculos de los dedos para acercar la copa a sus labios.

Una mano le rozó la espalda, y cayó de la nube en la que estaba. Era Miguel Cánovas, que llegaba con retraso, igual que la primera vez. Sus ojos, algo entornados, transmitían más melancolía que en la ocasión anterior, o, al menos, eso le pareció. Llevaba su melena revuelta, como si hubiese ido hasta el bar circulando a toda velocidad en un descapotable.

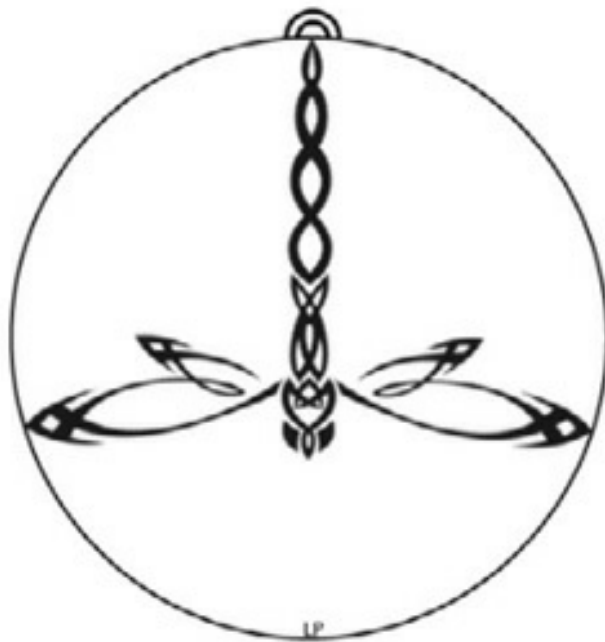
—Buenas tardes, Flanagan, disculpe la tardanza. Me encontraba en la otra punta de la ciudad y me ha costado llegar —dijo el pintor con un hilo de voz que denotaba su exagerada timidez.

—No se preocupe, no tenía nada mejor que hacer —contestó Flanagan, quitándole importancia—. ¿Quiere que nos sentemos en esa mesa?

—Donde usted quiera.

Flanagan se levantó del taburete y volvió a sentir, aunque de forma fugaz, la tentación de acariciar el frío cristal, pero consiguió reprimirla, y la copa permaneció en la barra.

Extrajo de su gabardina azul el colgante que Ojos de Serpiente había perdido en la refriega y lo dejó encima de la mesa con un ruido seco.



La mirada de Miguel Cánovas se iluminó, y se recolocó sus maltrechas gafas, adoptando apariencia de erudito. Extendió la mano derecha, que hasta ese momento había reposado en el bolsillo de su chaqueta, para coger la pieza y ponerla ante sus ávidos ojos. El pintor quedó inmóvil, como un mimo que despliega su arte callejero para apelar a la generosidad de los transeúntes. Al cabo de unos segundos, giró lentamente la muñeca, de forma que el símbolo diese vueltas. La luz de las lámparas se reflejó en el metal, pero Miguel Cánovas, petrificado, ni siquiera pestañeó. A Flanagan, el escrutinio se le hizo eterno, hasta que el pintor detuvo en seco el movimiento del colgante y levantó la vista hacia él.

—Es algo realmente interesante —dijo Cánovas, relajando sus músculos faciales.

—¿Podría ser un símbolo satánico? —preguntó Flanagan, un tanto decepcionado ante el comentario vacío que acababa de escuchar.

—Bueno... —dijo Miguel con solemnidad—. El insecto que aparece dentro de la circunferencia se asemeja a una libélula, y su posición emula una cruz invertida. Y la cruz invertida es un símbolo satánico, representa la adoración al demonio.

—¿Cómo sabemos si la cruz está invertida? ¿No podría ser una simple libélula?

—Las iniciales L. P., inscritas justo en el lado opuesto del enganche, sustentan la hipótesis de que es una cruz invertida, pero tal vez sea una mera coincidencia y se trate solo de un ornamento sin ningún significado simbólico implícito.

Flanagan miró el colgante. Efectivamente, en la circunferencia había, apenas visibles para sus ojos, las dos letras acompañadas de sendos puntos. Se sintió algo contrariado por no haberse dado cuenta de aquel detalle que podía ser relevante.

—Y esas iniciales, ¿qué significan? —preguntó Flanagan, frunciendo el ceño.

—No quisiera aventurarme sin hacer unas averiguaciones preliminares. Por favor, mándeme un correo electrónico con el símbolo escaneado y deme unos días.

—Una última consulta, Miguel. —Flanagan extrajo un papel con un dibujo realizado por él mismo y lo puso delante de Cánovas—. Me interesaría saber qué representa este símbolo. Una persona lo llevaba tatuado cerca del hombro izquierdo. Parece la estrella de David, ¿verdad?



—¿Dice que lo tenía en la parte izquierda de la espalda? —dijo Cánovas sin apartar la vista del papel.

—Así es.

—¿Este dibujo reproduce fielmente el tatuaje que usted vio? —El pintor lo miró fijamente a los ojos.

—Es una copia casi exacta —dijo Flanagan con gran convicción.

—Entonces no tiene nada que ver con la estrella de David, uno de los símbolos más conocidos del judaísmo y otras culturas hebreas. Es una estrella de seis puntas, en cambio, el dibujo que usted me enseña tiene cinco y aparece dentro de un círculo. Además, dos de las puntas están hacia arriba, a diferencia de la estrella de David, que solamente cuenta con una en esa posición.

—¿Luego no simboliza nada? —preguntó Flanagan, desconcertado.

—Todo lo contrario. —El pintor adoptó un semblante frío—. Es el pentagrama invertido: el símbolo por excelencia del satanismo.

Flanagan daba vueltas al colgante sobre la mesa del bar, como si fuese una peonza. Cuando se detuvo, lo ladeó hasta encontrar el ángulo exacto en el que el metal resplandeciese por el reflejo de la luz. Lo contempló unos segundos y volvió a girarlo.

Minutos antes, Cánovas se había marchado con una sonrisa llena de turbación que él fue incapaz de interpretar. Antes de irse, le había explicado que la izquierda representaba la magia negra, es decir, la que se usaba para hacer daño a los demás, y Flanagan le había contado los detalles más relevantes del caso, por si necesitaba esa información.

Se levantó de la silla y pasó por la barra.

—Oye, Flanagan, ¿no te vas a tomar la copa? Todavía está intacta —dijo Manuel.

—Hoy no, guárdala para otro día y apúntala en mi cuenta.

—¡Qué raro estás!

Capítulo V

Inmerso en el peligro

Cuando Flanagan llegó a la puerta de su edificio, dos viejos conocidos lo esperaban allí. Eran Expósito y Fernández, policías de la unidad de Asuntos Internos y responsables de poner fin a su carrera. Verlos de nuevo le repugnó.

El que estaba al mando era Expósito, un tipo de cierta edad, aunque su atractivo físico le hacía parecer mucho más joven. No tenía escrúpulos, pero sabía cómo aparentar todo lo contrario. La solemnidad y falsa diplomacia de su forma de hablar y sus gestos rayaban la caricatura. Fernández era bastante más joven, alto y dotado de una corpulencia que intimidaba a cualquiera. Hosco e irónico, su grosería no tenía límites. En el fondo, era una simple marioneta de Expósito, además de un descerebrado incapaz de sobrevivir ni un minuto lejos de él. A su manera, representaban los mismos roles que las parejas policiacas de las películas de Hollywood: Expósito era el poli bueno y Fernández el malo. Esa teatralización, sumada a su pertenencia a Asuntos Internos y sus personalidades, les había granjeado no pocos enemigos entre sus compañeros.

—Hola, Flanagan —saludó Expósito.

—¿Qué hacéis vosotros por aquí? —preguntó él con desdén.

—Nada, hombre, hemos venido a que un viejo amigo nos invite a café.

—El mío, con leche —continuó la broma Fernández, con tono prepotente.

—Y a ver cómo te va. Ya hace tiempo que no sabemos nada de ti y te echamos de menos.

—Me va muy bien, gracias. Y si queréis tomar café, en Madrid hay muchas cafeterías. También lo sirven con leche —dijo, mirando a Fernández a los ojos.

—No te pongas así, hombre, ¿que no te alegras de vernos? —dijo Expósito, bloqueándole la entrada al edificio.

—Me alegraría más ver vuestra foto en la lápida de cualquier cementerio de la zona.

Expósito soltó una carcajada estrepitosa, que Fernández imitó sin éxito.

—Qué gracioso has sido siempre, Flanagan —dijo Expósito con un tono disfrazado de afecto—. ¿Y qué tal te va? Seguro que Madrid puede dormir tranquila ahora que tú la proteges, como Gotham City con Batman. —Volvió a carcajearse, coreado de nuevo por el intento fallido de su socio—. Debajo de tu chaqueta llevas tu pistolita, ¿verdad? No es fácil mantener el orden en esta ciudad, es normal que la necesites. Y te sigues tomando tus copitas, ¿no es cierto? Lógico, tu vida es muy estresante, ¿qué superhéroe no tiene una debilidad? Hasta el jodido Popeye era un yonqui de las espinacas. —Esta vez, su risa se cortó en seco—. Pistola y alcohol; alcohol y pistola. Me suena que ya hemos visto esa película. A ti también te suena, ¿verdad, Flanagan?

—¡Iros al infierno! —Trató de introducir la llave en la cerradura, pero Expósito le agarró el brazo.

—Escucha, Flanagan. Lleva tu pistolita contigo todo el tiempo que quieras o, si lo prefieres, métetela por donde te quepa. Bébetela las existencias de *whisky* del planeta; por mí, cuanto antes revientes, mejor, le harás un gran favor a la humanidad. Pero te recuerdo que te retiramos la licencia, ya no eres agente, así que deja en paz a la policía. Olvídate de símbolos, sectas y otros asuntos que

no te atañen; de lo contrario, lo vas a pasar muy mal, te lo aseguro. Con tus antecedentes, salir con una pistola en el bolsillo y las venas repletas de alcohol equivale a una larga temporada en chirona.—Expósito le soltó el brazo, lo miró a los ojos durante unos segundos, y con un movimiento vago de cabeza, le indicó a su compañero que era hora de irse. Después de dar unos pasos, se giró hacia Flanagan una última vez—. Ya nos conoces, en su día comprobaste de lo que somos capaces. Así que ¡quedas advertido!

Flanagan, un poco confuso, entró en su casa. No comprendía cómo las averiguaciones de Culden habían desembocado en aquella visita. Su amigo lo había llamado el día anterior, mientras él paseaba con Carolina por el Parque del Retiro. Le dijo que había preguntado a varios compañeros de diferentes departamentos y que todos habían coincidido en que no conocían el símbolo que Flanagan envió escaneado ni su vínculo con ningún grupo delictivo. Ni siquiera el comisario, hombre experimentado en organizaciones criminales, pudo ayudarlo.

¿Quién habría informado de estas pesquisas a Expósito y Fernández? La función de los miembros de Asuntos Internos era velar por el buen hacer de los agentes, no de los ciudadanos. Sin embargo, los habían enviado para advertirle que no continuara metiendo su hocico en ese asunto, a ellos, que le arruinaron la vida. Era obvio que se trataba de alguien que gozaba de un poder enorme en la Policía y que estaba al tanto de su pasado.

«¿Dónde te estás metiendo, Flani?», se repetía. Ahora que por fin había tomado conciencia de su problema con el alcohol, su vida personal parecía estabilizarse y su corazón latía con fuerza otra vez, después de tantos años, ¡justo ahora!, ¿dónde se estaba metiendo?

Sacó el colgante de un cajón entreabierto de la vieja alacena del salón y lo expuso a la luz de la lámpara. Lo observó mientras le daba vueltas, hasta que el reflejo lo deslumbró. Entonces lo apretó en su puño, ocultándolo entre los dedos hasta que los músculos y articulaciones cedieron, exhaustos por el esfuerzo. Cogió la botella de *whisky* y se fue al dormitorio. Abrió un cajón de la mesita de noche adosada a la parte izquierda de su cama y, en su doble fondo, escondió el símbolo.

Se disponía a prepararse algo para cenar cuando sonó el timbre. No tenía demasiada hambre, así que, fuese quien fuese, la interrupción no le resultó una impertinencia.

Preguntó quién era y una voz familiar resonó en el rellano: la señora Decourt. No fue una sorpresa grata precisamente. Al abrir la puerta, ella lo saludó con un movimiento de cabeza casi imperceptible y se dirigió al salón con paso ligero. Abusando de la confianza que no existía entre ellos, escrutó, con mirada inquisitiva, todo cuanto había a su alrededor. Llevaba el pelo recogido y lucía un traje negro con un collar de brillantes y unos guantes de seda blancos, como Audrey Hepburn en aquella película cuyo título no conseguía recordar.

—Bonito apartamento —sentenció la señora Decourt con un tono que combinaba ironía y mera formalidad.

Aceptó la invitación a sentarse, pero rechazó con gesto hosco la de tomar algo.

—Señor Flanagan, no ha sido el tedio lo que me ha movido a hacerle esta visita, tengo cosas más importantes que hacer, así que iré al grano —dijo con una sequedad impropia de alguien que se encontraba en casa ajena—. Han llegado hasta mis oídos noticias referentes a sus investigaciones. Las está llevando a cabo sin ninguna cautela. La existencia del cuadro es secreta, y así debe continuar.

—Bueno, secreta... —dijo el detective con ademán de burla—. De ser así, no se lo hubieran

robado. —Y se le escapó una sonrisa leve.

—Usted ya me entiende. Quiero que lleve el caso con más sigilo —respondió ella, molesta por la mofa.

—¿Está dándome lecciones de cómo investigar?

—De ningún modo me estoy entrometiendo en su trabajo...

—¿Qué es exactamente lo que me está pidiendo? —preguntó el detective, que empezaba a disfrutar de la situación.

—Lo que le pido es muy fácil de entender: sigilo, mucho sigilo. Si creyera que la policía puede encontrar mi cuadro, no habría recurrido a usted. Como ya le comenté, no se trata de una mera obra de arte. El cuadro tiene un valor añadido que lo hace especialmente apetecible. Y especial podría ser también la persona que lo desee. Alguien con poder, influencias, y capaz de cualquier cosa.

—Y por eso pensó que esa persona quizás tendría contactos en la policía y que, para evitarse problemas, era mejor encomendarme el caso a mí, ¿verdad?

—Esperaba que usted fuera más competente... —dijo la señora Decourt, evadiendo su pregunta—. ¡Dios, qué calor hace aquí! —exhaló, revolviéndose en el sofá.

Flanagan se levantó de la silla y se dirigió hacia la cocina. Dejó la taza de café en el fregadero y abrió una de las dos hojas de la ventana, con el fin de que la corriente aplacara el acaloramiento de su invitada, por llamarla de algún modo. Al entrar de nuevo en el salón, se detuvo. La señora Decourt estaba sentada de forma que le daba la espalda, y su hombro izquierdo sobresalía del respaldo del sofá. El vestido dejaba a la vista el tatuaje, y lo miró fijamente. La estrella de cinco puntas, con dos de ellas apuntando hacia arriba, y circunscrita a una circunferencia. El pentagrama invertido, el símbolo satánico por excelencia, como Miguel Cánovas le había explicado. La representación del mal por antonomasia y emblema del príncipe de las tinieblas. Una serie de imágenes se reprodujeron en su mente a gran velocidad, como fotogramas en blanco y negro de una película de celuloide que se solapaban unos sobre otros, y salpicadas de manchas de sangre y fuego que se extendían con rapidez.

—¿Qué diantres hace ahí, mirándome como un pasmarote? —la señora Decourt gritó de tal modo que lo hizo regresar de inmediato a la realidad y sentarse donde estaba antes.

—Señora Decourt, según me ha dicho, el cuadro tiene características mágicas y es posible que alguien poderoso esté detrás del robo. ¿Podría ser que todo ello esté relacionado con alguna, digamos... —Flanagan carraspeó— debilidad suya?

—No entiendo —dijo ella, estupefacta—. ¿A qué se refiere?

—A su devoción... —volvió a carraspear— por el diablo.

—No sé de qué me habla —dijo la mujer, fingiendo, sin éxito, sinceridad—, así que no busque donde no hay nada que encontrar. Y tenga más cautela en su trabajo —añadió de forma autoritaria. Acto seguido, se levantó y, sin pronunciar una sola palabra de despedida, se fue, dando un portazo tan fuerte que temblaron las paredes.

Flanagan agradeció la calma y el silencio. Su sentimiento hacia la señora Decourt era cada vez más negativo. Nunca había investigado un caso como ese, en el que el propio cliente le ocultase información relevante. Su falta de franqueza demostraba el vínculo entre las propiedades mágicas del cuadro, su devoción por el demonio y el interés de alguien poderoso, capaz de mover los hilos necesarios para que la policía intentase pararle los pies.

Las piezas empezaban a hacerse visibles en su mente, solo faltaba averiguar cómo encajaban entre sí. Y le surgía una nueva pregunta: ¿el presunto asesinato del señor Decourt tenía relación con el

robo?

En ese momento, le sonó el teléfono móvil. Era Culten. Apenas lo saludó, lo cual no era propio de él, y farfullaba frases que Flanagan no lograba entender, salvo la advertencia de que se estaba metiendo en un lío tremendo y que dejase de investigar. Flanagan le contestó que de ninguna forma. Culten, fuera de sí, le dijo que su salud mental no debía de estar en buen estado para arriesgarse de aquel modo y que era conveniente que se reunieran cuanto antes. Después, colgó sin despedirse.

El corazón se le aceleró y una oleada de calor recorrió su cuerpo. En sus piernas se produjo la tensión suficiente para que sus pies se levantaran despacio del suelo, como si necesitaran vencer una fuerza que los mantenía inmovilizados, y le condujeran al mueble bar.

Y allí se quedó, quieto, contemplando el *whisky*. Alargó el brazo con los dedos extendidos como juncos en dirección a la botella, pero un impulso de procedencia desconocida lo paralizó antes de que sus yemas llegasen a tocar el cristal. Se dio media vuelta y se tumbó en el sofá, sin conseguir apaciguar el desasosiego que lo invadía. El canto de sirenas de su fiel debilidad era más fuerte que su coraje para resistir. Necesitaba ocupar su mente en algo.

Cogió su teléfono y le envió un wasap a Miguel Cánovas, en el que le preguntaba si había averiguado algo acerca de los dibujos que le había mostrado. Fijó la vista en el terminal y, al cabo de un momento, se iluminó la pantalla. Miguel le comunicó que al día siguiente se iba a reunir con un compañero de la universidad, experto como él en la materia, para que corroborase sus sospechas. El detective se lo agradeció y le dijo que, en cuanto lo contrastase, se pusiese en contacto con él.

Estaba cansado, muy cansado, pero se sentía bien. Había vencido la tentación, al menos por esta vez.

Manuel se quedó boquiabierto cuando Flanagan dijo:

—No me sirvas lo de siempre, ponme una Coca-Cola, con mucho hielo y limón, si es posible.

No hizo ningún comentario más. Se acodó en la barra y mantuvo el aire de serenidad con el que había entrado. La imaginación de Manuel dibujó una aureola de santidad en la cabeza de su amigo y, a su lado, un interrogante.

—Flani, ¿estás enfermo o haces méritos para una futura beatificación?

—Estoy mejor que nunca, gracias. En cuanto a la beatificación, no creo que el santo padre considere precisamente mi vida como un ejemplo de virtud. —Flanagan le guiñó el ojo izquierdo—. Hoy quiero tener la cabeza despejada, lo necesito.

—¿Se trata de tu chica? —Manuel puso los ojos como platos.

—Todo lo contrario: un colaborador me va a pasar información.

—Y de tu chica, ¿qué? —preguntó Manuel, más interesado en asuntos amorosos.

—¿Qué de qué?

—Bueno, pues si hay tema o no hay tema.

—Nos estamos conociendo, sin prisas.

—¡No me cuentes chorradas, hombre, que soy tu amigo!

—¿Y qué quieres que te diga?

—Pues si ya te la has tirado, ¿qué va a ser? —dijo con los ojos iluminados y a punto de salirse de sus órbitas.

—Tú siempre pensando en lo mismo. ¡Viejo verde! —contestó el detective, y ambos rieron al unísono.

En ese momento sonó el móvil, y su semblante se volvió serio. Era un wasap de Miguel Cánovas: «Flanagan, tengo la información que me pidió. ¿Qué le parece si nos reunimos en el aparcamiento del campus dentro de media hora?». Supuso que se refería a la universidad Fernando VII, en la que Cánovas era profesor, y le respondió afirmativamente.

Se despidió de Manuel con una mueca burlona, y al cabo de un minuto, ya estaba sentado frente al volante. De pronto, un gato se le cruzó, y apretó con brusquedad el pedal de freno. El coche que circulaba detrás de él tuvo que frenar también y se detuvo a escasos centímetros de su parachoques. El conductor, alarmado, tocó el claxon con una furia endiablada. «Maldito gato», pensó Flanagan.

El tráfico era bastante fluido, lo que le permitió llegar a su destino en menos de media hora. Entró en el recinto de la universidad, en la que nunca había estado, y, siguiendo las indicaciones de las señales, encontró enseguida el aparcamiento. Apagó el motor, llamó a Miguel y le dijo que allí lo esperaba. Dos alumnas cargadas con carpetas y libros se disponían a subir en el viejo Ford Mondeo de color granate de al lado, mientras compartían risas entre gestos de camaradería. Aquella escena le hizo evocar su juventud, la época dorada de la vida, en la cual quedaba todo por aprender todavía. Y, en esa ignorancia, mezclada con las ganas de descubrir, se encontraba implícita la felicidad plena, el gozo más intenso, sin obstáculos ni limitaciones.

Vio de soslayo a alguien caminando por el aparcamiento. A pesar de la luz cegadora del sol, pudo distinguir que se trataba de Miguel. Levantó los brazos y los agitó hasta que al fin el pintor lo vio y se dirigió hacia él. Corría con la falta de coordinación propia de alguien que considera el deporte una manía ajena. Llegó exhausto y emitió un murmullo ronco, sin fuerzas para saludarlo. Se flexionó hacia delante, apoyó las manos en las rodillas y trató de recuperar el aliento.

—Hola, Miguel, ¿cómo te va?

—El deporte nunca ha sido lo mío, es evidente. Pero bien, gracias. Respecto a mis averiguaciones, lo que voy a decirle no le gustará —dijo Miguel, con la respiración ya normalizada—. Son un grupo organizado...

—Una secta, ¿verdad? —le interrumpió Flanagan, ansioso.

—Algo parecido. Tienen la cúpula en Madrid y sus tentáculos se extienden por toda la península. Sus miembros son gente de la alta sociedad.

—¿Están relacionados de algún modo con el cuadro?

—Eso no lo sabemos —contestó Cánovas con un ademán de resignación—. Solo le puedo decir que no tienen ningún vínculo directo con el arte.

—¿Y se identifican con los símbolos que le enseñé?

—La estrella de cinco puntas con dos de ellas hacia arriba es un símbolo común entre los adeptos al diablo. Pero la información realmente relevante es la del otro símbolo, el de la libélula invertida que...

Miguel cortó la frase en seco. Su cuerpo se estremeció, sus ojos se quedaron en blanco y, tras un parpadeo, cayó al suelo. Sus brazos se abrieron con una convulsión violenta y una mancha roja creció en su camisa. Le habían disparado. Flanagan se agachó y puso una mano temblorosa en el cuello de Miguel para comprobar su pulso. Todavía no estaba muerto. El pintor le cogió de la manga y tiró hacia sí. Movi6 la boca, de la que surgía un reguero de sangre que se deslizaba hacia el cuello. El detective acercó su oído.

—Han sido ellos. Quieren volver a ser lo que fueron... —susurró lentamente con voz casi inaudible.

—Miguel, ¿quiénes? ¿Cuál es su nombre? —preguntó Flanagan, suplicándole un último esfuerzo.

—Se llaman...

Los labios trémulos del pintor no volverían a pronunciar ninguna palabra más.

Flanagan miró al pobre muchacho. Sus ojos se habían tornado vidriosos y su piel palidecía; su voluntad de ayudarlo le había conducido, sin remedio, al final de su vida. Con los dientes y puños apretados, los maldijo. Contempló una última vez a Miguel, que yacía sobre un charco de sangre, y juró que lo vengaría.

Flanagan había liquidado más de un tercio de la botella de *whisky* cuando Carolina llegó a su apartamento. Al abrazarlo, percibió la peste a alcohol y, al soltarlo, comprobó que tenía las facciones desencajadas y los ojos rojos. Le pasó una mano por el cuello y lo acompañó hasta el sofá, como si fuese una enfermera que cuidaba a un paciente desvalido. Lo miró con compasión mientras le acariciaba el pelo.

—¿Qué te pasa, Flanagan? —dijo ella con una voz tan débil que casi era un susurro.

—Nada, no me ocurre nada —le contestó él sin mirarla—. Estoy bien.

—No tienes buen aspecto. Empiezo a conocerte y sé que algo te pasa. Algo no va bien —dijo Carolina, sin adoptar un tono de reproche.

—Son gajes del oficio. Ya se me pasará —respondió él con frialdad.

—¿Qué te han hecho?

—No, a mí no; pero han matado a un joven que me estaba ayudando en el caso. Un único disparo desde muy lejos, ¡bang! —dijo Flanagan, extendiendo su mano como si fuese una flecha que indicase la dirección de la bala—. No tuve tiempo ni de llamar a una ambulancia.

—Lo siento —dijo ella con pesar—. Tú no has apretado el gatillo, no es culpa tuya.

—Sí, sí que lo es. Yo lo metí en esto. Esa bala tendría que haber atravesado mi cuerpo, en lugar del suyo —dijo él levantando la voz.

—Flanagan, no puedes culparte por las atrocidades que cometen los demás. Tú solo estás haciendo tu trabajo.

—¿Eso crees, que es mi trabajo? Estoy aquí, en mi casa, sin un solo rasguño y emborrachándome, mientras un joven inocente acaba de morir por mi culpa.

—Cálmate, por favor te lo ruego —dijo Carolina, manteniendo la serenidad que él había perdido—. Es normal que te hundas. Pero no creo que el alcohol te vaya a redimir ni a devolverle la vida a ese chico; no te ayuda en nada, es un simple parche para evadirte de la realidad.

—Quizás es eso lo que más necesito en este momento: evadirme. —Su cólera se transformó en resignación.

—Todos necesitamos evadirnos alguna vez, aislarnos de nuestros problemas e intentar olvidarlos. Pero enfrentar la realidad es lo que nos hace más fuertes, y también valientes.

—Y yo soy lo contrario, un cobarde, ¿verdad? —Flanagan clavó sus ojos en los de ella.

—Yo no he dicho eso. Lo que trato de decirte es que el alcohol te va a generar más problemas. No es la solución.

—Tal vez el problema sea yo. Tal vez sea un problema para ti... —Flanagan volvía a perder los estribos.

—Por supuesto que no, pero debes mantenerte sereno, es por tu bien. —Lo besó en los labios, pero él permaneció impassible ante la muestra de cariño.

—«Debes», lo acabas de decir. Es la condición que me estás imponiendo. Elige, Flani: el alcohol o yo —pronunció la última frase con una voz ridícula.

—Yo no te he puesto ninguna condición. Pero, ya que lo has dicho, solucionar tu problema con el alcohol te haría mejorar como persona, y mucho. —Su tono había dejado de ser cariñoso.

—Pues no voy a cambiar, esto es lo que hay. Tú decides si me aceptas como soy o no —bramó.

—No tienes motivos ni ningún derecho para hablarme así. Solo pretendo ayudarte, lo último que merezco es que me trates con hostilidad. —Carolina hizo un sobresfuerzo por mantenerse serena—. Pero haz lo que quieras. Bébetelo un tonel de alcohol si crees que eso te va a hacer sentir mejor. Y perdona por haber venido a molestarte.

Dicho esto, Carolina se levantó del sofá y se dirigió hacia la salida sin mirar atrás. El estrépito del portazo atronó a Flanagan.

Había metido la pata, y hasta el fondo. Ella había demostrado que lo quería, le había intentado ayudar, y él la había tratado peor que a un perro callejero. El dolor que sintió de súbito en el corazón le hizo darse cuenta de lo mucho que la amaba. Su despedida había dejado un signo de interrogación suspendido en el ambiente, y él no era capaz de imaginar lo que el destino le depararía. La posibilidad de no volver a verla dibujó en su mente un horizonte lleno de desolación. Notó que le faltaba el aire, y el malestar se expandió por su cuerpo como una plaga.

Tuvo el arrebato de coger la botella de *whisky* y bebérsela de un trago. Pero lo que hizo fue vaciarla en el fregadero.

Con un salto, se echó en la cama, y se tranquilizó un poco. Pronto se sintió abatido, exhausto. Su conciencia lo azotaba sin contemplaciones. Carolina tenía razón: el alcohol lo perjudicaba gravemente. Un atisbo de luz alumbró la oscuridad que reinaba dentro de él: debía dejar la bebida, y para siempre. No valían falsos propósitos ni medias tintas. Se liberaría de los grilletes que lo encadenaban al alcohol.

Necesitaba hablar con Carolina, aunque fuese una simple llamada de teléfono, y pedirle perdón. También deseaba decirle que se había dado cuenta de cuánto la quería, que estaba enamorado de ella hasta la médula; pero no hizo nada, con la justificación necia de que no era el momento apropiado. En lo más hondo de su ser, una voz nítida le decía que la causa real era su falta de valor. Sabía que, cuando la llamara al día siguiente, ella no le iba a responder, y entonces se arrepentiría de su propia cobardía.

Sonó el teléfono. Por unos segundos, albergó una ínfima esperanza de que fuese ella. Brincó de la cama y se dirigió a la mesa en la que estaba el móvil. Al mirar la pantalla, sufrió una desilusión enorme. Se trataba de Culden. Flanagan contestó, y una voz fúnebre salió del auricular. Su amigo fue al grano: tenía algo importante que decirle y necesitaba verlo con urgencia. Flanagan, asustado, le preguntó que ocurría, si tenía alguna mala noticia que darle. El policía le dijo que no pasaba nada, aunque por teléfono no podía hablar. En cuanto acordaron la hora de la cita, finalizó la conversación.

Pese a su intento de tranquilizarlo, el tono bronco de Culden lo había delatado. Algo muy grave estaba sucediendo.

El punto de encuentro era un sitio apartado en la sierra de Madrid. Allí habían compartido muchos momentos de risas en su juventud, acompañados de unas cervezas para abstraerse de la rutina. También había sido el lugar predilecto para quedar con chicas; en algunas ocasiones, camuflaban el coche entre los pinos y disfrutaban del amor con el cielo teñido de rojo y el sol poniente como telón

de fondo. Aquellos recuerdos le habían hecho salir de casa antes de hora. Cuando llegó, había un coche justo donde él aparcaba en el pasado. Debía de ser Culten, que se había adelantado por el mismo motivo. Pero, cuando bajó, el vehículo desconocido arrancó y se marchó. Quizás había boicoteado con su presencia la intimidad de una pareja.

Al cabo de algo más de media hora, apareció un Seat Toledo blanco. De él se apeó su amigo el policía. Su sonrisa a medias, insuficiente para animar un rostro desencajado, le hizo sentir de inmediato una mayor preocupación. Se dieron un fuerte abrazo y rememoraron alguna anécdota que habían vivido allí. No se excedieron demasiado en el preámbulo, pues el nerviosismo de Culten denotaba que le urgía abordar el asunto por el cual habían quedado.

—No sé quién esperabas que estuviese detrás de los símbolos que me enseñaste, pero te advierto de que son gente muy peligrosa.

—¿Cómo se llaman?

—No lo sé, eso de momento no lo he averiguado. Son una secta más de las miles que existen en el mundo. Y, como en casi todas, un líder manipula a sus adeptos para someterlos.

—¿Cómo puede meterse alguien en eso?

—La condición humana necesita satisfacer sus fantasías, vivir experiencias extraordinarias. Por otro lado, las personas quieren controlarlo todo: su futuro, a los demás, o qué diablos sé yo. Según mis indagaciones, esta secta es muy cerrada y la manipulación de sus adeptos, extrema. La desobediencia y la falta de disciplina son castigadas duramente, incluso con la muerte.

—¿Has averiguado cuál es su finalidad o su objeto de adoración?

—Quieren recuperar algo perdido, un tiempo pasado, tal vez. Y tienen poder, dinero e influencias para conseguir lo que se propongan. Me he encontrado con un muro enorme para obtener información. Nadie sabe nada, y si hay alguien que sabe algo, calla. Incluso dentro de la comisaría. Ni siquiera la amistad ha sido suficiente para que mis compañeros rompan su silencio.

—Por eso no sabes el nombre de la secta —dijo Flanagan, arqueando una ceja.

—No, aún no. Creo que solo he visto, y de muy lejos, la punta del iceberg. Y, la verdad, lo que queda oculto me asusta, y mucho. Te estás metiendo dentro de la propiedad privada de una jauría de lobos.

—Lobos con piel de cordero —apuntó Flanagan, asintiendo.

—Sí, y esos son los más peligrosos. —Culten guardó silencio y adoptó un ademán solemne—. Pero ahora tienes otros problemas de los que preocuparte. La policía va a por ti.

—Lo sé. El otro día me hicieron una visita Expósito y Fernández, los de Asuntos Internos.

—No sabía nada, nadie me lo dijo. Pero te estoy hablando de algo más grave. Han reunido pruebas para inculparte del asesinato de Miguel Cánovas; lo conoces, ¿verdad? Posiblemente, el fiscal haya firmado ya tu detención y tengas unos cuantos policías esperándote en tu casa. Lo mejor es que te entregues y les cuentes todo. Lo siento, Flanagan, de verdad que lo siento.

El detective se dejó caer sobre una roca oscura y llana. Hundió su cara entre las palmas y permaneció inmóvil y callado durante un momento.

—Joder, joder, joder... —repitió maquinalmente—. Solo era un pobre chaval. Le pedí que me ayudara a obtener información acerca de los símbolos, igual que a ti. Le dispararon, y la bala le atravesó el pecho, murió en cuestión de segundos. Yo no lo maté, te lo juro. Lo han matado ellos.

—Lo sé, tranquilízate. Ahora debes mantener la cabeza fría. —Su amigo le puso la mano en el hombro—. Te has cruzado en su camino y están haciendo uso de todo su poder.

—¿Qué puedo hacer? Me encuentro en un callejón sin salida.

—No lo sé, Flanagan, ¿te acuerdas de aquel cuento del trotamundos que me contaste aquí mismo, cuando éramos jóvenes? El que caminaba de noche por un bosque y se topó con un río. El trotamundos decidió atravesarlo. No sabía nadar, pero tenía poco caudal y creyó que podría pasar andando. Cuando estaba a mitad del río, una fuerte y repentina crecida lo sorprendió, haciendo que él diese vueltas como un remolino. Consiguió sacar la cabeza, pero su aturdimiento le impidió distinguir cuál era la orilla que quería alcanzar, o, al menos, cuál le quedaba más cerca. Debía hacer algo, pues sus fuerzas languidecían y el frío del agua era ya insoportable. ¿Te acuerdas lo que hizo el trotamundos?

—Nadar —musitó Flanagan.

—Así es. Nada, Flanagan, tú nada. Aunque no sepas cómo hacerlo, inténtalo. No importa hacia qué orilla vayas, pero no te quedes quieto, acabarán contigo si lo haces. Yo no te puedo indicar cuál es la orilla, eso te lo dirá tu intuición.

—No tengo a donde ir...

—Lo siento, Flani, pero sabes que no es posible que te escondas en mi casa. Conviene que durante algún tiempo nos olvidemos el uno del otro. Me duele mucho, pero no es por mí, es por mi familia, mis hijos. No quiero que les pase nada.

—Tranquilo, me hago cargo.

—Que tengas mucha suerte, Flanagan, te la mereces. Voy a dejar de incordiar a mis compañeros con el tema de la secta, pero si me entero de algo, te aseguro que te lo haré saber. Te agradezco que hayas vuelto a mi vida; con los recuerdos que hemos revivido en estos días, me he sentido joven otra vez. Espero que se aclaren las cosas cuanto antes y vuelvas a la normalidad. Cuídate, amigo.

Le dio un segundo abrazo, más intenso todavía que el anterior. Retiró la mano del hombro de Flanagan y dio unos pasos hacia atrás, mirándolo de arriba abajo, como si quisiera captar una imagen nítida de él para que permaneciese eternamente en su memoria. Le dijo adiós con una sonrisa llena de cariño y los ojos humedecidos.

Flanagan tuvo la certeza de que esa podía ser la última vez que viese a Culten, al menos sin unos barrotes carcelarios de por medio. El policía fue hacia su coche, girándose de tanto en tanto para verlo, y él levantó un brazo flácido como despedida. Todo se había complicado en un abrir y cerrar de ojos. Su existencia nunca había sido como un paseo en barca por el lago del Retiro, pero ahora tenía demasiados frentes abiertos.

Culten arrancó, pero no se dirigió hacia la carretera, sino al lugar donde Flanagan permanecía inmóvil y con la mirada perdida. Paró de forma que la ventanilla del conductor quedara enfrente de él y la bajó.

—Flanagan, una última cosa: ¿te acuerdas de Gutiérrez, el que fue nuestro comisario?

—Claro que sí.

—Tiene trato con la secta, por si te sirve en tu investigación. No sé nada más, de verdad.

Dicho esto, las luces del coche se perdieron detrás de los relieves en penumbra de las montañas, camino de la carretera. Con el día prácticamente extinguido, Flanagan apenas vislumbraba ya lo que había a su alrededor.

Felipe Gutiérrez, el Cojo de Carabanchel, había sido durante diez años el comisario del distrito de Tetuán, en Madrid. Era la época en la que Flanagan y Culten patrullaban juntos la ciudad. Gutiérrez dirigía la comisaría con un despotismo propio de la primera etapa franquista, con una disciplina

exagerada. Hacía gala de su prepotencia y grosería en el trato con sus subordinados, a quienes les amargaba la existencia. Algunos solicitaron el traslado a otras comisarías. A veces significaba mudarse, junto con toda su familia, a la otra punta del país. Hubo incluso un par que aceptaron como destino el País Vasco en los años más crueles de la lucha contra ETA, con el único fin de no volver a aguantar al rudo comisario.

Gutiérrez empleaba sistemáticamente la violencia, la mayoría de las veces, exenta de justificación, y se afanó en inculcárselo a sus subordinados. Su forma de trabajar era metódica en extremo, más acorde con la mentalidad germana, y exigía informes de todo, provocando que los agentes dedicaran una barbaridad de horas a la burocracia. A veces, eso les impedía realizar su verdadero trabajo o disponer de tiempo libre. Fue un hombre muy odiado.

Su ética brillaba por su ausencia. Se vio envuelto en varios casos de cobro de comisiones ilegales, aunque nunca se probó nada contra él. Algunos policías opinaban que un ángel de la guarda lo custodiaba, quizá un pez gordo del Ministerio del Interior; otros decían que su protección provenía del mismísimo diablo. En una cena de Navidad que celebraron conjuntamente varias comisarías de Madrid, Flanagan oyó a otro comisario afirmar que Gutiérrez tenía comprados a varios agentes de Asuntos Internos para que le encubrieran en sus chanchullos. No sabía si ese rumor era cierto, pero saltaba a la vista la buena relación que mantenía con ellos. Su último escándalo fue por el cobro de comisiones a cambio de revelar información policial a una banda dedicada al narcotráfico. Todos daban por hecho que ese iba a ser el final de su carrera y el pasaporte que lo metería una temporada larga entre rejas. Pero, en el juicio, y ante el asombro del fiscal, los narcotraficantes desmintieron su primera declaración, alegando que habían sido coaccionados por la policía, y negaron que conocieran a Felipe Gutiérrez y que le hubiesen pagado comisiones. El juez lo declaró inocente. A los pocos meses dimitió como comisario, quizás por presión de algún político que temiera que el caso derivara en una pérdida de votos.

Una de las características que mejor definía la personalidad de Gutiérrez era su colosal ambición. Los que trabajaron día a día junto a él decían que era insaciable en cuanto a poder, dinero, lujos y mujeres. Al hablar de ricos y poderosos, el rostro de Gutiérrez reflejaba el ansia de ser uno de ellos.

Después de dedicarse unos años a la política, con más pena que gloria, como caído del cielo le ofrecieron un cargo de funcionario en el Ministerio del Interior. En esa época volvió a frecuentar la comisaría, aunque se desconociese con qué intenciones. Según sus excompañeros, se había hecho aún más prepotente y arrogante. Flanagan se quedaba estupefacto al oírlos, pues le era imposible concebir que su antiguo comisario fuera todavía más desagradable que antes. Unos años después, el ángel de la guarda ayudó de nuevo a Gutiérrez, consiguiendo que lo nombrasen responsable de la Jefatura Central de Investigación de la Policía. Desde su dimisión como comisario, el detective no había vuelto a verlo. Hasta unos días atrás. Por eso, cuando Culden le dijo que Gutiérrez tenía trato con la secta, no se sorprendió. Él ya lo sabía. Felipe Gutiérrez, el Cojo de Carabanchel, era el hombre que había entrado en el chalé, el socio del señor Birth en el asunto del cuadro de la señora Decourt.

Era de suponer que, en un asunto en el que intervenía la mafia rusa y una organización secreta tan peligrosa, el señor Birth necesitaba a su lado a alguien que lo ayudase a navegar por esas aguas turbulentas; por ello Flanagan había continuado investigando al galerista después de interrogarlo. Gutiérrez se ajustaba a la perfección al tipo de socio que requería: sabía manejarse tanto con la policía como con las bandas criminales, era la ambición personificada y no se dejaba amedrentar ni

por nada ni por nadie. Solo con un socio así se entendía que el señor Birth se hubiese atrevido a subastar el cuadro entre su dueña, la señora Decourt, y la organización de asesinos para la que lo había robado.

Cuando Flanagan salió del ensimismamiento, consultó el reloj. Hacía más de media hora que Culden se había marchado. Era ya de noche, lo que hizo que tropezara con las rocas y baches de camino a su vehículo. Bajó la ventanilla hasta el tope e inspiró una gran bocanada, como si quisiese llevarse consigo la fragancia del monte.

Arrancó con desgana y salió a la carretera. Fijó la vista en las líneas blancas del asfalto. Por momentos parecía que se duplicasen. Retazos de su conversación con Culden reverberaban en sus oídos. Le había dicho que posiblemente la policía estaba esperándolo en su casa, pero ¿qué debía hacer y a dónde ir? No podía desaparecer, así como así, sin echar un último vistazo a su hogar.

Al cabo de pocos minutos, unas gotas mojaron la luna. El ritmo de la lluvia se fue incrementando. También el tamaño de las gotas. Los limpiaparabrisas chirriaban, funcionando a la máxima potencia. No veía más allá del capó. La voz ronca del contertulio del programa de radio se acalló, ahogada por los golpes del aguacero contra la chapa del coche. Levantó el pie del acelerador e intentó relajarse en su asiento, aunque le resultó imposible. Aquella tormenta había conseguido hacer todavía más tétrica su deplorable situación.

Atisbó las luces de un bar de carretera y decidió parar. Hubiese podido aliviar su conciencia con la excusa de que era peligroso circular así, pero en el fondo sabía que la verdadera razón estaba destilada y tenía nombre escocés.

La intensidad de la lluvia había disminuido notablemente cuando volvió a entrar en su coche. La euforia de las tres copas de *whisky* ingeridas lo había reafirmado en su idea de regresar a su apartamento, aunque fuese por última vez. Si veía a la policía, o la olfateaba, se largaría de allí con la misma celeridad que un rayo.

No podía dejar de pensar en los giros que había dado su vida en tan pocos días. Después de tanto tiempo, se había enamorado de una persona especial; se había reencontrado con uno de sus grandes amigos, tras muchos años sin verse, y había albergado por primera vez la esperanza de superar su problema con el alcohol. Era posible encauzar su futuro, ser feliz, o al menos eso había creído. Pero todo había estallado, reduciéndose a infinitos añicos que quedaban suspendidos en el aire y lo hacían tan denso que apenas podía respirar.

En la entrada de Madrid se encontró con un desesperante atasco. Los rostros de los conductores se crispaban mientras los niños agitaban los brazos y brincaban en los asientos traseros. Se oía de vez en cuando el estruendo de algún claxon, al que se le sumaban, casi de forma inmediata, los de los demás.

Después de casi dos horas de odisea al volante, llegó a su calle. Se acercó a su portal a una velocidad ralentizada, más propia de un transporte que funcionase sin motor. Había cesado de llover, lo que le permitía ver con nitidez todo aquello que iluminaban las farolas. Se percató de que había alguien inmóvil cobijado en la penumbra de uno de los árboles de la acera. Al acercarse más, vio que el individuo permanecía expectante a cuanto había a su alrededor. No le cabía la menor duda: se trataba de un agente vestido de paisano. Apretó el acelerador con suavidad para no levantar sospechas.

Cuando lo dejó atrás, miró a través del espejo retrovisor. El policía se acercó un *walkie-talkie* a la boca y, de inmediato, un coche aparcado arrancó; en el tiempo que dura un suspiro, se situó en medio

de la calzada y le bloqueó ambos carriles. Lo había descubierto. Su pie no tardó ni una milésima de segundo en pisar a fondo el pedal del acelerador, directo a uno de los huecos que había en los laterales. Colisionó estrepitosamente contra el vehículo, que giró varios grados, agrandando el espacio libre. Flanagan inició su huida.

Por el retrovisor vio cómo el coche maniobraba para perseguirlo. Dos policías iban en su interior. Preveía que algún otro coche se uniría al primero; sin embargo, para su sorpresa, no fue así. Las luces del vehículo resplandecían en su retrovisor cada vez con más intensidad. Era evidente que en pocos segundos lo iba a alcanzar.

El semáforo que tenía delante se puso en rojo, pero no era el momento de seguir al pie de la letra el código de circulación. Sin soltar el acelerador, se lo saltó. Las consecuencias no se hicieron esperar: en el segundo cruce, esquivó a los coches que salían por la calle de la derecha, y, con un giro brusco de volante, evitó un segundo choque. El vehículo de la policía no podría franquear esa barrera de coches, ese fue el pensamiento con el que intentó aliviarse de aquella situación tan angustiosa. Cuando encontró una calle que le pareció apropiada, viró a la izquierda. Ya no había reflejos en su retrovisor. Había conseguido despistarlos, de momento.

Esa calle ya la conocía. Poco iluminada y repleta de contenedores, la multitud de bares y restaurantes que tenían la puerta trasera allí la utilizaban para tirar su basura. No había hueco para aparcar, así que dejó el coche en el vado de una cochera, confiando en que no entrase o saliese nadie por un rato. Con las luces y el motor apagados, permaneció quieto en el asiento, como si el menor ruido fuera a advertir a los policías. Al cabo de dos horas, un vehículo quiso acceder al garaje. Dentro iba una pareja, que se divertía entre risas y besos. Flanagan dio unas vueltas por las manzanas colindantes. Ni rastro de los agentes.

Le urgía resolver dos cuestiones clave para su supervivencia: dónde esconderse él y dónde esconder su coche durante los siguientes días. Para el coche creía tener la solución; pero para él no. Por su propia seguridad, necesitaba un lugar donde estuviese protegido, lo cual lo llevaba a descartar cualquier sitio público. Tampoco quería que ninguno de sus conocidos se viese envuelto en el incómodo y peligroso embrollo de meter en su hogar a un perseguido por la ley.

Sacó el teléfono móvil para hacer una llamada. Se rascó la cabeza con el índice izquierdo mientras contemplaba la pantalla. De súbito, cambió de opinión. Lo guardó de nuevo, y entró en un bar vacío. Pidió una copa de escocés al camarero y se dirigió al teléfono del final de la barra. Apartó unas monedas de la ruidosa calderilla que llevaba en uno de sus bolsillos, las introdujo en la ranura y marcó un número.

—¿Quién es? —preguntó una voz masculina desde el otro lado de la línea.

—Manuel, soy yo, Flanagan.

—Coño, Flanagan. ¡¿Dónde diablos estás?! ¡Aquí te está buscando todo dios!

—Tranquilo, todo va bien.

—Varios policías me han preguntado por ti, pero no han querido decirme qué ocurre. ¿Seguro que va todo bien?

—Sí, Manuel. La policía ha tenido una pequeña confusión, pero espero que esté solucionada en unos cuantos días.

—¿Pequeña confusión? Había aquí un maremágnum de policías entrando y saliendo de tu casa; te la han dejado patas arriba. Y han preguntado por ti a todo el mundo. Tu casero no está demasiado contento, parece poseído por Belcebú. Flanagan, no sé de qué va esto, pero creo que te has vuelto a

meter en un buen lío.

—No te preocupes, ha sido una visita rutinaria de la policía. Estaré ausente unos días. Cuídate, Manuel.

—Flanagan, si puedo hacer algo por ti, por favor, pídemelo. Tú también cuídate. Y suerte. Sospecho que la vas a necesitar.

Capítulo VI

La tragedia

El Charrúa era un gitano de mediana edad, de delgadez extrema y piel casi negra. Vestía, incluso durante los insufribles días de verano, con traje azul marino o negro y con camisas claras de seda. Solía utilizar corbata, siempre de un solo color y oscura, y un pañuelo aterciopelado le cubría el cuello. Era de carácter risueño y bromista, y sus ademanes refinados, caballerosidad y elocuencia le hacían aparentar buena educación, impropia del entorno en el que se movía. Caritativo y fiel defensor de los más necesitados, se había convertido en la persona más respetada y querida del barrio. Su mayor debilidad: era un vividor empedernido.

Se dedicaba a la distribución de frutas y verduras a vendedores de mercadillos. Bueno, a eso y a cuantas actividades ilícitas se le pusieran a tiro; pero siempre permanecía en la sombra, sin mancharse las manos. Nunca traspasaba lo que él llamaba «línea roja», esa frontera que separaba lo que se podía hacer y lo que no, según las escasas limitaciones de su moral barriobajera. Era su propio jefe y hacía las cosas a su modo.

En su nómina de amigos tenía a muchos miembros del cuerpo. En la época en la que Flanagan pertenecía a la policía, el Charrúa le había servido de confidente, y siempre lo había tratado más que bien, de ahí que el gitano conservara un gran aprecio hacia él. El Charrúa nunca delataba a los suyos; todo lo contrario, pasaba información a cambio de favores para ellos. Después de que expulsaran a Flanagan, había colaborado con otros agentes, pero estos lo habían usado sin escrúpulos, por lo que su relación no había sido tan estrecha.

Cuando contactó con él para que lo ayudase a encontrar alojamiento, el Charrúa enseguida le consiguió un piso, propiedad de un amigo suyo. «No vive nadie, de momento», le había dicho. Estaba en la segunda planta de un edificio del barrio de Nueva España, distrito de Chamartín. Sin embargo, los años que habían pasado hacían que Flanagan no confiara plenamente en el gitano. Debía actuar con cautela extrema.

Lo que hacía más seguro aquel piso que cualquier otro convencional era que contaba con un túnel secreto que lo comunicaba con la vivienda de la primera planta, en la que tampoco vivía nadie, y con un aparcamiento público situado bajo el edificio, con salidas a dos calles diferentes. Se accedía a través de un armario ropero empotrado en un dormitorio. «Por si las moscas», le había dicho el Charrúa al enseñárselo. Le iba a venir de perlas en el caso de recibir la entrañable visita de la policía, le contestó el detective, irónico. No le costó demasiado trabajo imaginar el uso de ese túnel. Seguramente, gracias a él, el Charrúa y sus socios escondían y transportaban fácilmente mercadería de dudosa legalidad.

Tumbado en su recién estrenada cama, fumaba un cigarrillo mientras contemplaba el movimiento acompasado de las manecillas de su viejo reloj Festina. Aquel cuarto, y todo el piso en sí, tenía dimensiones reducidas. No había decoración y la cantidad de muebles y electrodomésticos era menor que la necesaria para vivir. Las manchas oscuras de paredes y techos se debían, posiblemente, a la falta de ventilación. Muchos de los rincones estaban cubiertos de moho verde, del que emanaba un

hedor agrio que se le había incrustado en el olfato, cual lapa a la roca, desde que había entrado allí.

La ansiedad recorrió su cuerpo como una locomotora sin frenos circulando cuesta abajo. Sentía el paladar seco, le urgía impregnar de alcohol hasta su última célula. Se levantó y fue al antiguo aparador del salón, en el que la carcoma había causado estragos. Revisó todos sus cajones de arriba abajo, pero no encontró ninguna botella. Registró el resto de los muebles. En el armario del fregadero, oculta entre los productos de limpieza, había una botella de coñac. La sacó y la contempló. Su aspecto era mugriento y solo quedaba la quinta parte. Suficiente para calmarlo.

Vertió un chorro generoso en un vaso que había cogido de la pila cubierta por un velo gris de telarañas. Al levantarlo, había aparecido una cucaracha de un tamaño más que considerable. Hundió la nariz dentro para comprobar que el líquido estaba en condiciones de ser bebido. Se lo acabó de un solo trago. Después lo volvió a llenar, esta vez hasta agotar la botella. Se lo llevó al que iba a ser su cuarto durante los próximos días y se dejó caer en la cama mientras daba un fuerte suspiro.

Tras fumar tres o cuatro cigarrillos seguidos, la cantidad de humo acumulada hacía que aquello pareciese el andén de una antigua estación de ferrocarril. Se incorporó para abrir la ventana que había encima del cabecero de la cama. Era ya de noche y la calle estaba vacía. Solo algún coche puntual rompía el silencio.

Al mirar detenidamente el resplandor que emitía una de las farolas, descubrió una sombra que se movía en la penumbra. Fingió desviar la vista hacia otros puntos con total naturalidad, corrió la cortina y apagó la luz. Entonces volvió a apartar la tela y observó la sombra. Al cabo de unos segundos, esta se acercó a la farola y su silueta quedó parcialmente iluminada, lo justo para que reconociera aquellos rasgos faciales.

Se trataba de Ojos de Serpiente. Su mirada estaba clavada en la ventana del detective. «No puede ser», pensó Flanagan, estremeciéndose. El cigarro se deslizó entre sus dedos y cayó al suelo. Lo observó un instante más, hasta que la certeza de que era él fue total. Ojos de Serpiente continuaba allí, inmóvil y ajeno a cualquier otra cosa que no fuese su ventana. «¡Maldito cabrón!», masculló, y encendió de nuevo la luz.

Se puso su americana azul marino y abrió con presteza el armario empotrado. Apretó el interruptor dispuesto en la parte lateral, como le había indicado el Charrúa, y una tapa de madera se levantó del suelo. Apareció ante él un cuadrado oscuro: el túnel secreto. Sacó una linterna guardada en una caja de zapatos e iluminó el conducto. Había unas varillas de acero en forma de u y con los extremos encajados en el hormigón de una de las paredes. Descendió por ellas. El agujero no era demasiado holgado, difícil de atravesar para alguien voluminoso, pero no para él. Sus pulmones sufrían cada vez más. Alumbró el fondo. Todavía le quedaban unos cuantos metros para llegar. Mientras, se topó con un cuadrado de madera empotrado en la pared. Era, sin lugar a duda, el acceso al piso de la primera planta.

Un par de ratas huyeron a toda velocidad al caer sobre ellas el haz de luz de la linterna. En el último tramo debía avanzar horizontalmente. El hedor a rancio y la humedad, sumados a la falta de aire, le provocaron un ligero mareo, obligándolo a detenerse durante unos segundos. En el extremo, por fin entraba una luz tenue a través de una rejilla de ventilación. Recordó lo que le había dicho el Charrúa: «Al final del túnel encontrarás una pestaña que abre el acceso al aparcamiento». Palpó alrededor de la rejilla, pero no la localizó. Había olvidado las palabras del Charrúa que le indicaban el lugar exacto. El esfuerzo le hizo parar otra vez para coger aire. Al apoyar una mano en la esquina, sintió el tacto frío de un material diferente al de las paredes. Era la pestaña que buscaba. La presionó

y, automáticamente, sonó un leve chasquido metálico: la rejilla estaba suelta. Con un empujón mínimo, cayó al otro lado con estruendo. Sin perder ni un segundo, atravesó el orificio rectangular que se había abierto ante sus ojos.

Comprobó, de un vistazo, que se hallaba solo en aquel aparcamiento. Las plazas de los vehículos eran estrechas y la cantidad de pilares, excesiva. Después de colocar la rejilla, corrió hacia una de las salidas peatonales. Subió de dos en dos los peldaños de una escalera empinada, entre suspiros y jadeos. Apareció en la calle paralela a la que estaba aquel diablo. De no ser por el túnel, lo hubiese hecho por la puerta del edificio, con lo que habría sido imposible sorprenderlo. Apresuradamente, dio la vuelta a la manzana. Temía llegar demasiado tarde.

Cuando entró en la calle, aminoró el paso y buscó la oscuridad. Ese malnacido permanecía en la farola, vigilando su piso. Flanagan cruzó a la otra acera y volvió a dar una vuelta completa a la manzana para evitar situarse en el campo de visión de Ojos de Serpiente. Se detuvo en la última esquina y asomó con cautela la cabeza. Lo veía de espaldas, a unos veinte metros de él. Se acercó con el mismo sigilo que atravesaría un campo de minas.

—Te empeñas en no dejarme tranquilo, ¿verdad, maldito bastardo? —le susurró Flanagan al oído, después de apoyarle el cañón de su Pietro Beretta en la espalda—. ¡Acompáñame!

Lo condujo al espacio oscuro que quedaba entre un coche y una furgoneta.

—Muy bien, sanguijuela, ahora dime: ¿dónde está el cuadro de la señora Decourt? —le preguntó mientras lo empujaba con su pistola.

—¿Qué cuadro? —Ojos de Serpiente fingió perplejidad, y Flanagan le asestó un golpe en el estómago con su mano libre.

Se retorció de dolor, pero siguió en silencio. El detective lo golpeó con más fuerza.

—¡No me tomes el pelo! Te oí hablar con la señora Decourt del cuadro el mismo día que te perseguí en el metro.

—El cuadro continúa en su poder.

Flanagan le volvió a golpear en el vientre; esta vez, Ojos de Serpiente cayó de rodillas y se balanceó con las manos en el estómago. Le metió el cañón de su Pietro Beretta en la boca y preguntó:

—¿Quién tiene el cuadro? —Acto seguido, sacó la pistola.

—Estoy diciendo la verdad. La señora Decourt me ha asegurado que el cuadro sigue bajo su custodia. Me lo dijo el día que me viste con ella. —Su hilo de voz evidenciaba el daño sufrido.

—Está bien... ¿Qué representa ese cuadro? ¿Qué hace que sea tan valioso?

—Es una ofrenda.

—¿Una ofrenda...? ¿A quién?

—Al poder más grande que jamás haya existido.

—Empiezo a cansarme de ti. Deja de responderme con sandeces, o te vuelo la cabeza. ¿Para quién trabajas? —El detective apoyó el cañón entre las cejas de Ojos de Serpiente.

—Para la comunidad. Me envía el maestro —balbució con un tono bronco y volvió a guardar silencio.

—¿Cómo se llama? —Flanagan volvió a la carga—. ¡Quiero el nombre de tu jefe, el que aparece en su puto DNI!

Un señor ataviado con un batín y zapatillas de estar por casa paseaba a su perro, un caniche nervioso, haciendo caso omiso a la curiosa escena.

—No lo sé. Yo no soy digno de conocer su nombre, tan solo le sirvo —susurró Ojos de Serpiente,

todavía aturdido—. En la comunidad se le conoce como...

En ese momento, dos adolescentes, que andaban por la acera entre cuchicheos y risas, se pararon donde ellos estaban. Flanagan escondió la pistola en su costado, y Ojos de Serpiente aprovechó para retroceder unos pasos y pegarse a la espalda de la pareja. Estos, al notar la intromisión, se miraron, desconcertados, y siguieron caminando en silencio. Ojos de Serpiente continuó pegado a ellos, como si se tratara de un amigo más.

Flanagan se quedó con un pie apoyado en el bordillo y el cuerpo encorvado, viendo con resignación como la suerte le sonreía otra vez a aquel tipo. Podía hacer lo mismo que él, pero aquello atemorizaría a los jóvenes. Cuando giraron hacia la derecha en la esquina, Ojos de Serpiente paró un momento para mirar al detective con desdén. Entonces movió los labios. No lo oía, pero comprendió lo que aquel demonio le estaba diciendo: «Vas a morir, vas a morir, vas a morir...».

Flanagan estaba preparando su primer desayuno en su nuevo hogar. Había bajado antes al pequeño supermercado de la calle paralela y comprado solamente lo necesario. También, cómo no, un par de botellas de un buen escocés. El silbido de la vieja cafetera y el aroma que se expandía por la cocina indicaban que el café ya estaba listo. Dejó de untar las tostadas con crema de cacahuete y de leer el periódico, y apagó el fuego. Ambas cosas se las había llevado el Charrúa a primera hora de la mañana. «Esta crema la envasa un amigo mío», le dijo.

El Charrúa había encolerizado al enterarse de que el detective había utilizado el túnel «sin un motivo justificado». Le repitió que solo debía recurrir a él en caso de que la policía lo visitara, y no para jugar a perseguir espías. Flanagan aguantó en silencio la bronca, asintiendo, y le prometió que no volvería a ocurrir, aunque eso no calmó los nervios del gitano.

Pero el Charrúa, a lo que en realidad había ido, era a enseñarle el periódico. Flanagan Salamero Lewis aparecía, en primera página y a todo color, como presunto asesino de Miguel Cánovas, profesor y pintor. La noticia informaba de que se hallaba en paradero desconocido. La Fiscalía había ordenado su detención y la policía lo estaba buscando.

Flanagan releyó el artículo, escrito con un tono que daba por hecho su culpabilidad. El asesinato de un profesor universitario inquietaba a los ciudadanos más que si la víctima fuese, por ejemplo, un mendigo. En un caso como este, urgía saber el nombre del culpable, y ahí estaba la prensa para satisfacer esa demanda. La manipulación de los medios era acatada con total indiferencia por la sociedad, que ansiaba librarse de cualquier desgracia que amenazara su estado de confort. La veracidad carecía de relevancia, y a Flanagan le tocaba ser la cabeza de turco. No había sido el autor del disparo que había matado a aquel pobre muchacho que «había dedicado su vida a las nobles tareas de la docencia y el arte», pero aquel periódico se saltaba la presunción de inocencia y, además de señalarlo como culpable, ilustraba la noticia con una fotografía suya. Al menos, habían tenido el detalle de usar una de cuando era joven, pensó el detective con ironía. Pero era consciente de que, a partir de entonces, cualquiera podía reconocerlo.

El fragor del taladro de una obra cercana cortó su reflexión. El ruido, bastante molesto, lo obligó a cerrar la ventana. Al hacerlo, se quedó contemplando a una señora que paseaba con una niña pequeña cogida de la mano. El abrigo de la mujer, verde esmeralda, le recordó a Ojos de Serpiente.

Aquel diablo siempre conseguía escapar. Era un tipo listo, pues había averiguado su paradero de forma inmediata, ¿o tal vez lo había tenido pegado las veinticuatro horas del día? Durante el interrogatorio interrumpido, había dicho que el cuadro representaba «una ofrenda». ¿Tenía relación

aquello con las propiedades mágicas que le atribuía la señora Decourt? ¿Qué hacía aquel lienzo?, o, mejor dicho, ¿qué esperaban exactamente de él quienes lo habían robado? Por otra parte, había reconocido que pertenecía a una comunidad, y tanto Culten como Miguel Cánovas le habían confirmado que el símbolo que había perdido era de una secta peligrosísima.

Contando con que la señora Decourt estaba relacionada con Ojos de Serpiente y, por lo tanto, ella debía pertenecer también a esa comunidad, ¿era posible que la secta a la que se habían referido sus colaboradores y la comunidad fuesen la misma? Es decir, ¿la responsable del robo del cuadro, a su vez, intentaba recuperarlo? ¿La que lo contrató a él para encontrarlo y la que se lo impedía? Totalmente ilógico.

Concluyó que había, como mínimo, dos organizaciones implicadas en el caso. Por un lado, la comunidad a la que pertenecían Ojos de Serpiente y la señora Decourt, víctima del robo; y por el otro lado, la secta que se había adueñado del cuadro gracias a la colaboración de Felipe Gutiérrez y el señor Birth, encargados de robarlo y venderlo. Posiblemente, las dos eran satánicas y el cuadro tenía una característica, relacionada o no con el diablo, que lo hacía apetecible para ambas. Pero dos piezas no encajaban en ese razonamiento: ¿por qué Ojos de Serpiente llevaba la libélula, símbolo de una organización que no era la suya?, ¿y por qué lo espiaba?

Para resolver la primera pregunta, solo se le ocurrían dos respuestas. Ojos de Serpiente tenía ese colgante por casualidad, tal vez lo hubiese robado; o bien era miembro de los dos grupos. Y quizás lo espiase para comprobar que iba en el camino correcto, es decir, Ojos de Serpiente hacía el seguimiento del dinero invertido por la señora Decourt, o la organización a la que perteneciera, para recuperar su cuadro. Pero, al plantear esta hipótesis, faltaba un detalle: ¿cómo era posible que no supiese que el cuadro había sido robado? Sus palabras exactas habían sido: «La señora Decourt me ha asegurado que el cuadro sigue bajo su custodia». Necesitaba recabar más pistas para responder a todas esas preguntas.

Se bebió de un solo trago la que era su quinta copa de *whisky* del día cuando su móvil sonó. Al cogerlo, se quedó paralizado. Era Carolina. Dudaba si debía contestar o no. El fuego que recorría su cuerpo lo impulsaba a hacerlo; pero su mente, sumida en la perplejidad, le recordaba el caos en el que se había convertido su vida y le indicaba que ignorara la llamada. El dedo índice de su mano libre se alargó como si tuviese plena autonomía y pulsó el icono de descolgar.

—Hola —dijo Flanagan, manteniéndose a la expectativa, sin saber exactamente de qué.

—Hola, ¿cómo estás? —dijo ella después de unos segundos.

—Bueno, te podría decir que bien, pero lo cierto es que estoy un poco jodido...

—Lo siento mucho, de verdad. —Carolina guardó silencio de nuevo.

—¿Qué sientes?, ¿que esté jodido?

—Eso también, pero me refería a lo que pasó entre nosotros la última vez que estuvimos juntos. No tenía derecho a juzgarte, y, menos aún, en un momento tan difícil para ti. Eres dueño de tus actos y de tu forma de vivir; y la vida no es fácil, para nadie. Cada uno sobrevive a su manera.

—No, la vida no es fácil. Y aunque parezca que las cosas están mal hoy, mañana pueden estar mucho peor. —Su voz sonó a lamento.

—Así es. También te pido perdón por no haber respondido a tus llamadas.

—Si te sirve de consuelo, hace un minuto yo tampoco tenía claro si lo iba a hacer —dijo él, restándole importancia.

—Y estás en tu derecho. Si no me hubieras contestado, nada te podría reprochar. Flanagan, me gustaría que nos viésemos.

Buscó las palabras adecuadas para que no se tomara la frase como un rechazo, pero no las encontró.

—No, no es un buen momento...

—Lo entiendo —cortó ella, evitándole así una explicación incómoda.

—No sé si estás al corriente de mi situación, pero no es, en absoluto, alentadora.

—Sí, hasta cierto punto. He leído los artículos de los periódicos, no te dejan en muy buen lugar.

—La verdad es que no. Me han colgado el cartel de asesino, pero mi conciencia está tranquila.

—Yo confío en ti, Flanagan, por muchas mentiras que cuenten los demás. El tiempo pondrá a cada uno en su sitio.

—He de colgar ya. Si la policía me ha pinchado la línea, podría averiguar dónde estoy. Voy a encontrar a esos cabrones que mataron al profesor, aunque sea lo último que haga en mi vida —dijo Flanagan con determinación—. Adiós, Carolina. No te preocupes por mí, estaré bien.

—Adiós, Flanagan.

A él le pareció oír un leve sollozo de fondo. Después, Carolina colgó.

Permaneció con el teléfono pegado al oído, como si la conversación continuara. Le había faltado valor para decir algo de vital importancia y que le roía por dentro; pero no era capaz de transformarlo en palabras, al menos, de momento.

Cuando despertó, abrió la ventana de la cocina. El sol brillaba con intensidad y el fuerte viento de días atrás se había convertido en una brisa apenas perceptible. La noche anterior, después de hablar con Carolina, había recibido otra llamada. Se trataba de la señora Decourt. Tras reprocharle su incompetencia por no haber recuperado todavía el cuadro, se lamentó por haberlo contratado. Quería el cuadro ya, no estaba dispuesta a esperar más. Flanagan estaba acostumbrado a los continuos azotes de su clienta; pero, harto de ellos, se limitó a contestar con monosílabos hasta que la señora Decourt se cansó y colgó sin despedirse, como era habitual en ella.

En el instante en el que el Charrúa llamó al timbre, Flanagan llevaba casi una hora esperándolo sentado en una silla de la cocina. El gitano le había dicho que pasaría a por él para contarle algo y que salir de su escondrijo le vendría bien, pero por la puerta, no por el túnel. La carcajada que soltó tras esas palabras indicaba el fin de su cabreo porque había utilizado el conducto secreto.

Al verse, se dieron un fuerte apretón de manos y un abrazo caluroso. El Charrúa se interesó por su adaptación al refugio, a lo que Flanagan respondió, simulando un aire nostálgico, que echaba de menos su antiguo barrio, pero que, por todo lo demás, mejor no le podía ir.

Entraron en un bar que se encontraba en un callejón. Era discreto y poco frecuentado. Aun así, Flanagan se había puesto una gorra negra y unas gafas de sol oscuras que le tapaban gran parte del rostro para pasar desapercibido. Además, su barba empezaba a ser espesa.

El camarero, sentado detrás de la barra, se levantó al verlos y saludó al Charrúa mientras lo contemplaba con admiración. Después les sirvió un par de cañas y les cortó una ración de jamón.

—Al final querrás vivir en este barrio para siempre, ya verás —le dijo el Charrúa a Flanagan, propinándole dos palmaditas cariñosas en la espalda.

—Para siempre es mucho tiempo, pero si continuas cuidándome así de bien —Flanagan señaló las cañas y el plato de jamón con un movimiento de cabeza—, es posible que me convenzas.

—Conmigo nunca te faltaría nada. Te lo puedo proporcionar todo: casa, trabajo... Incluso mujer si me la pides. —Le guiñó un ojo.

—¡Anda, Charrúa! No sabía que ejercieses también de celestina —dijo Flanagan con las cejas arqueadas.

—No, estaba pensando en ofrecerte la mía. ¡Toda para ti! —Rio el Charrúa con gran regocijo—. Oye, Flanagan, necesito decirte algo serio: mañana por la noche no quiero que entres en el túnel bajo ningún concepto.

—¿Tienes previsto guardar algún botín? —preguntó el detective con ironía.

—No tengo ni idea. Como te dije, ese piso no es mío. Eso es todo lo que me ha pedido el dueño.

—Ningún problema por mi parte. Lo que tú me digas, yo... —Flanagan dejó la frase sin acabar y prestó atención a la noticia que retransmitían en ese momento—. Perdona, chaval, ¿te importaría subirle el volumen? —le dijo al camarero, señalándole el televisor que tenían enfrente.

El periodista, con voz desgarradora para los oídos del detective, repitió lo que segundos antes había perturbado: Culten había aparecido muerto en el embalse de Navacerrada. El personal encargado de la conservación del embalse había hallado el cadáver hacía unas horas. Según fuentes policiales, se trataba de un suicidio, y la posible causa era la mala racha por la que estaba atravesando el policía. En la pantalla se veía el gran despliegue policial en el lugar de los hechos. Varios de sus compañeros, conmovidos por la pérdida, destacaban lo buen policía y lo buena persona que Culten había sido.

Flanagan se sumió en una profunda consternación. Tenía muy claro que la banda de criminales a los que investigaba era la que había asesinado a su amigo. Su ayuda había tenido un desenlace igual de trágico que el de Miguel Cánovas. Lo de la mala racha era una mentira colosal. Culten le había manifestado sus ganas de vivir y, por encima de todo, la responsabilidad hacia sus hijos. Lo vio motivado en su trabajo y regocijado con su familia, por eso le había pedido que no contactara con él, para proteger su vida y, sobre todo, la de los suyos.

El corazón se le aceleró a una velocidad vertiginosa, el nudo de su garganta le impedía respirar. En su mente se apagó cualquier luz que hubiera en ese momento, y se colmó de oscuridad. Era incapaz de conectar ninguna idea con un mínimo de significado. La noticia había sido el golpe de gracia a su caótica existencia. Regresó a un terreno inerte en el que ya había estado. Volvía a tocar fondo.

—Flanagan, ¿te encuentras bien? —Charrúa contemplaba con perplejidad su rostro desencajado y su mirada enajenada.

El detective parecía abducido por un ente de otro mundo. No contestó. Ni siquiera hizo el menor ademán que corroborase que, más allá de su cuerpo, él estuviese allí en aquel instante.

—¿Flanagan? —repitió el Charrúa, asustado, mientras le apoyaba la mano en la espalda.

—Sí, sí... —reaccionó por fin—. Me tengo que ir... Lo siento.

—Pero ¿qué pasa? ¿Te ocurre algo? —voceó el Charrúa cuando Flanagan ya salía por la puerta sin despedirse.

Cruzó la calle sin reparar en los coches y aceleró el paso hasta que llegó a la pequeña tienda. Como hipnotizado, fue directo a la sección de licores. Con un *whisky* en la mano, caminó hacia la cajera pelirroja, que, ante la ausencia de clientes, se limaba las uñas. El detective sacó un billete de veinte euros de su bolsillo y lo lanzó encima de la caja, sorprendiendo así a la chica, que no se había dado cuenta de su presencia.

Al salir, Flanagan se apoyó en el lateral de un Renault Megane aparcado allí y desenroscó el tapón

de la botella. Tomó el primer trago con gran fruición y volvió a cruzar a la otra acera, repitiendo el mismo gesto. Un par de viejecitas que pasaban por su lado le dedicaron miradas atentas y llenas de desdén. El alcohol empezó a recorrer su organismo, disipando la ansiedad acumulada, preludio de un largo y apacible estado de sosiego. Caminaba despacio, con una multitud de emociones girando como aspas de molino dentro de él.

Llegó al piso y se dejó caer en el sofá, extenuado y borracho. Continuó vaciando la botella mientras su cabeza encallaba igual que un barco en la arena. El veneno del remordimiento se apoderaba de él sin la menor condescendencia. Él, y solo él, era el responsable de la muerte de su amigo, de que su familia se quedase sin la figura paterna. Se sentía corroído y sucio. La poca dignidad y autoestima que había conservado hasta entonces acababan de estallar en mil pedazos. Como si la casa se hubiese llenado paulatinamente de una niebla espesa, todo se volvió borroso. Los objetos se duplicaban y giraban como en un tiovivo. Hasta que sus ojos se cerraron, y el fragor de la batalla librada en su interior enmudeció.

Recostado en el asiento de detrás de un taxi, Flanagan veía pasar la ciudad. Hacía caso omiso a la conversación trivial del taxista, limitándose a asentir cuando este lo buscaba con la mirada a través del espejo retrovisor. Al llegar al lugar indicado, el taxista le comunicó el importe con un aire de gratitud, quizás fruto de la ausencia de objeciones a su insufrible monólogo.

El detective tenía el ánimo hecho trizas. Las pastillas de paracetamol que se había tomado no fueron suficientes para librarlo del mareo y la jaqueca. Además, continuas náuseas le revolvían el estómago, ya de por sí aquejado por el dolor. Era la devastadora resaca del maratón etílico realizado dos días antes.

Una vez estuvo en el portal, no le costó encontrar el timbre, situado bajo el rótulo con el nombre de los propietarios. El ascensor se paró en la séptima planta, y abrió la puerta. En el rellano lo esperaba una mujer vestida con una bata de color marrón oscuro, el pelo apenas peinado y el rostro desencajado. Era María, la viuda de Culten.

Se mantuvieron abrazados y sin decir nada durante un rato. Sobre su hombro, María descargaba un llanto descontrolado que iba penetrando en él. Cuando la viuda recuperó, en cierta medida, la serenidad, le hizo un gesto para que entrase en su piso.

—¿Cómo estás, María?

—Bien... —dijo ella, y empezó a llorar otra vez.

—Lo siento mucho. Ha sido una gran pérdida, para todos.

—Gracias, Flanagan. Culten siempre te consideró un amigo muy querido —balbució María entre sollozos.

—Me hubiese gustado asistir al funeral, pero con mi situación...

—Lo sé, Flanagan. Fue mucha gente. Culten era apreciado tanto en la comisaría como fuera de ella.

—El cuerpo ha perdido a un magnífico policía y el mundo a una gran persona.

—Sí. Fue un padre ejemplar, y también un buen marido. Ese hombre del que una vez me enamoré consiguió, con el paso del tiempo, que creciese lo que sentía por él. Nunca tuvimos una crisis, ni siquiera la más mínima pelea. Sabía dar su brazo a torcer, o convencerme a mí para que cediese. Yo pensaba que Culten era feliz... —María lloró de nuevo. Flanagan se acercó a ella y la abrazó.

Se desahogó entre sus brazos hasta que recobró el control de sí misma.

—Él me decía que tenía cuanto podía desear. Que no necesitaba nada más y que se consideraba el

hombre más afortunado del mundo. —Su voz se quebró—. Teníamos planes de futuro. Estábamos mirando una casa en las afueras de Madrid, pensábamos hacer un viaje a Nueva York durante sus vacaciones... Se mostraba tan ilusionado viendo crecer a nuestros hijos. No lo entiendo. ¿Por qué se quitó la vida? ¿Qué es lo que le amargaba tanto y que yo no fui capaz de detectar? —María miró a Flanagan y volvió a abrazarlo entre sollozos y lamentos ininteligibles.

Se sentía más incómodo que nunca. No sabía si era conveniente decirle la verdad, que a su marido lo habían asesinado. Tenía todo el derecho del mundo a conocer el motivo real de su súbita viudedad, pero estaba tan desolada que el detective pensó que ese no era el mejor momento. De nuevo, la cólera se adueñó de él, entremezclada con el dolor por la pérdida de su amigo y su compasión por María. Y maldijo hasta la saciedad a aquella banda de satánicos asesinos.

En el rellano, se despidieron. Flanagan le dijo que podía contar con él para lo que necesitara. Ella le dio las gracias por todo y afirmó que iba a estar bien, que había sido un golpe durísimo, pero lo superaría por el bien de sus hijos.

Cuando apretó el botón del ascensor, María lo cogió del brazo.

—Espera, Flanagan. —Entró en su piso y, a los pocos segundos, salió con un sobre en la mano—. Esto es para ti. Culden me enseñó donde lo guardaba y me dijo que, en el caso de que él se tuviera que ausentar durante algún tiempo, te lo hiciese llegar. No lo he abierto, Culden dijo que era para ti, y a ti te corresponde hacerlo.

—Gracias, María.

Ya en la calle, se encendió un cigarrillo y le dio un par de caladas. Sacó el sobre del bolsillo. En su interior había una hoja de papel y, en ella, solamente una frase escrita:

«La secta que estás buscando se llama Libélulas Púrpura».

Capítulo VII

El secreto de la señora Decourt

Los primeros truenos estremecieron el cielo plomizo. El temor a la inminente lluvia vació calles y carreteras. Pero, en el momento que el taxi que transportaba a Flanagan llegó al taller de Toni, todavía no llovía.

Toni era un malhechor de poca monta que le debía unos cuantos favores desde su época en el cuerpo. Tenía en la actualidad un taller junto a un desguace de coches, con otros socios de dudosa reputación. Flanagan había escondido allí su coche. Además de guardárselo, Toni le había proporcionado un nuevo número de teléfono.

Cuando entró, un par de mecánicos lo miraron con indiferencia y continuaron con su trabajo. Por sus rasgos faciales, parecían extranjeros, probablemente de países del Este. Les preguntó por el dueño del taller, y el de más edad le señaló la puerta cerrada que había al fondo. Flanagan se dirigió hacia allí mientras contemplaba con curiosidad el mal estado en el que se encontraban aquellos coches.

Llamó a la puerta, y cuando alguien voceó «adelante», la abrió y pasó.

—¿Pero qué coño haces tú aquí? —le preguntó un corpulento pelirrojo con camiseta de tirantes sentado frente a un ordenador.

—Hola, Toni. Ya ves, he salido de casa y, aprovechando el espléndido día que hace hoy, me he dicho: «¡Voy a hacerle una visita a mi amigo!».

—¡No me jodas, Flanagan! Tienes a toda la jodida policía de Madrid buscándote, y te presentas aquí como si nada. Deberías estar escondido bajo una palmera de una isla del Caribe, con un cóctel entre tus manos y una mulata en tu jodido regazo. ¡Pero no, tú no, tú vienes aquí a causarme la ruina! —dijo Toni, encolerizado.

—Tranquilo, Toni. Recojo mi coche y me voy.

—Con él, enseguida te darán caza. —Toni se tranquilizó—. Te lo doy, pero te quiero fuera de mi taller ya.

—Me halaga tu hospitalidad —dijo Flanagan, sonriendo.

—Cuando te atrape la jodida bofia, vas a conocer de verdad lo que es la hospitalidad —dijo Toni, sorprendido por la imprudencia del detective.

—Ya la conozco. Recuerda que he sido policía. —Flanagan le guiñó el ojo derecho.

—Sí, y ahora eres un loco, ¡un jodido loco que conseguirá que nos encierren en la cárcel a todos!

Toni cogió una llave de una caja fuerte y salió apresuradamente de su despacho. El detective lo siguió, pasando otra vez por delante de los dos mecánicos, ajenos a lo que no fuese su labor.

—Por cierto, Flanagan. —Toni se paró y bajó la voz, como si temiese que alguien los oyera—. Estás en todos los periódicos, la has armado gorda. ¿Pero qué coño has hecho?

—Atracar a una viejecita. —Sonrió levemente.

Los ojos del dueño del taller estuvieron a punto de salir disparados.

—¡Estás como un cencerro! —sentenció Toni—. Te lo dejaré en la segunda bocacalle, con la llave

puesta. ¡Y la próxima vez avisa antes de venir, jodido chiflado! —Y se alejó.

El mecánico que le había dado las indicaciones al detective reía, agitando todo su cuerpo, pero sin apartar la vista y las manos del motor en el que trabajaba.

Flanagan se dirigió a la esquina. Chispeaba cada vez con más intensidad. El cielo estaba pasando de gris a negro. Anochecía.

Cuando se subió al coche, la lluvia caía en tromba y los rayos iluminaban cuanto había a su alrededor. Condujo a velocidad reducida, la que las condiciones meteorológicas adversas le permitían, mientras fumaba pausadamente un cigarrillo. Sacó de su chaqueta una petaca de *whisky* y le dio un sorbo. Aunque llevaba todo el día bebiendo, continuaba afligido. La imagen de la desconsolada viuda no se borraba de su cabeza. Volvieron a asaltarle los remordimientos, y también la rabia.

Llegó al chalé que había descubierto haciéndose pasar por el socio del señor Birth. La oscuridad de la noche y la fuerte lluvia hacían que la visibilidad fuese casi nula. Desde la puerta de la valla, iluminó el jardín con su linterna. Al fondo quedaba la casa, sin luz en ninguna de las ventanas. No había nadie. Los dos portentosos *rottweilers* se le acercaron entre gruñidos, mostrándole sus colmillos afilados y llenos de baba. Del bolsillo derecho de su gabardina extrajo un paquete de carne. Lanzó el primer trozo entre los barrotes, y el más avisado de los perros lo agarró y se apartó unos metros para comérselo plácidamente. Flanagan echó otro filete al segundo perro, confiando en que se lo comiera antes de que su astuto compañero se lo arrebatase. En cuanto terminaron, le gruñeron de nuevo, pero con menos intensidad. Se encendió un cigarrillo que la lluvia apagó de inmediato, aunque lo mantuvo en la boca. El agua se deslizaba por su cuerpo empapado. Al cabo de unos minutos, los perros ya estaban durmiendo en el barro.

Saltó la valla mientras varios relámpagos seguidos iluminaban el chalé, a unos cincuenta metros de él. Corrió hacia allí, no había tiempo que perder, pues el efecto de la droga dada a los perros era de corta duración.

Una vez estuvo en la entrada, sacó una tarjeta de crédito de su cartera mojada, la introdujo en la ranura de la puerta y la abrió tras un esfuerzo considerable. El truco, más propio de delincuentes, lo había aprendido en la policía en aquellos tiempos en los que se les permitía cometer estas pequeñas ilegalidades, siempre que las circunstancias lo requiriesen.

Encendió la linterna. El polvo acumulado indicaba que la casa estaba deshabitada. El salón ocupaba casi toda la planta baja. La decoración era rústica y los muebles se orientaban hacia una chimenea de mampostería situada en el centro. Las paredes estaban repletas de estanterías con un sinfín de libros y retratos en blanco y negro en los que aparecían rostros con un gran parecido a Gutiérrez; sin duda, eran familiares suyos. Se encontraba en una propiedad del antiguo comisario. Al fondo de la estancia había una escalera ancha.

Subió. Le resultó curioso el ruido que hacían los escalones al ser pisados. La madera debía de ser bastante antigua. Desde cualquier punto de la barandilla de la planta de arriba se veía la planta baja. Se metió en la habitación más cercana. De un vistazo, comprobó que era un dormitorio, sin nada interesante para él. Hizo lo mismo en las demás y, lamentablemente, el resultado fue el mismo.

Llegó a la última. Las paredes estaban cubiertas de estanterías, como las del salón, pero no eran de madera, sino metálicas, y contenían archivadores con la contabilidad de diversos negocios. Había una mesa en el centro, con un ordenador NeXTstation de principios de los noventa. Lo puso en funcionamiento. Solo guardaba archivos de las primeras versiones de Word y Excel con información

administrativa de la época en la que Gutiérrez era comisario. Parecía que en ese cuarto tampoco iba a encontrar nada interesante. Desesperado, se hundió más aún en el sillón y, al mover los pies, un ligero ruido le hizo percatarse de que en el suelo había algo. Se arrodilló, retiró la alfombra de un zarpazo y, con el roce de las yemas de sus dedos, detectó una fina ranura de forma rectangular. En un lado, un cerrojo con cerradura casi imperceptible. Era evidente: estaba ante una puerta.

Se incorporó y fue a una de las habitaciones. Cogió un vetusto candelabro de pie, en el que quedaban restos de lo que en su día había sido una vela, y regresó a la misteriosa puerta. Lo asió con fuerza y propinó repetidos golpes con la base, mientras las astillas salían disparadas como perdigones de un rifle. Cuando el orificio fue lo suficientemente grande, enfocó el haz de luz de la linterna. Ante sus ojos apareció una escalera de madera apoyada en la pared. Se apresuró a bajarla y, en menos de lo que dura un suspiro, uno de sus pies tocó el suelo.

Iluminó aquella sala de dimensiones reducidas cubierta por un manto de telarañas. Lo apartó con la mano que le quedaba libre, y lo primero que descubrió fueron unas lanzas carcomidas sobre la pared. Dos de ellas conservaban en un extremo un retal de lo que parecía haber sido una bandera. Una estaba mugrienta y enmohecida, pero la otra se conservaba bastante bien. Al extender el retal, de un color rojo vistoso, vio una esvástica nazi. «Vaya, ¿quién iba a pensar que Gutiérrez tenía esta debilidad ideológica?», pensó Flanagan, aunque de un tipo como aquel esperaba cualquier cosa. Dejó la bandera en su sitio. Le repugnaba su olor amargo y su horrible significado.

Continuó desenmarañando telarañas y llegó a una estantería repleta de libros. Ninguno le llamó la atención, pues, en apariencia, no estaban relacionados con lo que buscaba. Se fijó en una alacena con el cristal opaco por el polvo. La abrió y alumbró el interior. Había carpetas viejas y archivos. Los revisó minuciosamente. Eran anotaciones contables, fechas, palabras en clave y nombres de lugares. Una parte estaba en alemán, pero el resto en español.

En la primera carpeta había datos de Antonio María Blázquez Tarancón, cardenal arzobispo de Madrid y presidente de la Conferencia Episcopal. Un dossier fotográfico; la dirección en la que vivía, la de los distintos lugares a los que asistía y la de personas de su entorno; sus rutinas diarias y actos litúrgicos... También una hoja con un croquis; las líneas representaban una calle, y en el interior de ellas estaba escrito su nombre: General Díaz Porlier. Le sonaba que pertenecía al barrio de Salamanca. En medio, había dibujada una equis, de la que salía una línea recta y discontinua que llegaba hasta un cuadrado, seguramente uno de los edificios. Y en el lateral de la hoja, una fecha: 18 de abril de ese mismo año; es decir, dentro de tres semanas. Junto a ella, unas palabras: P. del Divino Cautivo. Sacó el móvil y puso la fecha y el texto en Google. Enseguida salieron diversos sitios web. Todos hacían referencia a una procesión de Semana Santa en Madrid. A eso aludía esa «P.». Comprobó que Antonio María Blázquez iba a participar en la procesión y en el acto litúrgico de ese día.

Entre carpetas y archivos, sobresalía un objeto hecho de un material duro. Al contrario de cuanto allí había, no tenía ni rastro de polvo. Se trataba del marco de un cuadro; al enfocarlo con la linterna, se dio cuenta de que era el de la señora Decourt.

Al abrir otra carpeta, encontró una fotografía en blanco y negro que le llamó la atención. En ella aparecía un hombre sonriendo. Vestía un traje de oficial nazi y cogía de la mano a una niña distraída. Se fijó en las facciones de la pequeña, que le resultaban familiares. En otra fotografía, salía la misma niña, pero ya adulta, con unos treinta años aproximadamente. En el reverso, un nombre escrito: Hertha Müller; y en el otro extremo: E. Decourt. Lo tuvo claro: esa «E.» correspondía a Elisabet, su

cienta, la señora Decourt. Y la mujer de las fotos, Hertha, debía de ser su madre, pues eran como dos gotas de agua.

Siguió revisando la carpeta y encontró el nombre del oficial alemán que cogía a Hertha: H. Himmler. Se detuvo en seco, estupefacto. ¿Heinrich Himmler, el líder nazi y jefe de las SS, vinculado con la familia de la señora Decourt? Continuó leyendo el dossier, que alternaba documentos en alemán y español. En una genealogía, confirmó que Hertha era hija de Himmler, y Elisabet Decourt, la hija de ella. ¡La señora Decourt era la nieta de uno de los más sangrientos nazis del Tercer Reich! Encontró otro documento que mencionaba la fecha de la llegada de Hertha a España: 12 de febrero de 1944.

Repasó los archivos restantes y los arrojó descuidadamente al suelo conforme los terminaba. Aludían con frecuencia a una desconocida «Sociedad Thule». En el capítulo de un documento, había una lista de ciudades de España relacionadas con ella: Madrid, Toledo, Segovia, Medina del Campo..., junto con direcciones y nombres completos de personas; y estos, a su vez, ligados con otros nombres. Le sorprendió uno: Ángel Murillo Henares, al lado del cual habían anotado «F. Franco». ¿Se refería al Generalísimo? Encontrar menciones a dos personajes históricos de tanta relevancia le pareció surrealista. ¿Qué tenía que ver Felipe Gutiérrez con esa documentación, árbol genealógico de la señora Decourt incluido? Quizás ese archivo histórico perteneciese a algún familiar suyo aficionado a la materia.

Había algo que hacía aquello más misterioso todavía. Las direcciones estaban en un alfabeto indescifrable para él. Observó la que acompañaba a la ciudad de Madrid:

«C/ ¥!† ◇§!α, n.º Δμ Madrid. 1995-1996».

Después de darle muchas vueltas, continuaba comprendiendo lo mismo que al principio, es decir, las abreviaturas de las palabras «calle» y «número» y los dos años. Debajo de la anotación de Madrid, había otra que captó su interés, ya que había un año de inicio, pero no uno de fin:

«¥§BB§† ∂§. Navacerrada. 1996-».

Con su teléfono móvil fotografió el documento de las direcciones y el resto de los papeles que consideró relevantes, hasta que oyó un golpe seco que provenía del exterior. Sacó su pistola del bolsillo, le quitó el seguro y apagó la linterna. Subió los escalones conteniendo la respiración. En la sala del ordenador, una ventana con la cortina abierta iluminaba vagamente el contorno de los objetos. Sonó otro ruido, de menor intensidad. Procedía de un sofá situado a su derecha. Inmóvil como una estatua, fijó su mirada en él. Algo se movía de un lado a otro. Encendió la linterna y lo alumbró. Un gato, indiferente ante su presencia, se divertía jugando con una pelota entre sus garras.

—Gatito, gatito —susurró.

De repente, un disparo retumbó en las paredes de la casa y la linterna cayó. Su haz de luz se proyectó en el suelo con movimientos circulares.

El Charrúa, sentado en una silla de la cocina y con los pies apoyados encima de la mesa, escuchaba música en una radio que tenía entre sus manos. Ese día, su semblante fúnebre y su mirada perdida reflejaban que su mente estaba en otro lugar, muy lejos de allí.

Cuando Flanagan lo saludó, apenas se inmutó. Al detective le sorprendió la visita sin previo aviso y el aspecto descuidado que presentaba su amigo.

—¡Madre mía, Charrúa!, pareces un cadáver. Quién te ha visto y quién te ve, ¿qué te pasa?

—A las mujeres de hoy en día no hay quien las entienda —dijo como si hablase consigo mismo.

—Ya te has peleado otra vez con la Asun, ¿verdad?

—Me ha puesto de patitas en la calle, y con una patada en el culo. Si te sentías solo en el piso, ya tienes un compañero.

—¿Y tú qué le has hecho para que te haya despachado así? Con lo que te quiere ella —dijo Flanagan, disimulando lo gracioso que le resultaba ver al Charrúa víctima de sus constantes embrollos de faldas.

—Ya hace días que la tengo encabronada. Se cree que me acuesto con todas las del barrio. Y la verdad es que no lo hago con ninguna, ni siquiera con ella, que me manda a dormir al sofá desde hace tiempo. Anoche no pegué ojo, dándole vueltas al tema. Me bajé a la calle a estirar las piernas y fumarme un cigarrillo, y cuando subí, allí estaba ella, esperándome en la puerta en camisón. No estuve fuera ni cinco minutos, y ella pensaba que venía de picos pardos.

Esta vez, Flanagan no pudo reprimir una sonrisa.

—Madre mía, Charrúa, siempre has sido un truhan, y ahora, que haces vida monacal, te quedas sin casa. —El detective soltó una incontrolable carcajada que contagió al Charrúa.

—Qué grande eres, Flanagan. ¡Venga, dame un abrazo! —Se levantó y lo estrechó entre sus brazos, dándole un par de palmaditas en la espalda—. Por cierto, ¿qué es ese rasguño que tienes en la sien? Parece una herida de bala.

—Es de alguien que no se alegró demasiado al verme, pero que tenía una puntería deficiente —dijo Flanagan con una sonrisa, aunque con el temor todavía metido en el cuerpo. Aquella bala había estado cerca de borrarlo del mapa la noche anterior, en el chalé del antiguo comisario.

—¿Puntería deficiente? ¡Pero si casi te vuelan la cabeza!

Flanagan había conseguido huir, evitando el enfrentamiento. No sabía cuántos eran exactamente ni quiénes, pero estaba en terreno desconocido y se apresuró a poner tierra de por medio. Al atravesar el umbral de aquella habitación, había rozado a alguien. Un contacto mínimo del cual no pudo extraer ninguna conclusión. Si la sala hubiese estado iluminada, no se habría salvado. La brecha que le provocó el roce del tiro le sangró a borbotones hasta que llegó al piso del Charrúa y se la curó.

Cuando Flanagan llegó al parque, Belinda ya estaba acodada en la valla de madera. El cielo encapotado, un viento que cortaba el alma y la niebla espesa daban al ambiente un aire tétrico. El detective llevaba una gorra con la visera bajada al máximo, unas gafas de sol negras, su gabardina azul y un pañuelo gris oscuro en el cuello, que le tapaba hasta el mentón. Belinda, con un pañuelo blanco con motas rojas en la cabeza y unas anchas gafas de sol de color marrón pálido, hizo un ligero movimiento de brazo al verlo.

—Belinda, siento el retraso. Confío en que su espera haya sido breve.

—No se preocupe, estar aquí me distrae.

—¿Aunque sea en un día francamente malo como el de hoy? —dijo él, con la vista fija en la oscuridad del cielo.

—Bueno, los he visto peores. Me imagino que su prioridad en este momento no es el tiempo atmosférico... —dijo Belinda, mostrando una sonrisa leve.

—Así es. Ahora no me puedo permitir el lujo de pasear por los parques para pasar el rato, aunque con usted haría una excepción.

—Me hago cargo. A mi edad, la vida ofrece ya pocas emociones, por lo que agradezco al destino que me brinde el honor de ayudar a la persona más buscada de Madrid. —Y rio su propia ironía.

—Belinda, ¿le suena de algo las Libélulas Púrpura? Es una especie de secta satánica.

—No, no me suena de nada. Creo que, con cualquier información relacionada con Satanás, Elisabet le será más útil que yo —respondió Belinda, con desdén al mencionar a su cuñada.

—¿Y la Sociedad Thule?, ¿conoce algo de ellos?

—Sí, la Sociedad Thule fue un grupo ocultista que se creó en Alemania durante la etapa previa al Tercer Reich. Uno de sus miembros, Anton Drexler, fundó el DAP, el Partido Alemán de los Trabajadores, que Adolf Hitler refundó más tarde y con el que llegó al poder.

—¿Y qué era exactamente?

—Una asociación que congregaba a pensadores alternativos. Así se definían ellos mismos, pero en realidad era un grupo heterogéneo de magos, espiritistas, estudiosos de ciencias oscuras, etcétera. También formaron parte de ella hombres que ocuparon después altos cargos en el partido nazi. De Hitler se dijo que fue miembro. Él lo negó, pero yo creo que sí, ya que sentía una gran atracción hacia el ocultismo.

—¿Y Heinrich Himmler, el jefe de las SS?, ¿perteneció a la Sociedad Thule?

—Sí, Himmler sí. Al contrario que Hitler, él siempre reconoció su pertenencia. Su obsesión con las fuerzas sobrenaturales y la búsqueda de objetos relacionados con poderes mágicos rayaba la locura. El régimen nazi organizó varias expediciones arqueológicas en diferentes países. Disponía de montañas de dinero a merced de su demencia.

—De todas esas expediciones, ¿alguna fue en España?

—Una de las más importantes... ¿Sabe qué estuvieron buscando? —preguntó Belinda. Era patente que le satisfacía hablar de ese tema.

—Por favor, sorpréndame.

—¡Ni más ni menos que el Santo Grial! El cáliz con el que Cristo bebió durante la última cena. ¡Aquí en España! —Belinda tapó a medias su sonrisa, fingiendo que su propia burla la azoraba.

—Lo cual me lleva a suponer que Himmler estaba muy bien relacionado con el gobierno español.

—Por supuesto, él y toda la cúpula del partido nazi; pero solamente con el régimen franquista. Durante la época de la Segunda República no les hubiesen dejado excavar ni una madriguera. En cambio, Franco, fiel admirador de Hitler, sus valores, sus objetivos y sus sueños, nunca se negó a esas expediciones, aunque muchas personalidades de su entorno se lo desaconsejaban. Imagínese, señor Flanagan: unos alemanes locos excavando para encontrar el objeto sagrado más anhelado por la cristiandad en un país que no era el suyo y en el que la Iglesia se erigía como uno de los pilares principales del régimen. ¿No le parece...? —Belinda no encontró la palabra para definir tal paradoja.

—Realmente increíble —dijo Flanagan, llevando su mano al mentón, fascinado por lo que oía—. Belinda, ¿y qué pasó con la Sociedad Thule? Me refiero a cuando derrotaron a Hitler y desapareció el Tercer Reich.

—La Sociedad Thule fue prohibida durante la Segunda Guerra Mundial, aunque no se sabe el motivo. Como le he dicho, muchos de los altos dirigentes del partido nazi pertenecían a ella, pero Hitler la disolvió, al igual que a otras organizaciones, en esa época. La leyenda vincula la ascensión

de Adolf Hitler y sus éxitos militares durante el primer periodo de la Segunda Guerra Mundial con el poder mágico que obtuvo de la Sociedad Thule. —Volvió a emitir una risa burlona, pero con menor intensidad que antes, mientras contemplaba cómo jugaban unos niños que se habían acercado a ellos—. Y la leyenda también afirma que la caída del Führer se debió a que, cuando prohibió la Sociedad Thule, dejó de beneficiarse de los poderes sobrenaturales que le había proporcionado. Los líderes de la organización escaparon de Alemania, y la rehicieron en otro país. Pero otra vez me estoy refiriendo a la leyenda.

—¿Es posible que la Sociedad Thule se estableciera en España, aprovechando la buena relación que, según usted, tenían sus líderes con Franco?

—No lo sé, a partir de entonces ya no hay constancia histórica de lo que pasó con ella ni tampoco existe, que yo sepa, ninguna leyenda. Pero si consideramos la buena relación que tenían con el Generalísimo, la probabilidad es alta. En mi opinión, si la Sociedad Thule buscó realmente un país para continuar, el más indicado, sin lugar a duda, era España.

—¿Me podría decir algo referente a este código? —Le enseñó la fotografía de las direcciones codificadas que había hecho en el chalé de Gutiérrez.

—Lo siento, desconozco esos símbolos.

—Muy bien, muchas gracias por todo, Belinda. Me ha sido usted de gran ayuda. Quisiera preguntarle una última cosa: ¿los antepasados de su cuñada son de origen español o provienen de algún país extranjero?

—Bueno, como ya le he dicho en varias ocasiones, ella es muy reservada, y conmigo más. Tampoco mi hermano me dijo nada al respecto. Lo único que le puedo decir es que alguna vez he oído conjeturas sobre que su madre debía de ser alemana.

Se despidieron dándose dos besos. Cuando Flanagan fue a separarse, ella sujetó con vehemencia su nuca y le susurró al oído:

—Flanagan, acabe con esos hijos de puta. Vengue el asesinato de Miguel Cánovas.

Flanagan llamó al timbre y permaneció a la espera, al abrigo de la oscuridad del rellano. La puerta se abrió y una mujer hermosa apareció en el umbral, vestida con ropa de estar por casa.

—¡Dios santo! ¿Qué haces tú aquí? —preguntó Carolina con cara de estupefacción. La camiseta que llevaba en la mano se le cayó al suelo.

El detective entró en el piso a la velocidad de un rayo y cerró con un manotazo. Después la abrazó y la besó con un frenesí propio de un sentimiento que ha estado reprimido durante una eternidad.

—No podía estar más tiempo sin verte. Y tú, ¿te alegras también de verme? —dijo Flanagan cuando sus labios se separaron.

—Claro que me alegro, tonto —dijo Carolina con el rostro enrojecido.

—Te he echado mucho de menos —le susurró al oído Flanagan.

—Tienes a toda la policía detrás de ti. Creí que no nos veríamos en muchos meses...

—Tranquila, he tomado mis precauciones. —Flanagan sacó la gorra y el pañuelo del bolsillo trasero de su pantalón.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó ella, un poco más relajada.

—Sí, una cerveza.

Pasaron al salón, excesivamente moderno para el gusto de Flanagan. Ella le indicó, con un gesto del dedo índice, que se sentara en el sofá, y se fue a la cocina. Unos segundos después, salió con un

botellín en cada mano.

—Flanagan, ¿cómo estás?

—Estoy viviendo en el piso que me ha prestado un amigo. De momento, bien, adaptándome. Y continúo con el caso. Aunque, como te he dicho, tomo siempre mis precauciones.

—Sí, como la de venir ahora a mi casa —dijo Carolina, y ambos rieron—. La investigación es solamente una más; trabajo, y ya está. Pero corres peligro, y creo que eso es lo que deberías solucionar en estos momentos.

—No, no es solo un caso, es la causa de la situación catastrófica en la que me encuentro. Mi supervivencia depende de desenmascarar a esa banda de asesinos. No tengo otra alternativa.

—¿Y no estarías más protegido si te entregaras a la policía y les contases la verdad? Con tu huida, parece que reconozcas tu culpa.

—Si me entrego, no me creerán. La gente a la que me enfrento tiene demasiado poder, y su influencia llega a todas partes. Sería, en el mejor de los casos, carne de presidio. Debo resistir —dijo Flanagan con resignación, y acto seguido, le dio un trago al botellín de cerveza y acabó de vaciarlo.

—Bueno, reconozco que me ha sorprendido verte mucho mejor de lo que esperaba. Y me alegro, te lo digo de corazón.

—Lo cierto es que hay muchas cosas que echo de menos. No sabía que le tuviera tanto cariño al cuchitril donde vivía, por ejemplo; extraño el bar de Manuel y, sobre todo, charlar con él, mi amigo y psicólogo particular. —En su cara apareció una sonrisa de nostalgia—. También echo de menos mi libertad, la que me permitía moverme a mi antojo.

—¿Y a mí no? —Carolina puso los brazos en jarra, fingiendo enfado.

—A ti es a quien más echo de menos. —Se acercó a sus labios y le dio el segundo beso de la noche.

—¿Y cómo es el piso donde vives?

—¡Uuuf, no es tan bonito como este! —le dijo una verdad a medias—. Te voy a enseñar unas fotos. —Sacó su teléfono móvil del bolsillo—. Puedes mirarlas tú misma. Mientras, voy a la nevera a por otra cerveza.

—No está mal tu nuevo hogar. No es espacioso, pero sí diáfano. Sobre todo, diáfano. Mejor así, te costará menos limpiarlo —bromeó ella, al ver que estaba casi vacío—. ¿Y esto?

—Ah, eso no tiene nada que ver. No te preocupes, creo que ya no hay más fotos del piso —dijo Flanagan al comprobar que había llegado a la imagen de las direcciones codificadas.

—Esto me suena una barbaridad —dijo ella, frunciendo el ceño y con la mirada fija en la pantalla.

—¿Cómo dices? —preguntó el detective, sorprendido.

—Creo que estos símbolos extraños ya los había visto antes.

—¿Ya los habías visto antes?, ¿dónde?

—Intento recordarlo. ¿Qué representan?

—Son direcciones. Este tipo de escritura no es nada habitual.

—Mmm. Puede ser que los viera en... No me acuerdo. Lo siento.

—Carolina, es muy importante que recuerdes dónde. Podría ser crucial para el caso —dijo él con el semblante serio.

—Flanagan, me estás asustando... —Pensativa, miró el cuadro abstracto que colgaba de la pared—. ¡Me acabo de quedar bloqueada!

—Está bien, no te preocupes. Intenta recordarlo en otro momento —dijo él, y ella se tranquilizó.

—Vale, pero no te prometo nada. —Le guiñó un ojo.

—Sé que lo recordarás, confío en ti.

—Eres un cabezota, pero te quiero igual —dijo Carolina mientras le rodeaba el cuello con un brazo y se acercaba lentamente.

Más tarde, el tiempo se ralentizó hasta quedar suspendido. El vocerío de la gente y los motores de los coches que circulaban por la calle se silenciaron. Y el mundo entero dejó de existir más allá del contorno de la figura ficticia que dibujaba el movimiento de los cuerpos de Flanagan y Carolina, colmados de amor.

El sol lucía sereno y brillante, acorde con el estado de ánimo del detective. Los pajaritos cantaban a su alrededor, o, al menos, eso le parecía a él. Hacía mucho tiempo que no se sentía así de bien, el mismo que había estado sin ver a Carolina. Con ella, se difuminaban sus penas y se evadía de la encrucijada a la que le había abocado el destino, o, mejor dicho, el caso Decourt.

Con la gorra bien calada y las gafas de sol negras ocultándole gran parte del rostro, paseaba sin dirección fija y con la mente relajada. Un niño, de unos cuatro o cinco años, se soltó de la mano de su madre y se acercó a Flanagan para enseñarle la pelota de espuma azul que llevaba. Él se detuvo y le acarició los rizos rubios, hasta que la madre volvió a coger a su hijo y, con una sonrisa simpática, le agradeció el gesto cariñoso que había tenido.

Al cabo de un par de horas, decidió dar un descanso a sus piernas, atraído por el cartel de un bar. Solo había un camarero y dos jubilados que discutían apasionadamente en la barra. El motivo no era otro que el penalti señalado a favor del Málaga en el partido de liga contra el Real Madrid del fin de semana anterior. Uno de los hombres tenía el sentimiento futbolístico alineado con su acento andaluz y había visto con buenos ojos la acción punitiva del colegiado; el otro, en cambio, un aficionado merengue de pura cepa, dejaba escapar por su boca toda una retahíla de insultos dedicados al árbitro. Flanagan se sentó en un taburete y a una distancia prudencial para no sufrir con los gritos del enfurecido debate.

En cuanto el camarero le sirvió el *whisky* doble, dio el primer trago para saciar su gatzate. Entraron dos jóvenes con cierto aire distinguido. Comentaban alguna anécdota graciosa y reían casi al unísono. Se situaron en el rincón izquierdo de la barra, de forma que Flanagan quedaba entre ellos y la pareja de jubilados. Los tipos sonrieron al camarero, como si allí no hubiese nadie más. A los refrescos de naranja y de cola que habían pedido los acompañó con un plato de algo imposible de reconocer por su aspecto. Flanagan miró su reloj. Aún no era mediodía, con lo que tenía tiempo suficiente para tomarse una más. Apuró de un trago el *whisky* que le quedaba y, aprovechando la atención que le dedicó el camarero cuando oyó el golpe del vaso sobre la barra, le solicitó otra copa de lo mismo.

Mientras el camarero alargaba el brazo para coger la botella de un anaquel a considerable altura, Flanagan advirtió que uno de los jóvenes no le quitaba ojo. Eran bastantes indicios para concluir que estaba en problemas, así que agarró el brazo que empezaba a llenarle la copa.

—Suficiente; me acabo de acordar de que tengo prisa. —El camarero lo miró con cara de sorpresa. El detective dejó un billete encima de la barra, se bebió de un trago lo que le acababa de poner y, dando un bote, se levantó del taburete—. Quédate con el cambio.

Salió del bar con tranquilidad, confirmando de reojo, a través de sus gafas de sol, que aquel tipo

continuaba sin apartar la mirada de él.

En la calle, aceleró el paso. Al recorrer unos cincuenta metros, giró la cabeza un instante. Los dos jóvenes iban detrás de él. Como había sospechado, eran policías de paisano. Corrió tan deprisa como sus piernas le permitieron, zigzagueando entre la gente. Volvió a girarse. Tenía a uno casi pegado a su espalda. Su libertad, o lo poco que le quedaba de ella, estaba en inminente peligro; en concreto, a unos veinte metros de podrirse en la cárcel. El policía no daba muestras de fatiga, pero un alud de sudor caliente recorría el cuerpo del detective y le nublaba la vista. Paró y se limpió los ojos. La entrada de un gran almacén apareció ante él. Como no se le ocurría otra alternativa, entró.

La planta baja correspondía a la sección de ropa de mujer. Una multitud heterogénea de señoras hurgaba entre los montones. Algunas de ellas miraron, extrañadas, al exhausto y acalorado Flanagan. Recordó que era la época de rebajas, tan desagradable para él. Intentaría aprovechar el tumulto.

Lo primero que hizo fue desprenderse de su gabardina azul y de la gorra. Las hizo una bola y las camufló entre la ropa desordenada de una de las mesas rodeada de brazos de mujeres que se movían con frenesí. Llegó a la sección de abrigos y enseguida se fijó en uno sencillo, color verde safari, con el que pasaría desapercibido. Desgraciadamente, las tallas de ese modelo eran pequeñas para él, y lo mismo sucedía con el resto. Solo vio uno en el que su cuerpo podía caber: un abrigo rosa fluorescente, con anchos botones dorados y dos rayas negras en cada hombro. Una prenda de gran utilidad si en alguna ocasión decidía subirse a una de las carrozas del Día del Orgullo LGTB, pensó con ironía el detective. En cualquier caso, era el único de su talla, así que se lo puso.

Se dirigió a los sombreros. Una dependienta no cesaba de mirarlo y sonreír. Flanagan dudó si lo hacía llevada por una gran profesionalidad o por la hilaridad que le provocaba la presencia de un friki de semejante calibre. Le preguntó si podía ayudarlo en algo, pero él no supo qué contestar. Su silencio la sorprendió, más aún si cabía, y se despidió de él, no sin antes aconsejarle que diera un vistazo a las ofertas de bodis y picardías, en la sección de ropa interior. Flanagan le agradeció la recomendación y, al instante, ya tenía puesto un sombrero negro de ala corta hecho de rafia, que no llamaba la atención.

Muy cerca de él vio lo que más necesitaba en ese momento: una puerta que daba a una calle diferente. Pagó las prendas aprovechando una caja libre y se dirigió a dicha salida.

Ya en la calle, comprobó que no había ningún policía alrededor y, en cuestión de segundos, desapareció de aquel lugar.

La señora Decourt pasó a recogerlo con su coche, como siempre conducido por su chófer, en la dirección que le había facilitado. Quería conocer en qué punto se encontraba la investigación del robo del cuadro.

Cuando subió, el detective le hizo un saludo vago. La señora Decourt le contestó lanzándole una escueta mirada de desdén. Dieron una vuelta por Madrid, sumidos en el más absoluto silencio, y después salieron al extrarradio, dirigiéndose hacia la Sierra Norte. Una vez allí, la recorrieron a una velocidad moderada, como si estuvieran disfrutando del paisaje en un paseo dominical.

De repente, la señora Decourt clavó sus ojos en él.

—Señor Flanagan, ¿ha recuperado ya mi cuadro?

—No, siento informarle de que todavía no...

—¿Tiene, pues, alguna novedad que contarme al respecto? —le cortó ella.

—Sí, y bastante importante: sé quién lo robó.

—¿Y quién fue?, si puedo saberlo.

—Gutiérrez, Felipe Gutiérrez, antiguo comisario y, en la actualidad, responsable de la Jefatura Central de Investigación de la Policía. —Flanagan observó como a ella se le crispaban las facciones y los ojos se le ponían de color sangre—. ¿Lo conoce?

—No, no me suena absolutamente de nada —dijo la señora Decourt después de guardar silencio durante un rato y mostrar una gran incomodidad—. Señor Flanagan, voy a decirle algo: ya no me hace falta el cuadro, así que voy a prescindir de sus servicios. Abandone el caso.

—¿Ya no quiere el cuadro?, ¿por qué? —preguntó Flanagan, un tanto sorprendido.

—Ese asunto no es de su incumbencia.

—Por supuesto que lo es. —Su tono de voz se tornó rudo por primera vez con la señora Decourt—. Usted me ha ocultado información trascendental desde el principio, sobre todo la referente al significado del cuadro y qué finalidad tiene para usted. Cuando me contrató, debería haber empezado explicándome qué es la comunidad, a la que pertenecen tanto usted como el demonio que a veces la visita.

—No sé de qué me está hablando. Pero usted no necesitaba conocer si yo pertenezco a alguna organización...

—¿Cómo que no? Me hubiese ayudado a llegar hasta la persona que le robó el cuadro —le cortó Flanagan, exaltado.

—Pero ahora ya lo sabe, ¿no? Me acaba de decir que el cuadro lo tiene ese tal Gutiérrez.

—No, Felipe Gutiérrez lo robó, pero no para quedárselo. Se lo ha vendido a una peligrosa secta.

—Da lo mismo... El cuadro ha dejado de interesarme. En cuanto a usted, el señor Birth y yo le facilitamos toda la información de la que disponíamos, tanto del cuadro como de su robo, para que pudiese recuperarlo.

—Información que no hizo más que confundirme. ¿Tenía usted plena confianza en lo que dijo el señor Birth?

—Totalmente, y la sigo teniendo —dijo la señora Decourt, recostándose en el asiento con un ademán que denotaba su seguridad en sí misma.

—Señora Decourt, la consideraba mucho más inteligente —dijo Flanagan, con una sonrisa burlona—. El señor Birth, que por dinero sería capaz de vender a su propia madre, está vinculado con el crimen organizado.

—Que yo sepa, el único criminal que hay en todo esto es usted.

—Se equivoca. Si la policía me busca, es por culpa de la secta que tiene el cuadro. Ellos han movido los hilos necesarios para inculparme.

—Desconozco los hechos, y tampoco me interesan; pero usted se metió en el chalé de Gutiérrez. Por si no lo sabe, señor Flanagan, el allanamiento de morada es delito en este país. Se ha excedido en sus libertades como investigador, y comprendo que ahora haya gente, tanto dentro de las fuerzas del orden como fuera de ellas, que quiera ajustarle las cuentas —dijo la señora Decourt con gran satisfacción.

—Un momento... Yo no le he dicho nada del chalé de Gutiérrez. ¿Cómo dispone usted de esa información? —El detective reflexionó: solo él sabía que había estado allí... Y la persona que le disparó, también. ¿Era posible que fuese la señora Decourt?—. Entrar en el chalé me ayudó a confirmar que él era el autor del robo. Es un delito sin importancia, contando con que dos de mis colaboradores han sido asesinados durante la investigación.

—Bueno, la policía no opina así, pero ese no es mi problema. En fin, señor Flanagan, veo que no se encuentra en una situación demasiado alentadora, pero le informo de que, si se le va la lengua en cualquier detalle referente al caso, todavía se le complicará más. Hasta tal punto que será usted mismo el que corra a entregarse, en busca del abrigo de una celda. Quizás allí logre usted vivir más tiempo. —Rio la señora Decourt, llena de malicia.

—Sí, pero antes podría pasarme por un medio de comunicación y descubrirle al mundo entero sus antepasados nazis; y que es usted nieta de Heinrich Himmler. Sería portada de las revistas durante meses, más que suficiente para que la *jet set* con la que usted se codea le colgara el cartel de proscrita para siempre.

—Veo que ha averiguado mucho, ¡demasiado! —Sacó una pistola de su bolso y apuntó a Flanagan—. Sepa que no disparo ahora mismo por no estropear la tapicería del coche; pero, con la información que usted posee, no puedo dejarlo con vida. —Le hizo un gesto al chófer, que desde que había visto por el retrovisor como la señora Decourt empuñaba el arma, se giraba continuamente, esperando indicaciones.

—Al igual que hizo con su marido. ¿También él averiguó demasiado o simplemente usted se cansó de sus devaneos amorosos?

—Nosotros fuimos un matrimonio liberal en todos los sentidos, él tenía su vida y yo la mía. Mientras las cosas fueron bien, no hubo secretos entre nosotros; pero, cuando se torcieron, establecimos una línea roja en nuestra relación. Así estuvimos durante muchos años, hasta que recientemente él quiso franquearla, sin tener en cuenta el peligro de los obstáculos que había al otro lado —dijo la señora Decourt, como si reflexionase en voz alta.

—El obstáculo, es decir, usted. Así que le suministró un somnífero y después le inyectó la sobredosis de heroína.

—Sí, escopolamina, conocida coloquialmente como burundanga o el aliento del diablo. Su principal característica es que no deja rastro en la sangre. Yo me encargué de suministrarle las dosis, de todo lo demás se ocuparon otros, incluidas las gestiones necesarias para que no hubiese problemas con la ley. Luego me limité a fingir unas lágrimas cuando declaré ante la policía y en el funeral.

—Su interpretación fue digna de ganar un premio Óscar. Nadie puso en tela de juicio la versión oficial de que su marido se había suicidado, nadie excepto Belinda, su cuñada. Ella está segura de que a su hermano lo han asesinado. Me fue de gran ayuda, la verdad.

—Belinda, siempre omnipresente —dijo la señora Decourt con una mezcla de admiración y odio—. Señor Flanagan, me recomendaron que lo contratara a usted para recuperar el cuadro. Cuando lo conocí, me pareció un detective acabado, alguien gris e incapaz de averiguar nada. He de reconocer que lo infravaloré; usted tiene talento, lástima que me vea obligada a ponerle fin.

El coche dejó atrás la carretera, adentrándose en un camino pedregoso, cada vez más abrupto. Empezaba a anochecer, y las pinadas a ambos lados del camino se transformaron en masas oscuras, con sus siluetas casi imperceptibles. Un conejo cruzó corriendo por el haz de las luces delanteras. La señora Decourt no apartaba la mirada de Flanagan, ni tampoco su pistola, que se movía ligeramente por el vaivén.

Al llegar a una llanura despoblada de árboles, el chófer aminoró la velocidad y paró en ella. Apagó el motor y dejó las luces encendidas. Al bajar, se quedó junto a la puerta del vehículo. La señora Decourt indicó al detective que la acompañara a la zona iluminada por los faros.

—Me gustaría que me contestase una última pregunta —dijo Flanagan, removiendo la tierra con la puntera de su zapato.

—Adelante.

—¿Para qué quería el cuadro?

—Bueno, primero, porque era mío, y segundo, y lo más importante, porque me iba a abrir la puerta que conducía directamente al cenit de nuestra organización, a su control total. Será la redención de mi anonimato y el premio a una vida de lucha y entrega. Haré honor así a mis ancestros y su sangre, que es también la mía.

La señora Decourt se había ido sumiendo en un estado de éxtasis, hasta que quedó paralizada, como si la hubiera poseído un ser de otro mundo. En silencio, con los ojos entornados y la cabeza inclinada hacia el suelo, parecía que estuviese agradeciendo a las tinieblas del interior de la tierra los favores recibidos. Sacó el collar oculto bajo su camisa. Era el símbolo de las Libélulas Púrpura, el mismo que perdió Ojos de Serpiente. Ella abrió los ojos y lo contempló durante unos segundos.

El esquema mental que el detective había hecho a lo largo del caso estalló en mil pedazos. ¿Por qué tenía ella el símbolo de la organización que le había robado el cuadro? Pero, al mirar la pistola con la que la señora Decourt lo apuntaba, le sobraron todas las explicaciones. Era su fin y nada podía hacer.

—Usted me ha sido de una ayuda incalculable —dijo la señora Decourt, recobrada la normalidad—. Gracias a usted lograré cumplir mi sueño, y sin necesidad del cuadro. ¡Le debo la vida, señor Flanagan! Pero, paradójicamente, se la voy a arrebatarse. —Y soltó una carcajada perversa, cuyo eco entre las montañas próximas reverberó en el interior del detective.

Un búho ululó tras la señora Decourt, que se giró instintivamente. En ese preciso momento, Flanagan le lanzó la tierra acumulada sobre su puntera. Un disparo se perdió en la oscuridad de la noche. La señora Decourt intentó sofocar el escozor de sus ojos con la mano libre, pero no lo consiguió, y el detective aprovechó para abalanzarse sobre ella. El chófer corrió a ayudarla, pero a Flanagan le dio tiempo a hacerse con la pistola y a apuntarle directamente a la cabeza. El hombre se quedó paralizado. La mirada de Flanagan fue suficiente para advertirle de que, si daba un paso más, era hombre muerto.

El detective retrocedió despacio, sin dejar de apuntarlos, hasta llegar a la puerta del coche. Se metió en él, puso sus dedos sobre las llaves, que seguían en el contacto, y arrancó. Cuando maniobró para incorporarse al camino, la señora Decourt le salió al paso. Con la cara enrojecida por la furia, los brazos extendidos y los puños apretados, le gritó:

—¡Me las pagarás, hijo de puta!

Capítulo VIII

Cara a cara con el diablo

—Hoy te veo muy bien, Charrúa, ¿ya has hecho las paces con tu mujer? —preguntó Flanagan al fijarse en el aspecto radiante que lucía su amigo, mientras caminaban juntos por la calle.

—Se nota que eres detective. Cupido nos ha vuelto a disparar con una de sus flechas del amor, y estamos mejor que nunca. Solo tengo ojos para ella.

—Cuidado con las flechas, algunas pueden ser mortales —dijo Flanagan, y le hizo una mueca.

—No vas a tumbar la nube de felicidad en la que me encuentro, hoy soy inmune a tus comentarios ácidos —dijo el Charrúa con una leve sonrisa—. ¿Qué querías contarme con tanta urgencia?

—Mejor te lo digo con una copa delante.

Pasearon sin prisa, hablando de todo y de nada. El Charrúa levantó las cejas al pasar una mujer despampanante cerca de ellos.

—¿No me acabas de decir que solamente tienes ojos para Asun? ¿Ya ha caducado el efecto de la flecha de Cupido?

—¡Vale, vale! Como si mirar fuese un pecado. A partir de ahora, no voy a mirar a ninguna que no sea ella.

—Sí, hasta que te vuelvas a cruzar con otra como la anterior.

—¡Ves cómo tú también te has fijado! —Ambos rieron, y el Charrúa enrolló su brazo en el cuello de Flanagan.

Entraron en un bar abarrotado. Se dirigieron a la barra, y cuando el camarero pudo atenderlos, el Charrúa pidió una cerveza bien fría y Flanagan, un *whisky* doble.

—Charrúa, estoy metido en un buen lío —dijo Flanagan, poniendo su semblante serio.

—Lo sé, tienes a toda la policía pisándote los talones.

—La policía es el menor de mis problemas —dijo Flanagan con resignación.

—El asesinato no es un problema menor. Si te cogen y no demuestras tu inocencia, pasarás entre barrotes el resto de tu vida.

—Sí. Pero hay más gente que me busca, y nada les produciría mayor placer que borrar me del mapa. A estos se les ha sumado la señora Decourt, la clienta para la que investigaba el robo del cuadro. He descubierto su oscuro pasado familiar —dio un trago generoso a su copa y calló unos segundos antes de continuar—, y me quiere muerto.

—Esa mujer tiene mucho dinero e influencias, es peligrosa. ¡Buf! Es un caso enrevesado el que ha caído en tus manos.

—Pues aún hay más. ¿Te acuerdas de Felipe Gutiérrez?

—¿El Cojo de Carabanchel?

—Ese.

—¡Era el mismísimo diablo!

—Y lo sigue siendo. Entré en un chalé suyo con la mala suerte de que me descubrieron. Me dispararon un tiro allí mismo. Podía haber sido peor, lo sé. Fuesen quienes fuesen, volverán a

intentarlo. —Flanagan suspiró, cansado—. Ya no me siento seguro en tu piso, hay demasiada gente que quiere hacerme desaparecer.

—No lo tienes nada fácil, la verdad. Gutiérrez nunca ha tenido escrúpulos, por eso todo el mundo lo teme. Bueno, todos no. Ahora recuerdo que un amigo mío le hizo un trabajito a otro y se coló en la casa de Gutiérrez. Le tomó prestada... —hizo una mueca y guardó silencio durante un instante— una pistola que el antiguo comisario tenía escondida. Hay que tenerlos bien puestos para hacer algo así. —El gitano levantó la mirada y suspiró, admirado por la proeza—. Respecto al piso, veré si encuentro otro en el que estés más seguro; pero no te quiero engañar: en este momento no dispongo de nada más. Flanagan, ¿no has pensado en marcharte del país una temporada? —preguntó el Charrúa mientras contemplaba con perplejidad el vaso ya vacío del detective.

—¿Tú crees que es una buena solución? No lo sé... —Aprovechó que el camarero pasaba cerca y le pidió otro *whisky* doble—. ¿Quieres tomarte algo más, Charrúa?

—No, déjalo, me voy ya, tengo un poco de prisa. ¿No estás bebiendo demasiado? Cada vez que voy al piso, encuentro una infinidad de botellas vacías.

—Puede ser. Pero, de todos mis problemas, ese es el que menos me preocupa —mintió.

Bebió de la copa hasta vaciarla. Era la enésima de ese día. Las siluetas de lo que había a su alrededor se difuminaron, entremezclándose. La voz de la conciencia, que le avisaba del peligro inminente, era cada vez más inaudible. Miró el reloj con el escudo del Rayo Vallecano colgado en la pared de los anaqueles con las botellas. Le resultó imposible ver qué números señalaban las manecillas. La gente le lanzaba miradas indiscretas, atraídas por el patético espectáculo que se avecinaba. El camarero se acercó a él, que había levantado la mano después de terminarse el *whisky*. Estaba convencido de que iba a pedirle otra, pero, para su sorpresa, Flanagan le solicitó una botella de agua. Cuando la tuvo entre sus manos, se bebió de un solo trago los treinta y tres centilitros.

Salió del bar y anduvo casi dos horas. Los efectos del alcohol empezaron a disiparse. Llegó a un edificio de color gris y se detuvo en la puerta. En la fachada del entresuelo había un cartel que anunciaba: «Alcohólicos Anónimos». Sentía que debía entrar, afrontar de una vez por todas la cruda realidad de su problema. Pero, después de dar los primeros pasos, sus pies se ralentizaron hasta quedarse clavados en el suelo. Era el momento, sí, lo sabía perfectamente, pero no podía. Ante él se levantaba un muro ficticio imposible de franquear. Derrumbado, como si acabaran de estallar explosivos dentro de él, dio media vuelta y se marchó de allí.

Flanagan tomaba un té verde mientras contemplaba el anochecer a través del balcón, sentado en el sofá. El intenso rojo del sol poniente se apagaba, oscureciendo el cielo de Madrid. Aquella bebida, tomada a sorbos lentos, le infundía serenidad, el efecto opuesto al que el alcohol le tenía tan acostumbrado.

Dejó la taza vacía encima de la mesita dispuesta frente al sofá y se levantó para encender la luz. A tientas, recorrió la pared hasta encontrar la superficie plástica. Al pulsarla, el salón se iluminó tenuemente. Se quedó mirando el único libro que parecía haber en toda la casa. Lo cogió de la estantería y leyó el título: *Sin patria*, de P. Swarze. Lo devolvió al mismo lugar y fue a sentarse otra vez en el sofá.

Aquel título era sugestivo. Pensó, de nuevo, en la posibilidad de abandonar el país. Pero ¿a dónde ir? Dentro de Europa no tardarían en darle caza. ¿Y salir del continente? En cualquier caso, emigrar significaba empezar de cero, y no le quedaba vitalidad para ello. Debía resistir; su vida, por llamarla

de algún modo, estaba en Madrid, circunscrita a la M-30.

Aunque la verdadera razón que lo retenía allí provenía de su corazón. La idea de no volver a ver a Carolina le causaba una aflicción enorme. Tenía que dismantelar a aquella banda de asesinos, y así normalizar su vida. Una vida al lado de esa mujer de mirada tierna y sonrisa dulce.

No pudo aguantar más. Salió del piso, y ya en la calle, fue acelerando el paso. El ritmo de sus latidos se incrementaba, pero solo lo notaba cuando se detenía en un semáforo o paso de cebra. Media hora después, se paró en una esquina. Se llevó la mano al pecho y arqueó ligeramente el cuerpo. Estaba exhausto, era incapaz de inspirar el aire que su organismo necesitaba. Un sudor frío le empapaba la cara. Levantó la mano al ver un taxi circular hacia él. El taxista lo miró con cara de sorpresa, tal vez por su estado de excitación. ¿O lo había reconocido?

Llegó a la calle que había indicado. Por cautela, no era la de Carolina, sino una próxima. Se bajó del taxi y anduvo unos diez minutos, pero a un paso sereno. Encontró la puerta del edificio entornada y, de camino al ascensor, frenó en seco. Alguien estaba bajando. No era buena idea, subiría por las escaleras. En cada planta evitó cruzarse con alguien, por si lo reconocían. Llamó al timbre de Carolina, pero no contestó. Un frío interior lo heló. Volvió a pulsarlo varias veces, aunque el resultado fue el mismo. Decidió sentarse en el rellano, con la esperanza de que ella regresara pronto.

La luz de la escalera se apagó, excepto la del cartel de emergencia colocado en la parte superior izquierda de la puerta de Carolina. Los minutos pasaban, pero la desesperación de Flanagan le hacía sentir que eran horas. Se estaba arriesgando demasiado. Lo mejor era irse.

Cuando se disponía a levantarse, oyó que se cerraba la puerta del edificio. Se encendió la luz y el ascensor empezó a subir. Se escondió en el tramo de escaleras que quedaba entre ese piso y el siguiente. El ascensor se abrió, y allí estaba ella.

Su corazón palpitaba frenético. La inmensa alegría lo incitó a gritar «¡Carolina!», pero se contuvo por si la asustaba. Al verlo, ella inspiró una interminable bocanada, aunque el resto de su cuerpo estaba paralizado. Flanagan dio unos pasos, sin apartar su mirada de Carolina, y la acompañó de la mano al interior del piso.

Se despertó con la extrañeza que produce hacerlo en una habitación ajena. Había dormido durante toda la noche, como si esa fuese su cama de toda la vida. La intensidad de los rayos de sol que entraban por las rendijas de la persiana indicaba que no debía de ser temprano. Se lamentó de no haberse ido de noche, por su seguridad y la de Carolina. El aire todavía estaba impregnado de efluvios corporales, y rememoró con deleite el amor vivido allí durante la velada anterior. Alargó la mano para acariciar a Carolina, pero solo encontró la sábana revuelta. Encendió la lámpara de la mesita y miró el despertador. Eran las once y media. Se le había hecho tarde, demasiado tarde. Se levantó con un brinco.

Estaba contento. Aunque hacía horas que no probaba ni una gota de alcohol, no sentía necesidad de beber. Mientras se vestía, se fijó en la cómoda de madera oscura, con un par de cajones entreabiertos, pegada a una de las paredes del dormitorio. Había un papel sobre ella. Se acercó, abrochándose su camisa azul celeste. Era una nota que le había dejado Carolina: «Querido Flani: He pasado una noche maravillosa a tu lado. Ahora sé con toda seguridad que eres el amor de mi vida. Me hubiese gustado susurrártelo al oído esta mañana, con cariñosos besos intercalados, pero me he tenido que ausentar...».

Le sonó el teléfono móvil y no terminó de leerla. Antes de contestar, la metió en uno de sus

bolsillos.

—¿Qué pasa, Charrúa?

—Necesito hablar contigo ahora mismo. Es urgente.

—Cuando quieras.

—Te espero en el piso.

—*Okey* —contestó Flanagan, pero el Charrúa ya había colgado.

Encontró al Charrúa en la puerta, con el rostro desencajado. Sus ojos, tristes, no levantaban la mirada del suelo.

—¿Qué pasa, Charrúa? —preguntó el detective, preocupado.

El gitano guardó unos segundos de silencio antes de contestar, como si buscara las palabras adecuadas en algún lugar recóndito de su ser.

—Flanagan, tú sabes que te aprecio. Siento mucho lo que voy a decirte, por eso quería que nos viésemos... —El Charrúa se quedó otra vez ensimismado.

—Me estás asustando, ¡suéltalo ya!

—Lo siento mucho, pero te tienes que marchar de aquí.

—¿Es el propietario? ¿Te ha dicho que necesita el piso?

—No, no es el propietario —contestó el Charrúa después de cerrar los ojos y mover la cabeza de un lado a otro—. Me han amenazado, a mi familia y a mí. Les he repetido que no sé nada de ti, que hace tiempo que te perdí la pista; pero ha sido inútil, ellos saben que te estoy escondiendo aquí. Lo siento, Flanagan.

—¿Quién? ¡Dime quién te ha amenazado!

El Charrúa permaneció en silencio, como si la respuesta necesitara de una reflexión previa.

—¿Es alguien al que conocemos? —insistió Flanagan.

No hubo palabras, solo un asentimiento reiterado del gitano.

—Gutiérrez, el antiguo comisario, ¿verdad?

—Sí, ha sido él —dijo el Charrúa, recobrando parte de su entereza—. Me ha dicho que, si continúo dándote refugio, hará desaparecer a mi hijo y me arruinará la vida.

—No te preocupes, Charrúa. Te estoy muy agradecido por el favor que me has hecho. Te has jugado el tipo por mí, y no pienso poner en peligro tu vida ni la de tu familia. Dame cuarenta y ocho horas y me iré para siempre de tu piso.

—Lo siento, Flanagan. Te lo digo de todo corazón.

—¡Ven aquí, amigo!

Se fundieron en un largo abrazo. Flanagan oyó un sollozo leve. Y sintió como penetraba en su carne, por enésima vez, el doloroso filo de la pérdida, y el vacío que este producía en su interior.

Eran casi las nueve de la mañana cuando el detective recorría el corto y único pasillo de una tienda de ultramarinos, propiedad de dos hermanos iraquíes que allí trabajaban. Aparte de él, había una anciana comprando, con problemas evidentes para leer las etiquetas de los productos. El hermano más alto y fornido mantenía la mirada fija en Flanagan. Tal vez, que llevase el rostro cubierto generaba suspicacias en el vendedor, así que decidió comprar lo indispensable y largarse de allí cuanto antes.

Llevaba en el carro dos bolsas de pan de pita, una de pasta de un color rojo brillante y una lata de tomate frito. Le faltaba el zumo de piña, pero no lo encontraba en ningún sitio. Avanzó por el pasillo,

dibujando círculos invisibles con la cabeza, hasta que sus ojos se detuvieron en un punto determinado, y no precisamente en el estante de los zumos. Como empujado por una fuerza externa, se acercó, y su mano, ansiosa por acariciar el vidrio, se alargó hacia un *whisky* escocés. Sus ojos, hipnotizados por el bálsamo que su cuerpo le pedía con anhelo, contemplaron la botella durante un momento largo.

De súbito, la cordura lo iluminó. Dejó el *whisky* en su sitio, causando un fuerte ruido al golpear el estante. El iraquí le hizo un ademán de desaprobación. Flanagan dio media vuelta y se dirigió a toda prisa a pagar, renunciando a buscar el zumo.

En la calle, las madres más rezagadas corrían a los colegios cogiendo de la mano a sus pequeños, cuyos rostros no mostraban ni un ápice de entusiasmo. Aligeró el paso. Su conciencia lo atizaba por haber dudado de nuevo ante la tentación. Quizás la última noche con Carolina, cuyo perfume todavía permanecía en su recuerdo, había sido el catalizador para sobreponerse. Pensar en ella le hacía más fuerte, y pasar tiempo a su lado, aunque fuese efímero, lo ayudaba a encarar su problema. Pero no era suficiente para solucionarlo, tan solo un parche colocado sobre una brecha enorme. Debía poner fin a aquella pesadilla que durante tantos años le había arruinado la vida. Era hora de desafiarse a sí mismo, elegir el camino certero y, al fin, disfrutar de la vida.

Llegó al edificio gris y se quedó absorto ante el cartel de Alcohólicos Anónimos. A diferencia de la otra vez, lo veía nítido. Volvió la mirada hacia la puerta negra que había en un lateral, y se encaminó hacia ella. Le sorprendió la claridad que encontró en aquel pasillo largo y ancho. Había allí un señor mayor que lucía un bigote denso y vestía con un guardapolvo holgado. Debía de ser el conserje. Tras saludarlo, le preguntó qué buscaba. Flanagan le explicó su problema y el señor le contestó que estaba en el lugar adecuado para solucionarlo. Un torbellino de esperanza le avivó el ánimo y, acto seguido, se dirigió hacia el aula ocho, donde acababa de empezar una sesión. Dio dos golpecitos en la puerta, y un nudo opresor hizo acto de presencia en su garganta, al mismo tiempo que una humedad fría le recorría la piel. Quizás esos fuesen los síntomas de enfrentarse a sus miedos, de dar el primer paso para vencer sus demonios. Abrió con lentitud.

—Adelante —dijo una voz.

Había un grupo de personas sentadas en círculo. Flanagan caminó con pasos pausados hacia ellos, que observaban, en un silencio considerado, como se unía un miembro nuevo a su lucha contra el alcohol. Le reconfortó aquel ambiente acogedor y apacible.

—Siéntate aquí, en esta silla —le dijo el mismo hombre que le había indicado que entrara. Parecía el moderador—. Yo me llamo Fernando. Cuando Javier termine de explicar su historia, te podrás presentar y contarnos lo que tú quieras.

El mencionado Javier, un tipo de mediana edad con una barba descuidada, prosiguió con la narración que él había interrumpido sin querer. Se acomodó en la silla verde que le habían asignado y sacó del bolsillo su teléfono móvil. Comprobó que ya estaba en silencio, pero también que tenía el aviso de dos llamadas. Ambas las había recibido en los últimos diez minutos y correspondían a un número oculto, por lo que no podía devolverlas. Tampoco era ese el momento de hacerlo.

Javier habló de cómo la relación con su mujer se deterioró debido al alcohol, hasta convertirse en una hostilidad permanente, explayándose en aquellos detalles que hicieron sufrir a su pareja, que lo había abandonado para siempre. El móvil vibró en el bolsillo de Flanagan. Al cabo de unos segundos, otra vez. Y así hasta cinco veces seguidas. Javier concluyó su monólogo con un aire más triste todavía, y el moderador agradeció su intervención, poniendo énfasis en lo fuerte que había sido

al sobreponerse a su problema con la bebida.

—Ahora tomará la palabra un miembro nuevo. —Con un ademán, el moderador le indicó a Flanagan que era su turno.

Las continuas vibraciones de su teléfono móvil le hicieron perder la concentración y la paciencia.

—Mi nombre es Flanagan y soy alcohólico. Aunque me gustaría explicar mi historia, en este momento no voy a poder. Lo siento, pero tengo una llamada urgente y debo salir para atenderla.

—Tranquilo, Flanagan, tómate el tiempo que necesites —dijo el moderador—. Cuando regreses, nos la cuentas.

Una vez en el pasillo, consultó su móvil: trece avisos de llamada del mismo número oculto. Era una cantidad preocupante, más aún si tenía en cuenta que poca gente conocía su teléfono nuevo. Se recostó en la pared del pasillo, confiando en que volviese a sonar en breve. Un par de minutos después, su terminal vibró.

—¿Quién es?

Se hizo el silencio.

—No necesitas saber quién soy —dijo una voz ronca al fin; al detective le pareció que ya la había oído antes—. Tenemos a tu chica. Sigue las instrucciones y no le pasará nada. De lo contrario, morirá. Te iremos informando.

—¿Qué? ¿Cómo?

Pero su interlocutor había colgado.

Flanagan llamó a Carolina tres veces, pero ella no respondió. Preguntó en el Seis Cuarenta, y le contestaron que la noche anterior no había ido a trabajar y que tampoco había dado ninguna explicación, lo cual no era propio de su carácter responsable.

Su más profundo temor se hacía realidad: la habían secuestrado. Se sintió confuso. A ella no debía pasarle nada, bajo ningún concepto, y menos aún por su culpa. La cólera recorrió, de nuevo, sus venas; pero sumirse en ese estado no le convenía, era mejor mantener la serenidad.

Reflexionó qué debía hacer y concluyó que el Charrúa era su único recurso. Así que lo llamó y, después de explicarle la situación, el gitano le prometió que preguntaría entre sus contactos y trataría de averiguar dónde la habían retenido. Flanagan se lo agradeció y le pidió que lo avisase en cuanto se enterara de algo.

Ya no volvió a entrar en la sesión de Alcohólicos Anónimos. En ese momento, él mismo ocupaba el último lugar en su cabeza. Regresó al piso. Intuía que, si descifraba las palabras encriptadas, daría con el paradero de Carolina.

En el aparcamiento del sótano, quitó la lona que camuflaba su coche. Y, guiado por una corazonada, condujo hacia la dirección que le había pedido al Charrúa.

En la calle de Velázquez, en el céntrico barrio de Salamanca, estaba el edificio Condesa Beatriz, de color marfil, vestigio de lo que en su día debió de ser blanco, y estilo barroco, con gárgolas de demonios enfurecidos en los balcones. Cuando Flanagan aparcó, era casi noche cerrada en Madrid. Se escondió detrás de un árbol de tronco ancho, cuya corteza estaba podrida, y miró fijamente la ventana de uno de los pisos que tenía la luz encendida. Era el de Felipe Gutiérrez, ese en el que, según el Charrúa, habían entrado a robar la pistola.

Sacó un cigarrillo y fumó sin prisa, saboreando cada calada. El humo era esparcido por una brisa tenue. El tiempo pasó deprisa. Al vaciar la caja de tabaco, dio un vistazo al reloj: llevaba allí algo

más de dos horas.

La luz de la escalera del edificio se encendió, y su mirada se trasladó a la entrada. Dos figuras aparecieron al otro lado del cristal. La puerta se abrió, y distinguió a dos hombres conversando mientras recorrían con pasos lentos el jardín perimetral de la finca. Cuando llegaron a la calle, Flanagan comprobó que uno de ellos era Felipe Gutiérrez, pero no consiguió ver bien al otro. Pasaron cerca de una farola, y el detective aguzó la vista. No estaba seguro, pero parecía el señor Birth. ¿Qué había hecho durante todo ese tiempo en casa de Gutiérrez? ¿Qué tramaban esos dos ahora? Desde la venta del cuadro robado a la señora Decourt había llovido mucho, ¿acaso alguno había precisado del servicio del otro para un nuevo asunto?

Flanagan metió la mano en la funda que llevaba debajo de la americana y acarició su pistola. Necesitaba sentir su tacto, pues presentía que iba a utilizarla en breve. Al apartar la mano, rozó el bolsillo de su pantalón y notó algo. Se trataba de la nota que le había escrito Carolina y que no terminó de leer. Con ella apresada por esa banda de asesinos, el olvido le dolió como una punzada en el corazón. Desplegó el papel y lo leyó allí mismo, mientras aquellos tipos hablaban en la acera. Lo invadió un sentimiento de ternura, a pesar de la repugnancia que le producía tener a esa gentuza ante sus ojos.

Gutiérrez regresó al edificio, asintiendo a lo que el supuesto señor Birth le decía. Después, este dio media vuelta y se alejó. La luz de la escalera se encendió, y Gutiérrez desapareció en el interior.

Flanagan tenía que asegurarse de que fuese realmente el galerista, así que salió de su escondrijo y corrió hacia él. Cuando estaba a escasos treinta metros, el hombre se giró, alarmado por el ruido de la carrera, y comprobó que era el señor Birth. Pero, como también él reconoció al detective, huyó con la rapidez que las limitaciones de su obesidad le permitían.

La persecución se prolongó unos metros, hasta que el señor Birth accionó el mando a distancia, se metió en su coche y lo cerró por dentro. Segundos después, Flanagan apoyó ambas manos en el capó, en la parte del conductor, y se quedó mirándolo; pero el galerista ya había arrancado e iniciaba la maniobra para salir a toda velocidad. Esta vez, el señor Birth le había ganado la partida.

Aún estaba contemplando los destellos rojos que las luces del coche dejaban en la calle, cuando sintió el frío de algo metálico en su nuca.

—Si intentas alguna tontería, te freiré a tiros aquí mismo. —Gutiérrez estaba detrás de él, presionando su pistola cada vez con más fuerza—. Tus huellas se encuentran por todos los rincones de mi chalé, no me será difícil demostrar que fue en defensa propia. Así que entrelaza las manos detrás de tu espalda y camina hacia la puerta de mi edificio, como si se tratase de un agradable paseo.

Flanagan siguió las indicaciones de Gutiérrez con angustia, no porque temiera perder su vida, sino por no rescatar a Carolina. Se preguntaba por qué el antiguo comisario no acababa allí mismo con él.

Gutiérrez lo condujo al interior de su lúgubre apartamento, fiel imagen de su propietario. Le hizo sacar su arma con la punta de los dedos, depositarla en el suelo y darle un puntapié para que fuese a parar a sus pies. Luego, lo obligó a sentarse en uno de los tres sofás de color marfil del salón, de forma que quedaron uno frente al otro. Gutiérrez apoyó su pistola en la pierna que tenía cruzada sobre la otra, relajando la mano con la que la sujetaba.

—Maldito cabrón, me has arruinado la vida —dijo Gutiérrez con un tono rudo—. Eras un buen policía, de los que son difíciles de encontrar: con carácter y unas pelotas muy gordas. Yo hubiese apostado por ti todo lo que entonces tenía, pero tu debilidad por el alcohol pudo contigo, y al final lo

echaste al traste. Ahora eres solamente un detective patético y acabado.

—Y Carolina, ¿dónde está? —preguntó Flanagan.

—¿Quién es Carolina? Yo no sé nada de ninguna Carolina. —Gutiérrez guardó silencio durante unos segundos—. ¿Qué coño andabas buscando en mi chalé? Te salvaste de milagro.

—Sí, todavía conservo un recuerdo. —Flanagan señaló la cicatriz que tenía en la cara. El antiguo comisario ocupaba la primera posición en su lista de sospechosos de dispararle—. Estaba haciendo mi trabajo: recuperar algo que no os pertenece. Vosotros robasteis el cuadro de la señora Decourt para vendérselo a las Libélulas Púrpura.

—Yo no robé nada. Yo compré ese cuadro, y, por cierto, pagué una cantidad astronómica. Ahora es mío.

—¿Dónde tienen retenida a Carolina esa banda de asesinos para la que trabajas?, ¿en tu chalé? —dijo Flanagan con la excitación propia de un poseído.

—Te he dicho que no sé nada de esa Carolina. En mi chalé no hay nadie secuestrado. Lo que hay allí, tú ya lo sabes demasiado bien.

—Sí, archivos repletos de información de nazis que se establecieron en España durante la Segunda Guerra Mundial. Todos ellos pertenecientes a la Sociedad Thule, ese grupo de alemanes lunáticos. Entre ellos, la familia de la señora Decourt, a quien le robasteis el cuadro.

—¿Eso crees, que la Sociedad Thule es un grupo de lunáticos? —dijo Gutiérrez con abatimiento mientras se recostaba en el sofá—. Te equivocas, es muchísimo más que eso. —Sonrió con malicia—. Pero hablemos de lo realmente importante para ti, porque ha llegado tu hora. No te imaginas el daño que me has hecho al entrar en mi chalé. Me has jodido, y bien jodido. Como última concesión, antes de que me dé el gusto de ponerle punto final a tu vida, quiero que veas algo.

Gutiérrez se acercó a uno de los cuadros que adornaban el salón. Era una pintura realista en la que una familia se divertía en la orilla del mar. Lo apartó hacia un lado y apareció una caja fuerte. El antiguo comisario marcó una combinación con la mano izquierda, mientras su derecha encañonaba al detective. Extrajo un objeto con forma de cilindro alargado y envuelto en seda azul, y se lo lanzó como si careciese de valor.

—¿Es esto lo que buscabas en mi chalé? —dijo con desdén.

Flanagan recogió el paquete del suelo y le quitó la tela. Debajo había otra más rugosa, un material desconocido para él. Lo desenrolló, y ahí estaba el lienzo de la señora Decourt, con la imagen del dios Odín sentado con magnanimidad en su trono, lanza de Longinos en mano, y rodeado de animales que lo veneraban. Los colores eran oscuros pero intensos, y dotaban al dios de un aire de crueldad, diferente a cómo se mostraba en el boceto en blanco y negro que le había facilitado la señora Decourt.

Contempló el cuadro durante unos segundos mientras Gutiérrez fruncía el ceño y apretaba las comisuras de los labios. ¿Cómo podía ser que no lo hubiese entregado todavía a las Libélulas Púrpura, la secta satánica para la cual lo había robado? Acababa de afirmar que el cuadro era suyo, que él lo había comprado, ¿acaso decía la verdad?

Sonó el móvil de Gutiérrez, que miró la pantalla para ver de quién se trataba. Luego, se lo acercó al oído y pronunció monosílabos. La única frase completa fue: «Está aquí, con un pie en el otro mundo». Y calló, como si hubiese oído algo que no era de su agrado, pues su semblante pasó del regocijo a la ira. Terminó la conversación sin ninguna despedida, al menos por parte de Gutiérrez, y tiró con rabia el teléfono sobre la mesita que había entre los sofás.

El antiguo comisario se puso de pie, mirando fijamente a los ojos de Flanagan, y se dirigió al mueble de madera de cedro que ocupaba casi la totalidad de una pared del salón. Abrió uno de los cajones, sacó un estuche de piel de color negro y se volvió a sentar.

—Has tenido suerte —dijo Gutiérrez—, vivirás unas cuantas horas más, pero esta vez no te vas a salvar.

Cogió una jeringuilla del interior del estuche y la llenó con el contenido incoloro de un pequeño recipiente de cristal. La acercó al borde de la mesita sin dejar de encañonar a Flanagan.

—Ahora, inyéctatela —dijo, señalándola con la pistola—. Donde quieras: en el brazo, en una pierna o en los mismísimos cojones. ¡Pero hazlo ya! —gritó la última frase con tal furia que parecía haber enloquecido de repente.

Flanagan se subió la manga izquierda, se dio unos golpecitos en la flexura del codo y se pinchó la jeringuilla. Un cansancio paulatino lo invadió, hasta que se sintió exhausto. Entonces dejó que se le cerrasen los ojos y se durmió profundamente.

Capítulo IX

El desenlace

El canto dulce de una niña sonaba cada vez más tenue en su cabeza. En la pradera había unas vacas con el hocico a ras de suelo. Parecían petrificadas, como si fueran esculturas que adornaban el centro de una plaza. El sol brillaba con fuerza en un cielo azul y nítido, pero, paradójicamente, estaba envuelto en una gélida penumbra.

La niña ya no cantaba, y un individuo en bicicleta se aproximaba hacia él despacio. Cuando lo tuvo cerca, vio que era un espantapájaros ajado, que circulaba con los brazos extendidos y rígidos. Mantenía el equilibrio con los pies y movía la cabeza de un lado al otro sin parar. Se detuvo frente a él. Entre la paja de su rostro aparecía y desaparecía una serpiente oscura y voluminosa.

El cielo se había cubierto de nubarrones y empezaron a caer gotas, que pronto se transformaron en un diluvio, encharcando el suelo. Flanagan estaba empapado. El espantapájaros continuaba inmóvil frente a él e irradiaba cada vez más luz, como si la generaran los mazacotes de paja desordenados que constituían su cuerpo. Se hizo tan intensa que lo cegó, y todo desapareció a su alrededor.

Al cabo de un rato, pudo abrir uno de los ojos y, poco después, el otro. Su visión, borrosa todavía, no le permitía atisbar más que sombras. Algunas se mezclaban con partes de los objetos que acababa de soñar. Los contornos se fueron definiendo hasta que pudo distinguir dos hombres encorvados que lo miraban. En las facciones aguileñas de uno de ellos reconoció a Ojos de Serpiente. Sentía sus ojos demoníacos clavados en las carnes. Al mirar la sonrisa malvada del otro, supo que era Gutiérrez. Otra vez el antiguo comisario.

Lo habían atado de pies y manos a una silla, tan fuerte que le cortaba la circulación.

—Se acabó tu suerte, maldito bastardo —dijo Gutiérrez lleno de furia.

Se encontraba en una sala de techo alto iluminada por la tenue luz de dos lámparas de pie. Casi todos los muebles eran de madera envejecida y con un estilo clásico, como de otra época. Las paredes estaban cubiertas de estanterías repletas de libros antiguos.

—¿Dónde estoy? —consiguió articular Flanagan haciendo un gran esfuerzo. Su tono reflejaba los últimos efectos del sedante.

—¡En el mismísimo infierno! —dijo Ojos de Serpiente con una voz rasgada que parecía provenir de lo más profundo de sus entrañas. Después, se retiró a una mesa que quedaba en la penumbra, descolgó un teléfono y pronunció unas palabras que al detective le fue imposible entender.

Los tres se mantuvieron en silencio. Al cabo de unos minutos, la puerta chirrió, añadiendo al ambiente un matiz más tétrico aún. Alguien había entrado en la sala. Sus pasos lentos resonaban en la vieja madera del suelo. Se aproximaba a Flanagan, que estaba de espaldas a la puerta.

—Hola, señor Birth —dijo el detective, aunque todavía no le había visto la cara.

—Buenas tardes, señor Flanagan —contestó el galerista antes de situarse frente a él—. He de confesar que tenía ganas de charlar con usted. La fortuna le ha sonreído mucho... ¡hasta ahora!

—Y Carolina, ¿dónde está?

—Tranquilo, la señorita Carolina se encuentra perfectamente; viva, de momento, como usted.

—Ella no ha hecho nada, libérenla.

—Señor Flanagan, no está en situación de exigir nada, no sé si se ha dado cuenta —dijo el señor Birth con ironía y prepotencia mientras se sentaba en una silla cercana al detective—. Por cierto, ¿cómo ha sabido que era yo? Pensaba que me tenía por un simple marchante, del que usted se estaba aprovechando a base de intimidación.

—Sí, ha resultado ser un excelente actor. Carolina me dejó una carta en la que hablaba de la semejanza entre los símbolos de las direcciones codificadas que aparecen en el archivo del chalé de Gutiérrez y los de un documento que usted sacó de su maletín el día que le pagó por el trabajo que les hizo con el señor Decourt.

—Memoria fotográfica la de su querida, sin lugar a duda —dijo el señor Birth sin poder reprimir su admiración.

—Al verlo a usted en el piso de Gutiérrez, y confirmarme él que era el cliente final del cuadro, lo he tenido claro. —Volvió su mirada hacia el antiguo comisario, y enseguida la fijó de nuevo en el galerista—. Usted, señor Birth, es el cerebro y máximo responsable de las Libélulas Púrpura, la secta de asesinos.

—Sí, soy el maestro, muy agudo, señor Flanagan. Salid de aquí, dejadme a solas con él.

Gutiérrez y Ojos de Serpiente acataron la orden sin poner objeción.

—¿Qué ocurre, señor Birth?, ¿le incomoda la presencia de sus subordinados? Es mejor que no se entere Gutiérrez de que usted subastó el cuadro entre la señora Decourt y él. No le importó lo más mínimo que, previamente, Gutiérrez aceptase comprarlo en cuanto usted lo robara, ¿verdad?

—Señor Flanagan, tiene que comprender que, cuando uno está en la cumbre de una organización tan poderosa, debe custodiar la información con cautela y solo suministrarla a sus subordinados cuando las circunstancias lo requieran.

—Sí, y así vender el cuadro al mejor postor. En su día, ya me confesó que le había vendido el cuadro a una organización satánica, pero, en realidad, quien estaba detrás de la compra era Felipe Gutiérrez.

—Así es. Ha basado todas sus pesquisas en la búsqueda del demonio, el cual solo existe en su interior, en el alcohol que le recorre las venas. Ese gran problema del que no logra redimirse.

—Usted sabía que, al decirme que lo tenía una organización satánica, mis indagaciones me llevarían de nuevo a la señora Decourt, por su devoción a Satanás. Al igual que hizo conmigo, confundió a Gutiérrez y a la señora Decourt con el afán único y mezquino de obtener el máximo lucro posible del cuadro robado.

—Se equivoca, señor Flanagan —contestó el señor Birth con un tono pausado y un ademán que transmitía seguridad y control de la situación—, la comunidad está por encima de todo. Nunca he dudado ni dudaré en utilizar los medios necesarios para beneficiarla, tanto económicamente como en cualquier otro aspecto. Por lo demás, usted colaboró en lo que llama «subasta del cuadro». Cuando lo contrató la señora Decourt y empezó a inmiscuirse en una propiedad que no era la suya, pensé en hacerlo desaparecer del mapa; pero renuncié a esa idea y decidí aprovecharme de usted.

—No hace falta que me recuerde su intención de liquidarme, todavía conservo algún *souvenir* que me dejaron sus sicarios rusos. —Flanagan estiró el cuello para mostrar las heridas aún visibles.

—Militares retirados que actualmente se dedican a labores más lucrativas. Como le comentaba, cuando usted le dijo a la señora Decourt que su cuadro estaba en poder de una organización, ella sospechó enseguida de Gutiérrez, su rival en la pugna por ascender al puesto de maestro. Eso

aumentó su interés por recuperarlo y el de Gutiérrez por conservarlo. Por otro lado, usted consiguió engañarnos una vez, cuando llamó a mi empleada para hacer que Gutiérrez y yo nos reuniéramos en el chalé; pero ambos tuvimos claro que era usted quien estaba detrás del juego. A partir de ahí, le estreché el cerco, señor Flanagan, vigilándolo casi las veinticuatro horas del día. La señora Decourt lo protegió durante un tiempo, y según nuestro código, no podemos perpetrar ninguna agresión física contra los protegidos de nuestros miembros. Hasta que dejó de hacerle falta, y se quedó sin su amparo. A partir de ahí, su eliminación se convirtió en nuestro objetivo prioritario. Aunque sabíamos que mientras usted estuviese en casa de su amigo el gitano lo teníamos difícil: es un barrio marginal en el que todo se sabe, y lleno de confidentes de la policía que nos podrían haber delatado. Por eso lo presionamos tanto para que lo pusiera de patitas en la calle.

—Fue una verdadera lástima que la señora Decourt rechazase pagar por el cuadro y prefiriese recuperarlo por sus propios medios. De no ser así, la venta habría sido para usted un negocio redondo.

—Le repito que el dinero era para nuestra comunidad. —Frunció el ceño y, al momento, lo relajó—. La señora Decourt a veces peca de orgullo; es su forma de ser y la razón por la que no compró el cuadro cuando se lo ofrecí. Obviamente, tampoco podía recurrir a la policía. Al final, Felipe Gutiérrez le recomendó que lo contratara a usted. Él pensaba que su incompetencia le impediría averiguar nada del robo, pero se equivocó. Gutiérrez y la señora Decourt eran los aspirantes para sucederme, ambos han soñado siempre con ser el maestro de las Libélulas Púrpura. Yo prefería inicialmente a Gutiérrez, pero la señora Decourt poseía el cuadro, y eso me imposibilitaba elegirlo. El carácter más práctico de Gutiérrez, sumado a su astucia y a su entrega total a la organización durante toda su vida, me convencieron para apostar por él. Por eso accedí a robar el cuadro y vendérselo. Gutiérrez sabía que era la única baza con la que ella contaba para conseguir el cargo, así que, sin titubeos, pagó la desorbitada cantidad que le exigí.

—¿Su único interés era evitar que la señora Decourt fuese elegida?

—Correcto. Habría llegado a ser el maestro, pues, sin el cuadro, la señora Decourt no tenía ninguna posibilidad, pero su aparición en escena, señor Flanagan, fue desastrosa para él. El día en el que entró en su chalé, usted accedió a nuestros archivos más relevantes. Una de las funciones de Gutiérrez en las Libélulas Púrpura era custodiarlos para que continuasen siendo secretos. Lo dejó en evidencia, demostrando así que no era digno de ser el nuevo maestro. —El tono del señor Birth destilaba pesar—. Usted no recuperó el cuadro, pero, gracias a su intervención, su clienta conseguirá el objetivo último por el que lo contrató: convertirse en maestra de las Libélulas Púrpura.

—Sí, y en cuanto se enteró de que era la elegida, dejó de interesarse en el cuadro. Fin de mi trabajo, y casi de mi vida.

—Ya no le hacía falta el lienzo. Pero no adelantemos acontecimientos. Usted será testigo de la ceremonia de consagración de la señora Decourt como maestra, y, además, participará directamente. Aunque me resultará un poco lastimoso, pues usted me empezaba a caer bien. —El señor Birth terminó la frase con una risa postiza y ahogada.

—Estoy conmovido por su gran corazón. —Su sonrisa caricaturesca se borró de súbito—. Hay algo que no comprendo: ¿por qué el cuadro era determinante para la elección?

—No es fácil la respuesta. La lucha por llegar a lo más alto es siempre feroz. Y es que la vida en sí es lucha, competitividad, desde el mismo momento en el que somos concebidos, e incluso antes. No hay espacio para la debilidad, para el mero misticismo, y en las Libélulas Púrpura tampoco.

Cualquiera no puede ser el maestro. Ascender a la cima requiere de unos méritos personales únicos, aparte de una dedicación constante. Importa tanto la vida del candidato como la de sus antepasados. El cuadro pertenecía a uno de los fundadores de nuestra comunidad y fue consagrado en la primera ceremonia. Era familiar de la señora Decourt, por eso ella heredó ese lienzo tan valioso para nuestra organización. Lo custodió durante años. Era su credencial para acceder al puesto más alto, que sus ancestros ya ocuparon en el pasado.

—Sí, el trono de Satanás...

—He de admitir, señor Flanagan, que a veces me resulta usted hasta gracioso. —El señor Birth lo miró con cara de burla—. Como ya le he dicho antes, ha estado persiguiendo al demonio durante toda su investigación, y nuestra comunidad nada tiene que ver con él.

—Oí a Ojos de Serpiente hablar con la señora Decourt acerca del cuadro y de una comunidad, lo cual me llevó a creer que había dos organizaciones implicadas en el caso: por un lado, las Libélulas Púrpura, la secta que había comprado el cuadro, en la que colaboraban tanto usted como Felipe Gutiérrez; y, por otro lado, la comunidad a la que se lo habían robado, a la que pertenecía la señora Decourt, obviamente, y Ojos de Serpiente.

—Imagino que cuando habla de Ojos de Serpiente se refiere a Drago, es un centinela de las Libélulas Púrpura y nunca supo que a la señora Decourt le habían robado el cuadro. Como ya le he comentado antes, la información es poder, y uno debe saber cómo y cuándo suministrarla a sus subordinados. Por otra parte, Drago trabaja directamente bajo mis órdenes, es decir, cuando habló con la señora Decourt o lo vigiló a usted, seguía mis instrucciones.

—A él fue al primero que vi el símbolo de las Libélulas Púrpura, cuya forma de cruz invertida no hizo más que aumentar mi confusión.

—No existe ninguna cruz invertida.

—Así es, pero fue lo que pensé entonces. También llevaba inscritas las iniciales L. P., que corresponden al nombre de su organización: Libélulas Púrpura. —Flanagan se mantuvo unos segundos en silencio—. Creí que Ojos de Serpiente podía tener ese símbolo por una simple coincidencia, pero todo cambió cuando lo vi en el cuello de la señora Decourt. Además, ella sabía, sin que yo se lo dijera, que había entrado en el chalé de Gutiérrez. Todo ello me hizo replantearme el caso y concluir que la secta y la comunidad son la misma organización, las Libélulas Púrpura, y que todos ustedes pertenecen a ella. Esta hipótesis quedó demostrada hace unas horas, cuando Gutiérrez me mostró que el cuadro permanecía en su poder.

—¡Bravo, señor Flanagan! Va a conseguir que me quite el sombrero. Continúe, por favor.

—Acceder al archivo del chalé de Gutiérrez me proporcionó las piezas del rompecabezas que me faltaban. Todos los datos que allí encontré hacían referencia a la Sociedad Thule. Incluso estaba anotada la fecha en la que se estableció en España y los nombres de los miembros, vinculados a ciudades y otros nombres de contactos españoles, entre los que figuraban personalidades de la época como el mismísimo Francisco Franco.

—Correcto.

—También encontré información de los antepasados nazis de la señora Decourt. Todo ello me llevó a la conclusión de que las Libélulas Púrpura era la continuidad de la Sociedad Thule, es decir, una organización de nazis que se refugiaron en España durante la Segunda Guerra Mundial.

—Todo su razonamiento estaba siendo perfecto, pero su definición de la Sociedad Thule queda muy lejos de la realidad. Esta comunidad, nuestra comunidad, nació en Alemania a finales del siglo

XIX. Ya en el siglo XX, participó de forma directa en la construcción del Tercer Reich. Sus hombres más destacados pertenecieron a ella, como el propio Adolf Hitler.

—Y Heinrich Himmler, jefe de las SS y abuelo de la señora Decourt, parentesco que guardaba en secreto y que le hubiese gustado llevarse a la tumba.

—Exacto. —El señor Birth cruzó la pierna izquierda sobre la derecha—. Hitler pasó de ser un pintor gris y mediocre, durante su juventud, al líder más carismático de toda la historia de Alemania. Consiguió hacerse con el control del país y cosechar innumerables éxitos militares en los inicios de la Segunda Guerra Mundial gracias a la Sociedad Thule. Un ejemplo, digamos, anecdótico es que la esvástica de la bandera nazi fue tomada del símbolo de la Sociedad Thule. Pero después Hitler obvió de dónde provenía su poder, y tras unas diferencias con la Sociedad Thule, la prohibió, con lo que esta pasó a la clandestinidad. Tardó poco tiempo en sufrir las consecuencias de su nefasta decisión; su trágico final no se hizo esperar, pero eso lo cuenta cualquier libro de historia. —Las facciones del señor Birth estaban crispadas y sus ojos destilaban rencor—. En el momento que nuestra sociedad fue prohibida, Himmler aprovechó su buena relación con Franco para convencerlo de los beneficios de cobijarla. Y dejó que se establecieran en España para proseguir con su labor aquí.

—Con el nombre de las Libélulas Púrpura...

—No —cortó el señor Birth como un afilado cuchillo—. Continuó llamándose Sociedad Thule durante muchos años. Himmler conocía muy bien España, pues aquí había llevado a cabo diversos proyectos.

—Se refiere a la búsqueda del Santo Grial —añadió Flanagan, recordando las palabras de Belinda.

—Así es, entre otros. El Tercer Reich, impulsado por la Sociedad Thule, buscó reliquias del pasado para servirse de sus poderes mágicos. Como la lanza de Longinos, clavada en el cuerpo de Cristo durante su crucifixión, una de las principales obsesiones de Adolf Hitler. —El señor Birth se recostó en la silla—. Bien, continuando por donde lo habíamos dejado, la Sociedad Thule renació en España de la misma forma que lo había hecho en Alemania. Contribuyó a que el Generalísimo alcanzase su gran poder y asesoró al régimen durante los primeros años de la dictadura. La Sociedad Thule logró mucho peso, demasiado a ojos de otra institución que ejercía de pilar en la España franquista: la Iglesia católica. Al ver amenazados tanto sus intereses como sus privilegios, la Iglesia presionó a Franco hasta conseguir que declarase a la Sociedad Thule enemiga del régimen. Además, Franco decretó su abolición y expulsó a sus miembros. Pero sus miembros no estaban dispuestos a abandonar un país por segunda vez en tan pocos años y...

—Deciden permanecer en España, pero cambiando el nombre.

—Exacto. En ese momento nace las Libélulas Púrpura, que, como ya ha averiguado usted mismo, no es más que la continuidad de la Sociedad Thule, pero en la clandestinidad. Y así llegó nuestra comunidad hasta la democracia, en un opaco silencio, tanto por nuestra parte como por la del régimen, el cual conocía que seguíamos en España, pero no tuvo el valor suficiente para adoptar más medidas en nuestra contra. Durante la democracia, hemos tenido la oportunidad de salir al escenario público otra vez, pero la historia nos ha enseñado ya que entre bambalinas se orquestan mejor los espectáculos, así que hemos continuado como una sociedad secreta.

—¿Sociedad secreta? Querrá decir banda de asesinos. No era necesario asesinar a Miguel Cánovas. Yo debí ser el objetivo de esa bala, él solo era un pobre inocente.

—Señor Flanagan, recuerde que usted lo metió en esto. Él trató de averiguar demasiado y se

convirtió en un peligro para nosotros. Era un profesor de universidad, cualquier descubrimiento suyo habría tenido una repercusión mediática enorme y un efecto devastador para las Libélulas Púrpura.

—No ha sido el único, han cometido más asesinatos: Culten, el señor Decourt...

—Solo los necesarios —dijo el señor Birth con tono solemne, como si su voluntad estuviese subyugada a la de un ser superior—. Esas personas nos ponían en riesgo. Su amigo Culten, el policía, era el más peligroso de todos. Imagínese: un servidor del orden público que saca a la luz información que no debe saber nadie y se la pone en bandeja a un fiscal para que interprete que nuestras aspiraciones y formas de operar no están de acuerdo con la decadente legislación establecida. Nos habría hecho un daño enorme. Me consta que él le advirtió del peligro de este asunto, pero usted, señor Flanagan, le pidió que continuase. No lo matamos nosotros, lo mató usted.

—Su cinismo no tiene límites —dijo Flanagan con un desprecio que le salía de lo más profundo de su alma—. ¿Y el señor Decourt también era un peligro para ustedes?

—De los que ha mencionado, es el único del que usted no es responsable. Su asesinato fue diferente. No era un estorbo para las Libélulas Púrpura, sino para la señora Decourt, a la que le faltó destreza para solucionar su problema, digamos, conyugal. Él había averiguado ciertas cosas que no debía de nuestra comunidad y las utilizó para amenazar a su mujer. Ella nos solicitó ayuda al respecto, y nosotros, viendo que su problema podía convertirse en el nuestro, lo solucionamos de la forma más eficaz posible.

—Sin ningún tipo de escrúpulo, como bestias salvajes. —El señor Birth se mostró impasible ante su comentario—. Y se las arreglaron para inculparme a mí del asesinato de Miguel Cánovas.

—Nuestros adeptos ocupan cargos de peso en las instituciones más importantes, y la Policía es una de ellas. Como le he dicho, usted era un protegido de la señora Decourt y no podíamos borrarlo del mapa. Pero si lo encarcelaban, usted dejaría de investigar.

—¿Y para qué tantas muertes? ¿Qué es lo que pretende conseguir las Libélulas Púrpura?

—El objetivo último para nosotros es devolver la grandeza al ser humano; al cual, el paso de los siglos, una moral que hace que se avergüence de sí mismo y lo que se conoce como progreso, lo han degradado hasta un nivel inimaginable. —El rostro del señor Birth adoptó una expresión malévola—. La naturaleza humana está en posesión de unas capacidades ilimitadas, las cuales dotan al hombre de un poder infinito. Por ello, las Libélulas Púrpura seremos los que conduciremos el mundo hacia un futuro mejor —hablaba con tanto énfasis y solemnidad que parecía que hubiese estado esperando durante siglos que le hicieran esa pregunta. De repente, adoptó un semblante serio, siniestro—. Bien, señor Flanagan, ha sido un placer charlar con usted, pero al fin ha llegado su hora. Aunque nos ha causado muchos dolores de cabeza, es una lástima, pues, como le he dicho antes, empezaba a caerme bien. Sería un buen soldado de nuestra sociedad.

—Yo nunca serviría a una banda de asesinos como la suya.

—Tranquilícese, señor Flanagan. Dado que ahora se encuentra aquí, nos servirá, pero de otro modo. Será, junto con su querida Carolina, un excelente sacrificio para la ceremonia de consagración de la señora Decourt como maestra de las Libélulas Púrpura. —Se carcajeó mientras iba a la mesa del teléfono. Lo descolgó, marcó un número y pronunció unas palabras.

Al cabo de un momento, la puerta de la sala se volvió a abrir. Oyó que alguien se le acercaba. Era Ojos de Serpiente. Se situó delante de él, sacó una pistola y le dio un fuerte culatazo en la cabeza. Flanagan quedó inconsciente.

Unos cánticos invadieron sus oídos y empezó a tomar conciencia de lo que había a su alrededor. Vio una imagen enfrente de él; dudó si era realidad o parte de un sueño: Carolina lo miraba como si llevase horas aguardando su despertar. Ambos estaban atados en una silla de madera vetusta, con el pecho apoyado en el respaldo, y amordazados con un pañuelo. En los ojos de ella relucía un brillo poderoso. El corazón de Flanagan bombeó con más fuerza; la sangre le hervía en las venas. Le guiñó un ojo, pues era la única comunicación que podía establecer con Carolina, que le respondió de igual forma.

Miró a su alrededor. La sala, grande y rectangular, estaba iluminada tenuemente por las velas que inundaban las paredes, y un olor a ceniza de hierbas y resinas impregnaba el aire. Una multitud de personas, con túnicas de color púrpura, capuchas cubriéndoles las cabezas acurrucadas contra el pecho y el colgante de las Libélulas Púrpura en sus cuellos, se congregaba allí. De pie y en dirección a un extremo de la sala, cantaban un himno en una lengua desconocida para el detective.

Una vez finalizado el canto, una voz potente reverberó en las paredes. Provenía de un altar que había en ese extremo. El que hablaba no era otro que el señor Birth. Iba ataviado como el resto de los presentes, pero no se cubría con una capucha, sino que llevaba un gorro cilíndrico del mismo color que la túnica, y, bordado en el centro, el símbolo de las Libélulas Púrpura en negro.

El señor Birth calló, y los allí reunidos levantaron sus rostros. Unos segundos después, alguien entró por el lado opuesto. Vestía también la túnica, pero iba con la cabeza descubierta. Se trataba de la señora Decourt. Cruzó la sala bajo la atenta mirada de los miembros, y cuando llegó al altar, se postró ante el señor Birth y le besó la mano con una exagerada parsimonia.

Dos de los ayudantes que se habían mantenido junto al altar, indiferentes a la ceremonia, bajaron hasta donde estaban Flanagan y Carolina. Uno desató las manos de ella mientras el otro se encargaba de los pies. Luego, la asieron cada uno de un brazo y, aún con la mordaza, la condujeron al altar. La pusieron con las manos y las rodillas apoyadas en el suelo, sin que ella opusiera resistencia. Se limitaba a mirar a Flanagan, demandándole auxilio. Los ayudantes sacaron una pila dorada, que relucía con intensidad, y la situaron debajo de su cuello. En ese momento, alguien más entró en la sala y subió al altar con pasos lentos y solemnes. Llevaba entre las manos un objeto fino y alargado, con una punta metálica, según parecía. Una lanza, tal vez.

La señora Decourt la miró en silencio, como si intentase conectar mentalmente con ella. Al cabo de un instante, se giró hacia los demás miembros. Su rostro evidenciaba un gran regocijo.

—Oh, gran Odín, dios de la guerra y la sabiduría, hijo de Bor y la gigante Bestla. En honor a ti realizamos esta ceremonia, guiada por la lanza de Longinos, legado del pasado, que concentra una muestra de tu grandioso poder. A las Libélulas Púrpura, tus hijos y elegidos para hacer que este mundo sea mejor, continúa concediéndonos el privilegio de cambiar la historia. Ayúdanos en nuestra voluntad de devolver al hombre su grandeza perdida y apartarlo de las garras de la tiranía de la moral esclavizadora. Te agradecemos el amor que sientes por nosotros con el sacrificio de estos dos despojos humanos que han osado ofenderte: primero, el de esta encantadora de serpientes, y después, el de este usurpador de nuestros secretos, que ha hecho peligrar nuestra comunidad. —Señaló a Flanagan, que seguía atado a la silla y lejos del altar—. Sirva la sangre humana que te vamos a ofrendar para que des el beneplácito a nuestras pretensiones, que son también las tuyas.

La señora Decourt calló y levantó la lanza por encima de su cabeza. Después, la entregó a uno de los siervos que permanecía a su lado en posición solemne. Este se acercó a Carolina y apoyó la punta de la lanza en el cuello de ella.

La señora Decourt susurró un salmo en la lengua que Flanagan desconocía, y los presentes se cogieron de las manos y agacharon la cabeza. Una vez terminada la oración, los miembros miraron hacia el altar y ella contempló en silencio a Carolina. Extendió los brazos con las palmas hacia arriba y se dirigió al ayudante que sujetaba la lanza:

—Adelante.

Él asintió y se encorvó hacia atrás, tensando los músculos.

De repente, un sonido de sirenas inundó el lugar, y todos, que habían permanecido mudos hasta entonces, murmuraron. La señora Decourt, con el semblante crispado, miraba a su alrededor, intentando comprender qué pasaba. Alguien irrumpió en la sala y le susurró algo al oído, que la hizo palidecer. El brillo infernal de sus ojos se apagó, quedándose con la mirada perdida, como si acabase de ser hipnotizada.

La puerta se abrió con estrépito y decenas de policías entraron, gritando: «¡Todo el mundo al suelo! ¡Todo el mundo al suelo!».

Al darse cuenta de que Carolina estaba salvada, Flanagan dio mil gracias al destino, a la vida y a cuanto uno pudiese agradecer.

La imagen de su mujer y de su hija apareció en su mente, felices y orgullosas de él. La paz lo invadió, y su autoestima, muerta desde hacía tantos años, renació.

Capítulo X

El narrador

En la parte final de una historia es donde el narrador anónimo debe revelar su identidad, si no lo ha hecho antes. Sería una falta de consideración hacia el lector que ello no fuese así.

Mi nombre es Constantino Lorite, conocido por todo el mundo como el señor Birth, y como ya habrá imaginado el lector, el narrador de esta historia. Está relatada en tercera persona y desde el punto de vista del detective Flanagan porque así me lo indicó el director del Centro Penitenciario Madrid V, en Soto del Real, conocido como la cárcel VIP por su abundancia de delincuentes de guante blanco. También es el lugar en el que yo estoy preso, pero no por delitos de corrupción, sino de asesinato, terrorismo, secuestro, extorsión, y muchos otros. Sin embargo, no quiero aburrir al lector extendiéndome en mi currículum penal, pues mi detención fue una de las más mediáticas de los últimos años.

El impacto de la noticia alcanzó al director del centro, a quien, según sus propias palabras, esta historia le pareció tan rimbombante que tuvo la imperiosa necesidad de inmortalizarla en una novela. Me pidió a mí que la escribiera, dentro de mi programa de reinserción social. Así empatizaría con el detective y con todas las personas que han sufrido por mis actos, dijo. La verdad es que yo acepté el trabajo porque a cambio me daría ciertos privilegios carcelarios, similares a los que disfrutaban algunos de los más destacados granujas que, y nunca mejor dicho, aquí se hospedan.

El detective, tras mi detención junto con otros miembros presuntamente vinculados a las Libélulas Púrpura, accedió a entrevistarse conmigo las veces que hicieran falta para que yo llevase a cabo mi cometido.

Justo en este momento estoy en la sala habilitada para mis reuniones con él, a la espera de que llegue.

Nunca habría imaginado que la reclusión tras unos barrotes fuese tan realizadora, tan fructífera para mí. En estos días de soledad y aparente tedio, voy al acecho de ideas con las que mejorar el futuro de las Libélulas Púrpura. Mi corazón, ahora más que nunca, está al servicio del progreso del ser humano. No podemos responder con indiferencia a la degradación que impera en el mundo desde los inicios de la modernidad. Por ello, el ánimo y el valor galopan por mis venas, cada vez con más fuerza, para continuar luchando sin tregua.

No tuve una infancia idílica, ni siquiera puede catalogarse como infancia. Mi padre me utilizó para desahogarse de sus frustraciones, o quizá solo fui la válvula de escape de su mente enferma, mientras mi madre se mantenía impasible ante el maltrato de su propio hijo. Perduran en mí recuerdos difuminados pero indelebles de lo que sucedió, mezclados con la fantasía producida por el miedo a revivir el dolor sufrido.

La puerta metálica se abre, y aparece un carcelero seguido por Flanagan. El detective está relajado; su rostro decrepito y cadavérico de meses atrás es ahora totalmente distinto.

El carcelero cierra la puerta y permanece inmóvil junto a ella, ajeno a nuestra presencia y a lo que suceda aquí durante los próximos minutos. En la sala solo hay una mesa y dos sillas típicas de

colegio a los lados. En una estoy yo, y en la otra se sienta Flanagan.

Entre mis papeles, que ocupan casi toda la mesa, tengo una cajetilla de Winston. La acerco a la mano del detective, pero él no se mueve. La abro y pongo uno de los cigarrillos en mis labios, aunque no llego a encenderlo, de momento.

—Señor Flanagan, cada día tiene mejor aspecto.

Continúa sin prestarme atención. El eco producido en las paredes es la única respuesta a mi comentario.

—Tal vez sea por su nueva vida saludable —aludo a su tratamiento del alcoholismo—. Volverá a las andadas, forma parte de su naturaleza.

—Gracias, su empatía es siempre de una ayuda enorme.

Por fin reacciona, aunque solamente sea para devolverme la ironía.

El carcelero nos mira de soslayo durante unos segundos y sus ojos regresan de nuevo a la puerta.

—Como ya le conté la última vez que nos reunimos, mi novela está llegando a su fin. He intentado ajustarme a la realidad y a su propio punto de vista de los hechos, tal cual me pidió el director. Y quiero agradecerle su inestimable ayuda...

—No tiene nada que agradecerme. Ha sido un placer para mí colaborar en algo que dará a conocer al mundo entero lo energúmenos que son usted y los suyos —dice Flanagan con súbito interés en la conversación.

—Perfecto, pues. Dígame: ¿cómo descubrió la policía nuestro paradero? —Aprovecho que se muestra predispuesto y voy al grano.

—Lo deduje yo.

Coge mi boli, saca su teléfono móvil y escribe en una hoja en blanco:

«¥§BB§† ∂§, Navacerrada. 1996-».

—En esta dirección aparece un año de inicio, pero no uno de fin. Sospeché que significaba algo que ustedes mantienen en la actualidad —explica el detective.

—Muy bien.

—Hice una lista de los edificios abandonados en la zona de Navacerrada. Desde el primer momento pensé en el Sanatorio de la Barranca, por la proximidad al embalse donde se encontró el cadáver de Culden y porque su pasado como antiguo hospital de tuberculosos, convertido en psiquiátrico hasta su cierre en los años noventa, era acorde con el perfil siniestro de su organización. Analicé el orden de los símbolos y coincidía con el de las letras de la palabra Barranca. De esta forma, supe en qué lugar tenían su nido de ratas:

«¥§BB§† ∂§: BARRANCA».

—Si quiere privar al Charrúa de su momento de gloria como responsable, junto con usted, de la desarticulación de nuestra poderosa sociedad, no incluiré su nombre en la novela. Como puede ver, tengo otras fuentes. —Río con fuerza, aunque Flanagan se mantiene indiferente.

—Sí, él fue quien informó a la policía de dónde estaba la guarida de las Libélulas Púrpura, después de que yo se lo indicara, y también frustró el atentado contra el cardenal arzobispo de Madrid, Antonio María Blázquez Tarancón.

—Una verdadera lástima que usted descubriera el croquis en el chalé de Felipe Gutiérrez. —Dirijo la vista hacia el techo, suspiro y vuelvo a fijarla en Flanagan—. Nuestra comunidad tiene cuentas pendientes con la Iglesia católica española desde hace muchos años, borrar del mapa al presidente de la Conferencia Episcopal hubiese sido un modo justo de saldarlas.

—Son ustedes una banda de asesinos sin escrúpulos. —Me enseña exageradamente los dientes, en un ademán lleno de desprecio.

—Todo lo contrario. Ellos hicieron trizas nuestro brillante porvenir en este país durante el mandato del Generalísimo. No somos más criminales que ellos. A lo largo de la historia, millones de asesinatos se han cometido amparados por la cruz católica.

—Precisamente eso es lo que ya son ustedes: historia. Antiguos parásitos de las dictaduras. Por suerte para todos, no quedan en Occidente regímenes totalitarios dispuestos a cobijar una organización criminal como la suya. No me imagino a ningún partido político de la democracia actual dejándose convencer por sus patrañas. Es algo inviable, al menos aquí, en España.

Vuelvo a reír con fuerza, y esta vez Flanagan muestra sorpresa.

—¿Y quién dice que no tengamos ya convencido a ese partido político? Piense en uno de los nuevos que haya subido últimamente como la espuma. ¿No le recuerda a la ideología y los valores de Franco? Nosotros le hemos transmitido la misma fuerza que en su día le infundimos al Generalísimo, y ahora su ascenso es imparable. Cuando ese partido tome las riendas de la nación, las Libélulas Púrpura de nuevo alcanzaremos la gloria.

Castelldefels, junio de 2019

BIOGRAFÍA



Salva Vercher Ibáñez (Bellreguard, 1977) es profesor de secundaria de la Generalitat de Cataluña. Vive en Salou, y compagina su labor como docente en el instituto El Morell (El Morell) y la escritura. Las Libélulas Púrpura es fruto de su pasión por la novela de suspense.

LAS LIBÉLULAS PÚRPURA

Salva Vercher Ibáñez

